

---

---

LAMARTINE.

---

---

ÚLTIMAS  
CONFIDENCIAS.

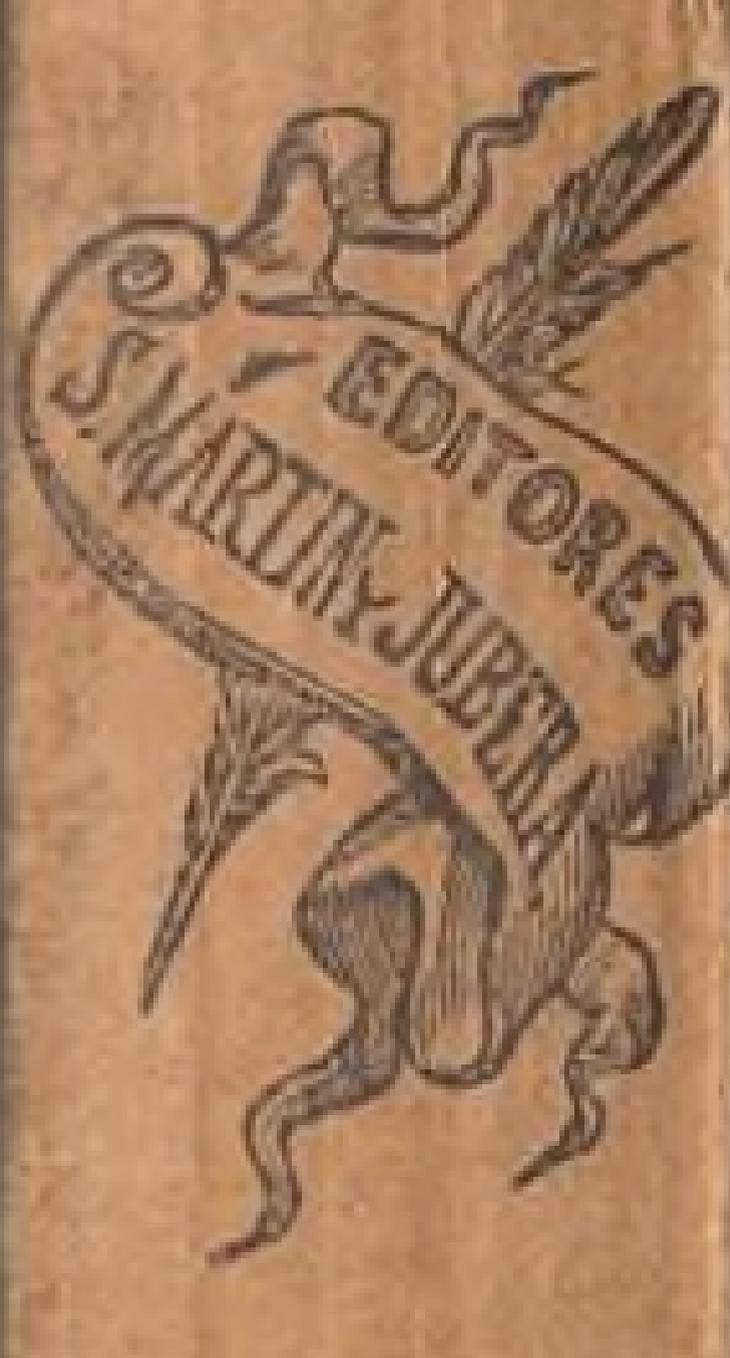
---

---

PRECIO.

10 rs. Madrid.  
12 Provincias.

---



L47  
487

9281  
124

ÚLTIMAS  
**CONFIDENCIAS**

POR

ALFONSO DE LAMARTINE.

Traducción de J. Nombela.



MADRID.

ANTONIO DE SAN MARTIN. | AGUSTIN JUBERA.

Puerta del Sol, 6.

Bola, núm 11.

1866.

194



24-6-1847 247-487

9281  
Hoy 1847

ULTIMAS

CONFIDENCIAS.

WAGY

1847

---

*Es propiedad de los editores, SRES. SAN MARTIN Y JUBERA.*

---

---

Madrid: 1866.—Imprenta de J. Peña.  
*Calle del Rubio, núm. 53.*

ÚLTIMAS  
CONFIDENCIAS

POR

ALFONSO DE LAMARTINE.

Traducción de J. Nombela.



*Agustin Jubera*

MADRID.

LIBRERÍAS DE SAN MARTIN,

Puerta del Sol, núm. 6. — Calle de la Victoria, núm. 9.

A. JUBERA, Bola, 11.

1866.

CONFIDENTIAL

*[Handwritten signature]*

1911

**FIOR D'ALIZA.**

PER

**ALFONSO DE LAMARTINE.**

FOR D. J. H. H.

ALONG THE LAMAR LINE

## CAPÍTULO PRIMERO.

### I.

.....  
Después de esas grandes fiebres del alma que alternativamente la elevan hasta el cielo, ó la precipitan en el abatimiento de la desesperacion, permanece por algun tiempo en una especie de inmovilidad insensible, á semejanza del hombre que cae desde una altura al suelo, y que al llegar ni siente latir sus sienas, ni da señales de vida.

Tal era mi situacion moral después de haber sufrido muchas vicisitudes, de haber lamentado la pérdida de no pocas personas adoradas. Cuando esto nos sucede, parece que nuestra alma entra en una convalecencia que no es ni la agitacion de la juventud, ni la calma de la edad madura, ni la salud, ni la enfermedad; estado misto y, por decirlo así, neu-

tral y pasivo, durante el cual se cicatrizan las heridas del alma para dejarnos vivir de nuevo á pesar de toda la sangre que hemos perdido. Este estado, sin arrobamiento, no carece de dulzura, es el recogimiento de la tarde en la media luz de un triste recinto; es la melancolía que ya no espera, pero que tampoco ha perdido la esperanza; es lo que se llama la resignacion precoz que despierta en nosotros los pensamientos religiosos despues de las tempestades, como los rayos suaves del astro nocturno que se deslizan entre dos nubes sobre las últimas ondulaciones del Océano que enmudece.

## II.

Las benévolas gestiones de la marquesa de Saint-Aulaire y de la duquesa de Broglie, mis dos principales protectoras para con el ministro de Negocios Extranjeros, que era á la sazón Mr. Pasquier, habian conseguido mi nombramiento de tercer secretario de la embajada de Nápoles. Ocupábame en mis preparativos de marcha, y en aquellos dias de despedida en los que la amistad busca á la vez una alegría y un pesar, en aquellos dias repito de esperanzas y sentimientos, Mr. Gosselin, librero é impresor ya célebre, apresuraba la impresion y publicacion de mis primeros ensayos poéticos, de mis *Meditaciones poéticas y religiosas*.

Era este un pequeño volúmen de magnífica im-

presion, del que solo se tiraron quinientos á seiscientos ejemplares, y que parecía más propio para ser ofrecido por un autor tímido á un corto número de amigos escogidos y de mujeres de gusto, que para ser lanzado en crecido número á la rápida corriente de la publicidad anónima: no habia siquiera permitido á mis amigos Mr. de Genoude y el duque de Rohan, que se ocupaban por mí en este asunto, que pusieran mi nombre al frente del libro. «Si gusta, les decia, pronto sabrán descubrirlo; y si no gusta, el anónimo, solo ofrecerá á la crítica una sombra sin cuerpo.»

### III.

La obra no se puso en venta hasta la vispera de mi salida de Paris. La única noticia que tuve de su éxito, fué una carta de Mr. Gosselin, anunciándome que el público escogido acudia en gran número á su librería para retener los ejemplares, y un billete del oráculo, el príncipe de Talleyrand, á su amiga la hermana del príncipe Poniatowski, billete que esta me enviaba á las ocho de la mañana y en el que el gran diplomático le decia que habia pasado la noche leyéndome, y que el alma tenia al fin su poeta. Yo no aspiraba al genio, el alma me bastaba: todos mis pobres versos no eran mas que suspiros.

## IV.

Partí con este buen agüero, y solo me detuve algunos dias en casa de mi familia, en Macon, donde me esperaba una nueva ventura preparada y negociada por mi madre durante mi ausencia.

En el año anterior tuve ocasion de encontrar en Chambéry una jóven inglesa, de rostro agraciado, de imaginacion poética, de distinguida cuna y enlazada con las más ilustres familias de su país. Su padre, coronel de uno de los regimientos de Milicias organizado por Mr. Pitt durante las ansiedades patrióticas del campamento de Boulogne, habia muerto recientemente: su madre, que no tenia más hijos que esta niña, le habia dado una instruccion sólida sin escasear por esto los adornos de pintura y de música, que interpretaba como una verdadera artista. Su fortuna le permitió completar con viajes en el continente y con la práctica de las lenguas extranjeras esa educacion esmerada de una hija única. Además la habia relacionado estrechamente desde sus primeros años, en Inglaterra, con una familia emigrada de Saboya, la del marqués de Lapierre, caballero muy distinguido, retirado en Lóndres desde la expulsion del rey de Cerdeña en 1799.

El marqués de Lapierre habia muerto en el destierro: al morir habia dejado una numerosa familia, compuesta del marqués de Lapierre, su viuda y

cuatro hijas de notable belleza y excelente carácter: la una se casó con el marqués de Grimaldi, ayudante del rey Carlos Alberto, y las tres restantes viven en Turin en la práctica de todas las virtudes piadosas. Cuando los acontecimientos de 1815 llamaron á su patria á los emigrados de Saboya y de Piamonte, la marquesa de Lapierre volvió á Chambery con su hermosa familia á buscar algunos restos de su antigua opulencia. La señorita de B..., con quien debia yo unirme, inseparable de sus amigas, aprovechó en 1819 esta ocasion para ir en compañía de su madre á reunirse con la marquesa de Lapierre y visitar el continente, instalándose en Chambery, en casa de sus amigas, como una quinta hija de aquella encantadora familia.

## V.

Esta familia, respetada y solicitada de todos los extranjeros de la ciudad y del campo, vino á ser el centro de una sociedad de todas edades, compuesta de lo más respetable, brillante y amable que habia en el país. Allí fué donde conocí á la que más tarde debia ser mi esposa. La señorita de B... era muy amante de la poesia, y mis versos, inéditos aun, pero recitados en casa de la marquesa de Lapierre por amigos de mi edad, la habian predispuesto en mi favor aun antes de conocerme personalmente. Todo esto contribuyó á que fuese acogido con ese

entusiasmo que el misterio y la aureola que comienza á formarse en torno de un poeta añaden al talento, cuando se vislumbran sus primeros rayos.

Libres uno y otro, nada nos impedía pensar en unirnos si nuestras dos familias consentían en nuestro enlace. La diferente religion era el único obstáculo á los ojos de mi madre y también á los de la señorita de B... En cuanto á ella, esa diversidad de culto natal no era un impedimento, porque, educada en la intimidad frecuente de cuatro jóvenes católicas, no habia tardado en sentir la influencia secreta del catolicismo en el hogar doméstico, y estaba resuelta á abrazar la religion de sus amigas tan pronto como pudiera hacerlo sin afligir á su madre. Las personas piadosas del país, confidentes de su inclinacion hácia mí, pedían á Dios que el amor terminase la conversion del ánimo. Recuerdo, no sin sonreirme, una circunstancia extraña que revela hasta qué punto exalta el celo religioso.

## VI.

La marquesa de Lapiere, su amiga y sus hijas, habian ido á establecerse por algunas semanas en los baños de Aix, en Saboya. Yo estaba allí también y me hospedaba en una casa poco distante de la que habitaban aquellas señoras, razon por la cual iba todas las noches á pasar el rato con ellas como en familia.

El patron de la marquesa era un excelente y piadoso anciano llamado Mr. Perret, que para acrecentar sus módicos productos y ganar en el verano el pan del invierno, alquilaba durante la estacion calorosa, algunos cuartos amueblados, y sostenia una casa-pension á precios económicos dirigida por sus dos hermanas. Aquel anciano sencillo y respetable, cuya vida ascética habia impreso la maceracion en su pálido semblante, pasaba su vida en la soledad y entregado á sus oraciones en un cuarto del piso más elevado de su casa. Allí vivia como un ermitaño en su celda: era un verdadero santo que por modestia no se habia consagrado al sacerdocio, y pasaba su vida recogida entre la contemplacion y el estudio de las maravillas de Dios en la creacion.

El santo era muy dado á la botánica. Todas las mañanas, despues de haber oido misa, subia solo, sin sombrero y provisto de redes para coger insectos; subia, repito, las escarpadas cuestas de las callejuelas de Aix que conducen á las más elevadas mesetas de la montaña, recitando á media voz los versículos de su Breviario.

Por la tarde regresaba más ó menos cargado de heno ó de pobres mariposas ensartadas en un alfiler, con las cuales aumentaba su coleccion. La única distraccion que se permitia despues de la cena, el rosario y la oracion de la noche, era tocar una sonata en la flauta cerca de su ventana que daba á los prados de Tresserves. Conservaba su aficion á la música desde su juventud, época en la que fué músico de un regimiento del Rey de Cerdeña.

Me profesaba gran amistad, porque en mis ratos de ocio me complacia en visitar su herbolario y oír sus esplicaciones científicas y providenciales sobre la virtud de las plantas y sobre las costumbres de los insectos, que todas atestiguaban, según decía, la grandeza y los designios de la Providencia.

Las murmuraciones de sus huéspedes le habían hecho conocer la secreta inteligencia que existía entre la joven inglesa y yo, los obstáculos que su madre oponía, por causa de religión, á la inclinación de su hija y las dificultades que suscitaba á nuestras entrevistas, y creía de su deber favorecerlas con su complicidad, pensando contribuir de este modo á la salvación de un alma que iba á perderse si el matrimonio no lo impedía. Ofrecióse á servirme de centinela en la casa de sus hermanas avisándome con su flauta siempre que la vigilante madre saliera á paseo sin su hija. Mi ventana en una habitación del arrabal fuera de la ciudad, estaba bastante cerca para que los sonidos agudos del instrumento llegasen á mis oídos, y para que pudiera combinar mis visitas con la ausencia de la que fué después mi madre política; de modo que el santo varón favorecía así en conciencia un amor naciente, creyendo servir á Dios: es sin duda la vez primera en que la piedad más sincera avisaba á dos amantes la hora de sus citas.

## VII.

Volví á París después de la estación de los baños; habíamos convenido en aprovechar uno y otro todas

las circunstancias favorables para inducir ella á su madre y yo á mi familia á consentir en un matrimonio que ambos deseábamos ardientemente. Mi madre, como sucede casi siempre, era mi cómplice.

Mi nombramiento en Nápoles, las esperanzas que esa carrera abierta á mi porvenir daba á mi padre, mi permanencia de algunas semanas en Macon, mis instancias con mis tíos y mis tías condujeron las negociaciones á buen fin, y partí con la autorizacion de todo el mundo y con seguridades de disfrutar las herencias que me sonreían despues de la muerte de mis acomodados parientes que hacían mi fortuna igual por lo menos á la de mi futura esposa. Sus gestiones con su madre y la influencia de sus amigas las señoritas de Lapierre, habían triunfado por su parte de todos los obstáculos. Yo estaba informado de todo por su correspondencia; al llegar á Chambery no me quedó más que hacer que recoger el fruto de un año de paciencia y unirme con la mujer dechado que el cariño más fiel y más profundo me destinaba para compañera de mis felicidades y de mis desventuras.

Nos unimos en la capilla del palacio real de Chambery, en casa del marqués de Andezene, que gobernaba entonces la Saboya. El ilustre conde de Maistre, pariente mio por el matrimonio de la más encantadora de mis hermanas, Mad. Cesarina, condesa de Vignet, con un sobrino del conde De Maistre, me sirvió de padre, con poderes del mio.

## VIII.

Partimos para Turin, donde me detuve algunos dias para ver al primer secretario de embajada, conde Virieu, mi amigo más íntimo y casi un hermano.

Hallábase allí á la sazón de embajador el duque de Arberg, amigo del príncipe de Talleyrand, el cual nos recibió en Rivalsa, hermosa casa de recreo que habitaba durante el verano.

Nada parecía anunciar en Turin la fermentacion sorda de una revolucion próxima que germinaba en el seno de las sociedades secretas y en las conjuraciones ambiciosas de los amigos del príncipe de Carignan entonces, despues el rey Carlos Alberto.

Además del conde de Virieu, del marqués de Barrol, del marqués Alfieri y de su hijo, con el cual habia sido educado, conocia desde niño á casi todas las familias ilustres del Piamonte, á los Sambuy, á los Ghilini, á los Costa, por haber recibido con ellos una educacion comun en el colegio que sostenian los jesuitas de Belley. Salí de Turin encantado de su acogida y me detuve poco en Florencia.

## IX.

Al llegar á Roma, donde pensaba detenerme aun menos tiempo, supe la revolucion que acababa de estallar inesperadamente en Nápoles, y que me obligó

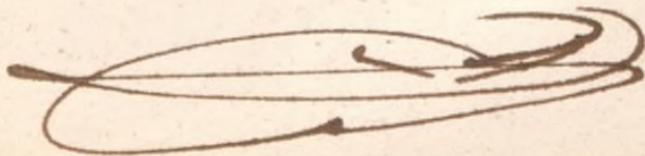
á suspender el viaje; el camino de Roma á Nápoles estaba interceptado y nadie pasaba ya por él.

Esperé á que estuviese materialmente practicable, y no queriendo exponer á mi esposa y á mi madre política á los peligros desconocidos de un camino cubierto de soldados desbandados y de una capital en revolucion que nos pintaban como sangrienta; deseando por otra parte encontrarme en mi puesto en una circunstancia eminentemente interesante para la Francia y para la casa de Borbon, partí solo para Nápoles, á riesgo de no llegar.

Me costó, en efecto, mucho trabajo pasar la frontera del reino. Mas allá de Terracina estaba cubierto el camino de destacamentos de soldados voluntarios que solo recibían orden de su capricho, y que viendo en mí un agente diplomático francés, se figuraban que llevaba á la revolucion el apoyo de la Francia contra la Santa-Alianza, y me acogían con aclamaciones.

Gracias á este error popular, llegué á Nápoles sin obstáculo en la noche del dia en que los calabreses, el ejército insurreccional y el general Pepe, que habia tomado el papel de Lafayette napolitano en el país y en el ejército, entraban en aquella capital. Fui testigo por la tarde de aquella entrada sediciosa y triunfal de la revolucion en Nápoles. Aquello era hermoso, embriagador, terrible como una revolucion en su primer momento de fiebre.

El anciano Rey Fernando, piloto experimentado en los mares de la política, habia tomado el partido de abdicar y entregar el gobierno á su hijo el prin-



cipe heredero, más apropiado que él para comprometerse, ya fuese con los revolucionarios, ya contra las potencias extranjeras.

Este príncipe, joven todavía pero hábil y experimentado ya en las revoluciones, pasaba por constitucional, y gracias á esta opinion, tal vez falsa, podía ejercer cierto ascendiente sobre el ejército insurreccionado en nombre de una Constitución, y sobre el pueblo todavía realista. Revistó al ejército y á la partida de carbonarios calabreses que el general Pepe le presentaba sobre las armas, ya como apoyos del trono trasformado, ya como expresion de su córte.

## X.

El momento era delicado y decisivo para la diplomacia de la Francia: iba á ser planteada la cuestion entre el sistema constitucional y el régimen absoluto en los Estados de Italia dependientes de la influencia de la casa de Borbon. A primera vista parecia evidente que el interés de la Francia estaria en constituirse en mediadora entre los reyes y los pueblos, é impedir á las potencias extranjeras, intervenir, como una alta policia armada, en Nápoles y bien pronto en Turin para hacer retrasar el régimen de las instituciones libres. Habiendo aceptado la Francia misma el régimen constitucional, era poco lógico en ella combatir en los demás lo que pro-

tegia en su interior. Debíamos, pues, inclinarnos moderadamente á la causa constitucional de Nápoles, sobre todo si esa causa, aceptada sinceramente por el Rey y apoyada por el ejército, se preservaba de las anarquías, de las violencias, ó hasta de los excesos que deshonran á las revoluciones en su principio.

Por otra parte, aquella revolucion ó, mejor dicho, aquella explosion inesperada del ejército trabajado por la sociedad secreta de los carbonarios, era un acto de indisciplina militar, más bien que de la opinion nacional. Calcada sobre la insurreccion armada de Cádiz y de Riego, en España, era un estímulo á todas las turbulencias de los ambiciosos de regimiento; por último, si la Santa-Alianza, esa sociedad mútua de seguros de los Reyes, tomaba en un Congreso la defensa del Rey de Nápoles, era muy incómodo para nosotros, gobierno restaurado por la virtud y en interés de esa liga de monarquías declararnos contra ella sostenedores de una insurreccion de tropas y de conspiradores que se abrigan quizá hasta bajo nuestro propio trono en París.

El buen sentido por un lado, el reconocimiento por otro, nos imponian una extremada circunspeccion en estas circunstancias.

## XI.

La embajada francesa en Nápoles estaba dirigida entonces por el duque de Narbonne, emigrado que

volvió de Inglaterra con el Rey Luis XVIII, pero habituado á los usos del régimen constitucional, completamente adherido á la carta francesa, esa transaccion hábil y leal entre 89 y 1815 que afirmaba los reyes é interesaba al mismo tiempo á los pueblos libres en la monarquía popular. Era el embajador un hombre modesto, tímido, que se asustaba de su propia voz, pero dotado de muy buen juicio y de ideas justas, uno de esos hombres á quienes no gusta aparecer en escena, pero que tienen como expectadores la conciencia más perfecta de las situaciones. Unia á estas dotes recónditas de su alma, una bondad exquisita que le hacia el ídolo de sus subordinados. Me recibió en su embajada como en familia, y tuvo con mi esposa y conmigo en los meses que duró nuestra permanencia, consideraciones y bondades que nos harán su recuerdo eternamente respetado y querido.

Adicto al Rey Luis XVIII y debiendo á éste su puesto más que al ministerio, dependia menos de Mr. Pasquier que de Mr. Blacas, favorito este último del Rey, lanzado de su elevada posición en 1815 y relegado á Roma donde representaba á la Francia como embajador, ejercia en las legaciones de Francia en Italia una direccion casi absoluta aceptada al Rey y completamente opuesta á la del ministerio. Era el oráculo secreto de la monarquía absoluta, oráculo que teniamos orden de consultar en todos los casos imprevistos y difíciles. Este oráculo contrarrevolucionario, pasando por el alma absoluta de Mr. Blacas, no podia ser favorable al temperamento

que la política exigía de nosotros. El duque de Narbonne se hallaba en la precisión de consultarle, pero no aprobaba sus respuestas. Encomendó los negocios á Mr. de Fontenay, primer secretario de embajada, como se practica ordinariamente en las circunstancias equívocas, á fin de abrirse camino para poder desaprobado la conducta observada por funcionarios subalternos, y permaneció en Nápoles algun tiempo para recibir instrucciones de París.

## XII.

Mr. de Fontenay era paisano mio, un noble de las cercanías de Autun, amigo de mis amigos, de mucha más edad y madurez que yo, y habia entrado en la carrera diplomática por influencia de Mr. Courtais de Pressigny, enviado de Francia en Roma, inmediatamente despues de la Restauracion. Era uno de los hombres más inteligentes, más amables y más capaces, bajo las apariencias de la antigua ligereza francesa. Pero su ligereza era solo una cualidad y no un defecto de carácter. Su sonrisa benévola comunicaba gracia á la seriedad de sus pensamientos, y sus dichos agudos y de doble sentido alcanzaban por si mismos y con precision su doble objeto, como dos flechas lanzadas á la vez por un mismo arco; el uno para hacer sonreír, el otro para dar en que pensar. Sobre todo poseía un corazon de oro, puro, sólido y franco como el carácter de la Borgoña, un poco bur-

lon pero jamás mordaz. La envidia no se habia acercado nunca á aquel corazon; gozaba enaltecien- do á sus inferiores y á sus iguales.

Tal era el hombre con quien tenia que hacer mi noviciado diplomático, en unas circunstancias en las que se aprendia mucho en poco tiempo. Las revolu- ciones suplen al tiempo concentrando muchos sucesos en pocos meses. Las campañas se cuentan como do- bles cuando se pelea y como triples cuando se ne- gocia: hay que maniobrar con la misma presteza que las pasiones de un pueblo en ebullicion.

Mr. de Fontenay y yo no tuvimos más que un pensamiento: él me asoció á todo y procedimos de acuerdo bajo la inspiracion de su buen juicio y de su esperencia. La situacion compleja de la córte de Nápoles, los consejos secretos á que fuimos llama- dos y las negociaciones confidenciales con los jefes de los partidos y con los miembros más influyentes del Parlamento, hacian nuestra accion muy intere- sante y á veces hasta peligrosa y dramática: Ya he dado cuenta de ello en la parte politica de mis obras completas, titulada: *Memorias politicas*. No trato en estas confidencias más que de aquella parte íntima que solo afecta al corazon y que no interesa más que á la familia y á los amigos. Continuemos, pues.

### XIII.

Para sustraer á mi esposa y á su madre á las convulsiones de la capital revolucionada, alquilé en

la isla de Ischia, á algunas leguas de la mar, una encantadora morada llamada la Centinela, que todavía se eleva en la cima de un cabo avanzado de la isla, cuando se desemboca del golfo de Gaeta en el golfo de Nápoles, no lejos de la costa, de los campos de Phlegreos y del promontorio maravillosamente desierto de Miseno. Esta casa, rodeada de parras, está dominada por el Epomeo, montaña cubierta de laureles y de castaños jóvenes que divide la isla en dos zonas, y domina el mar, que se vé relucir á sus piés á través de las claraboyas de los pámpanos. A aquella altura las velas que se deslizan por la superficie de un azul vivo como un segundo cielo, parecen á las de palomas blancas que vuelan en silencio de árbol en árbol entre los olivos.

Embarcábame en Puzzoles una ó dos veces por semana en una de esas pequeñas barcas de uno ó dos remos que aprendí á manejar tan bien en mi primera juventud. Desplegábamos la vela cuando el viento era favorable y hacíamos la travesía en dos ó tres horas de navegacion. Me esperaba mi esposa en la orilla del mar y subíamos por los viñedos á la Centinela, hablando de los sucesos de Nápoles.

El contraste de la tranquilidad que reinaba en aquella soledad, rodeada por las olas del mar, con el ruido amenazador y tumultuoso de una gran ciudad en revolucion, aumentaba la sensacion de felicidad, de reposo y de seguridad que inspiraba aquella residencia encantada entre el cielo y el agua. Gozábamos de ella hasta el delirio. Sin embargo, ese delirio tenia para mí solo cierto sabor de me-

lancolia, al pensar en Graziella, aquella flor precoz que habia cogido en la misma isla, y al ver de nuevo sobre Prócida las ruinas de la cabaña de su padre, abandonada á las malezas desde la muerte de la jóven y marcando el horizonte con una piedra fúnebre en lo pasado como debia marcarlo para mí en lo porvenir. Pero la juventud tiene vegetaciones que todo lo cubren, hasta las tumbas.

#### XIV.

Pasábamos la mañana bajo las anchas y elevadas parras cargadas de uvas maduras, como otras tantas arañas de ámbar que dejaban trasparente los rayos de la aurora á través de sus granos amarillentos sobre nuestras cabezas. Llevábamos allí libros italianos de la gran época lírica ó épica, tales como Dante, Petrarca, Tasso, esos hombres que han dotado de obras maestras á la Italia. A veces tambien llevaba allí un álbum y lápices, y cual otro Petrarca inferior para otra tierra y otra época, escribia alguna armonía ó algunas meditaciones.

Al mediodía regresábamos para almorzar á la sombra más fresca de los terrados de la Centinela, y luego la siesta napolitana, la música, la pintura, abreviaban las horas de calor: cuando el sol bajaba y las grandes sombras dentadas del Epomeo se desarrollaban en los costados de la montaña, recorriamos unas veces á pié, otras en mulas de piés ágiles,

los senderos escarpados de la isla, contemplando brillar los fuegos subterráneos del Vesubio en el horizonte, como un faro giratorio, ora visible, ora flameante, en las orillas de los mares á los ojos de los marineros.

## XV.

Así pasó el verano. Solo me comunicaba con la política en los días de la semana en que mis funciones me llamaban á la embajada. Tomaba una parte muy viva y confidencial en las diferentes fases y en las diferentes borrascas que aquella revolución suscitaba en el pueblo, en el Parlamento y en palacio. Allí fué donde tuve ocasion de ver y admirar, colgada del brazo de su madre, á la encantadora princesa Cristina en toda la flor de su belleza y de su inteligencia, que su suerte destinaba para esposa del Rey Fernando VII, y que supo, en medio de las tempestades, agradar, gobernar, transmitir un trono á su hija, reinar, caer, ó mas bien retirarse del trono, más afortunada y más habil que Cristina de Suecia, en la media luz de una existencia abrigada contra los vendavales. Distinguíanse ya en su graciosa y animada fisonomía las señales de una mujer valerosa que sabría hacer de la juventud, de la belleza y del atractivo tres poderes políticos tan irresistibles como la naturaleza. Flotaba sobre las ondulaciones de los más graves y trágicos acontecimientos como una

rosa de Pesto arrancada de su tallo sobre las olas hirvientes del golfo. Todos la contemplábamos ya con placer y respeto.

## XVI.

Llegado el otoño partió el anciano soberano con el consentimiento de su pueblo, difícilmente arrancado, para ir, según decía, á sostener él mismo la causa de la revolución en el Congreso de soberanos reunido en Troppau. Sabido es lo que sucedió. El ejército napolitano, mandado en Entrodoco por un general mandatario de los carbonarios, se dispersó al primer cañonazo disparado fuera de alcance por un pequeño cuerpo austriaco en los viñedos. Nada había que inferir de ahí contra el valor de ese pueblo heroico cuando le anima una pasión generosa; pero los carbonarios no le presentaban por reyes más que tribunos militares, ni por causa más que teorías que no podía comprender ni amar. Las sociedades secretas, excelentes para sublevar, son incapaces de combatir. El humo del cañon de Entrodoco hizo que volvieran los carbonarios á la sombra.

El general Foy, que acababa de profetizar en la tribuna de París que el ejército de la Santa Alianza no saldría de los desfiladeros de Entrodoco, retiró su profecía. El valiente y temerario general Pepe no se atrevió á volverse á presentar en Nápoles y se refugió en Inglaterra y luego en Francia. Allí refle-

xionó sobre el peligro de ser el general de una sociedad secreta. Era un buen soldado y un hombre honrado, incapaz de cometer un crimen, pero muy capaz de soñar un papel heróico al frente de batallones que hallaba desvanecidos al volverse. Le he conservado siempre un cordial afecto hasta su muerte.

## XVII.

El estado avanzado de mi mujer en su primer embarazo y la conveniencia de sustraerla en los momentos de su alumbramiento al tumulto de una ciudad en revolucion, me impulsaron á marchar á Roma. Llegué allí en ocasion en que un destacamento del ejército austriaco acampaba al otro lado del Tiber, dispuesto á entrar en la ciudad, si estallaba como se anunciaba todos los dias, una revolucion parecida á la de España, Nápoles y Turin.

La sombra de ese destacamento bastó para contener á los revolucionarios carbonarios de Roma y de los Estados del Papa. Todo quedó en la calma habitual de aquella capital de la religion, de la ciencia y de las artes. La sociedad era numerosa, cosmopolita, brillante. El gobierno del dulce y piadoso Pio VII, con frecuencia perseguido, nunca perseguidor, era allí insensible y querido. El amigo de este Papa, el cardenal Consalvi, reinaba por la seduccion benévola de su carácter. Roma, bajo su gobierno, se asemejaba á

una república en que cada cual piensa y dice lo que quiere, sin que ninguno inquiete ó tiranice á otro. Era la ciudad anseática de las conciencias y de las opiniones. Ningun gobierno podía ofrecer una libertad tan completa, á pesar de los vicios inherentes á la naturaleza de aquel gobierno, compuesto de una monarquía sin herencia, de una democracia sin representación, de una aristocracia extranjera sin patriotismo y de un sacerdocio sin responsabilidad.

Pero todos esos vicios teóricos desaparecían en la práctica que el carácter de Pio VII y Consalvi imprimían á su régimen. Yo estaba particularmente recomendado al cardenal-ministro, á quien veía casi todos los días en casa de la célebre duquesa de Devonshire, patrocinadora de todos los literatos y de todos los artistas romanos. Viuda de uno de los más opulentos señores de los tres reinos, empleaba su inmensa fortuna en hacer florecer en Italia un segundo Renacimiento. El cardenal Consalvi la visitaba dos veces al día; una por la mañana para los intereses políticos de su gobierno con la Inglaterra, de la que pasaba por embajador anónimo, y otra vez por la noche para descansar, en un pequeño círculo de hombres de talento, de los cuidados del ministerio.

El caballero de Médici, primer ministro del Rey de Nápoles antes de la revolución de los carbonarios, refugiado momentáneamente en Roma por temor al asesinato con que lo habían amenazado, nos entretenía agradablemente todas las noches con la amenidad de su conversacion napolitana, la más

chispeante y volteriana de las conversaciones. El eclesiástico Galiani, el más sensato y entretenido de los economistas, no hablaba con más originalidad contra el honrado y pesado Turgot en sus conferencias sobre la libertad del comercio de granos. Él daba el tono al autor de *Cándido*. He sospechado siempre que Voltaire debía tener en sus venas algo de sangre napolitana y remontado un poco lejos, he reconocido que no estaba enteramente equivocado. Hay maneras de hablar de raza que no se inventan: Médici era de la familia.

## XVIII.

El anciano Rey Fernando de Nápoles, aunque pasaba por un lazzarone en el Trono entre los liberales de París, tenía tanto de ese espíritu napolitano fino y burlesco como todo su reino. En aquel momento volvía del Congreso de Troppau con la linda duquesa de Floridia, su favorita, que convirtió en su esposa, como Luis XIV á madama Maintenon. Pero esta era una Maintenon siciliana, sin la pedantería de la otra y con los atractivos de la juventud y de la belleza. Fernando escribía á su hijo el regente de Nápoles, para que los comunicasen al Parlamento, despachos en los que hacía los mayores elogios de los perros de caza que llevaba para cazar jabalíes en Calabria.

Detúvose algunos meses en Roma antes de regre-

sar á su reino para dejar á los austriacos y á su hijo, su lugarteniente general, la parte odiosa y las dificultades de una restauracion curiosa, no sangrienta. Todo quedó liquidado y saldado con algunos destierros prontamente revocados: hubo pocos escesos y no muchas venganzas. El Papa, segun costumbre, te dió una comida con toda ceremonia en el Vaticano el Jueves Santo. Por un favor inusitado, el cardenal Consalvi me invitó á esa mesa de papa, de reyes y de embajadores. Esto era contra la etiqueta, pero los reyes y los poetas pueden librarse de su yugo en ciertas ocasiones.

### XIX.

Pocos dias despues tuve un hijo, que fué bautizado en San Pedro de Roma y tenido en la pila bautismal por una hermosa veneciana, convertida por alianza en una gran señora polaca, la condesa Oginska. Aquel niño, nacido bajo los más felices auspicios, murió como mi hija, en los albores de su vida. El uno no vió más que mi aurora, y la otra mis dias de alegría. Lloré sinceramente su pérdida; pero hoy cuando pienso en el mundo mi compasion se disminuye. Las desgracias de un padre obligado á trabajar hasta la saciedad para vivir y procurar la vida á los que se han comprometido por él y por su patria, son una triste herencia. Más vale la paz del cielo, donde nos volveremos á ver todos consolados,

los unos por haber muerto, los otros por haber vivido.

## XX.

No permitiendo las circunstancias políticas en que se hallaba el reino de Nápoles despues del regreso del Rey, que el ministerio francés conservase allí los mismos agentes que habian tenido que tratar con la revolucion, recibí una licencia indefinida para volver á Francia. Me aproveché de ella en la primavera y regresé lentamente á cortas jornadas por el hermoso camino de Terni y de Narni, rodeado de bosques y pequeñas cascadas, que conduce á Etruria como un jardín del mundo, formado, plantado y regado para el pueblo-rey.

Detuvímonos algunos días en Florencia. El príncipe de Carignan, que fué mas tarde el rey Cárlos Alberto, arrepentido de su aparente complicidad en la revolucion militar de Turin, habia ido á ocultar su falta en casa de su hermano político, el gran duque de Toscana, esto es, en el palacio Pitti: su caballero, Sylvain de Costa, uno de mis amigos más íntimos y leales, me halló en la fonda donde me hospedé, anunció á su príncipe mi llegada y volvió de su parte á pedirme una entrevista secreta en mi morada.

No lo permití por respeto á aquel jóven proscrito de un trono, y fui al palacio Pitti á ofrecerle mis res-

petos y esperanzas de reconciliacion con la causa de los reyes, que no tardó en ir á servir á España. ¿Sospechaba entonces que reinaria veinte años en el Piamonte bajo la tutela del Austria y bajo la influencia absoluta de los jesuitas, y que veinte años despues volveria á tomar las órdenes de los carbonarios, las armas contra el Austria, las conspiraciones contra el Papa, el patronato revolucionario de la Francia, y que dejaria la Italia conquistada, y á todos los príncipes, colegas y parientes suyos, expulsados por su hijo de aquellos mismos palacios en que habia recibido la hospitalidad de la familia?

Lo que el espíritu no se atreve á prever, lo realizan los sucesos y los caracteres. Lo inesperado es el nombre de las cosas humanas. Nuestros nietos verán otras muchas antes de que la Italia vuelva á la sola unidad honrada y fuerte que le conviene y conviene á la Francia: la confederacion-república de Estados.

## XXI.

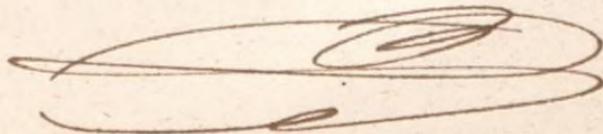
Pasé el verano en un delicioso valle de los Alpes, al lado de mi hermana, no lejos de Chambéry. Mi mujer, orgullosa con su hermoso hijo, volvió á enviar á Roma á la nodriza de Tívoli, en traje transtiberino; porque se entristecía de no oír ya el rumor de las cascadas. Reemplazóla una aldeana del Maurienne, mujer de tez rosada y dientes de marfil; pero ¡ay! el niño se desmejoraba sobre aquel seno de

nieve: no se compra la vida, Dios la concede ó la niega.

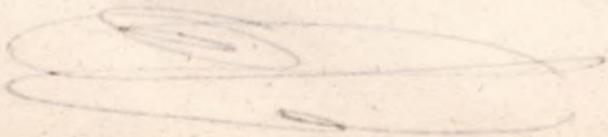
## XXII.

Resolví aprovechar aquel tiempo de ocio diplomático, esperando un nuevo destino, para visitar la Inglaterra y copocer á la familia de mi esposa. Mi madre política poseía una casa elegante y magníficamente amueblada en las inmediaciones de Hyde-Park. Allí nos establecimos durante algunos meses. Hallé en la familia de mi mujer una acogida llena de nobleza y de sinceridad que hasta hoy me ha proporcionado dos patrias y dos centros de cariño. Inglaterra, país de la familia por excelencia, es también el país de la adopción. El corazón agradecido se divide allí entre los sentimientos innatos y los sentimientos adquiridos.

Después de haber gozado por algún tiempo de la intimidad de aquella amable parte de mi nueva familia, alquilamos en las orillas del Támesis en Richmond, una quinta silenciosa y solitaria entre los parques y el río para pasar allí el verano. Estos días de Richmond, entre el estudio, los libros, el caballo, los paseos y algunas escursiones á los bosques y palacios reales de Inglaterra, fueron de los más dichosos de nuestra existencia. Uno de mis amigos más íntimos, el conde de Vignet, sobrino de los dos condes de Maistre, acababa de ser nombrado secretario de la



embajada de Cerdeña en Lóndres. Venia con frecuencia á Richmond á pasar conmigo dias melancólicos como su carácter, á la sombra de aquellos bosques de Inglaterra, donde conversábamos sobre política y poesía, sus dos pasiones, que eran tambien las mias. Todo lo veia sombrío y recordaba más bien las *Noches de Young*, que la serenidad tranquila de su patria. Otro amigo, literato igualmente, M. de Marcellus, residia como nosotros en Lóndres desempeñando el cargo de primer secretario de la embajada francesa, á las órdenes del embajador, nuestro ilustre poeta, Mr. de Chateaubriand, á quien no traté en París, pero á quien profesaba una gran admiracion. Le hice una visita de cumplido al llegar á Lóndres; olvidó devolvérmela; no insistí, y solo despues de mi permanencia en Richmond fué cuando en vista de la observacion que le hizo Mr. Marcellus, vino á visitarme Mr. de Chateaubriand y me invitó á uno de sus banquetes diplomáticos. Asistí más bien por deber que por desseo, y se mostró algo indiferente con un jóven que no deseaba otra cosa que adorarle como á un ser sobrehumano. Salí contristado de su mesa y no traté más de verle. Me pareció un hombre que se daba los aires de gran señor, á quien solo habia que mirar de lejos, en perspectiva. Faltaba el encanto de su grandeza: el encanto de la pequeñez ó de la grandeza es la naturalidad. La afectacion todo lo echa á perder, hasta el genio. Yo le admiro siempre, sobre todo como potencia política, pero siempre me miró con despego, y cuando fué ministro que con una palabra suya pudo hacerme ascender en



mi carrera, se olvidó por completo de mí. No ama el que quiere: solo despues de su muerte me hizo mucho más que justicia en sus Memorias póstumas, en las que me colocó como poeta en el órden de Virgilio y de Racine, y como hombre político más alto que me ha colocado mi siglo. Muchas veces he reflexionado por qué rareza inesplicable, ese gran juez me había mostrado tanto disfabor mientras vivía, reservándome tanta parcialidad despues de su muerte. Creo haberlo adivinado, pero jamás me atrevería á decirlo.

## XXIII.

Otro hombre dignísimo, cuya tierna indulgencia hácia mí me permitía llamarle amigo, el duque Mathieu de Montmorency, subió al ministerio de negocios extranjeros en las peripecias públicas que precedieron al Congreso de Verona. No aguardó á que yo se lo pidiese para colocarme en Florencia al lado del marqués de la Maisonfort, destinándome á reemplazarle en jefe tan pronto como las conveniencias permitiesen llamar á este ministro.

Volví á Paris antes de ir á Toscana. El marqués de Maisonfort tenia talento semejante al de Rivarol: era emigrado como él y sacó mucho partido de la desgracia de la monarquía y del trato de los príncipes durante su destierro. Hasta las desgracias de la

suerte tienen cierta influencia ventajosa para los hombres que como él no toman nada por lo sério en la vida. Siempre hay recursos en el talento dúctil y flexible de un cortesano de reyes caídos. Habíase consagrado desde muy temprano á ese papel de esperanza y de actividad en las causas en apariencia perdidas: habia conspirado con los aduladores de la alta emigracion en Suiza, en Rusia, en Inglaterra; habíase ligado con Mr. Blacas, hombre más grave, pero mucho ménos amable que él: Luis XVIII le amaba por su ligereza y él no iba á la zaga de este monarca en materias clásicas y epigramáticas; escribió en 1814 folletos realistas que le habian creado una reputacion de hombre de Estado de un medio tinte en la época en que un folleto parecia un acontecimiento; no era enemigo de las transacciones con la revolucion pacificada; sabia acomodarse á las cosas y á los hombres; no abrigaba prevencion de ninguna especie, gran cualidad para crearse posicion y fortuna, pero la destruía á medida que la iba adquiriendo. El Rey le nombró ministro en Toscana, donde no gozaba de una gran consideracion, pero sí de una reputacion de ingenio muy merecida. Los emigrados contemporáneos suyos, echaban en cara á Mr. de la Maisonfort haber permanecido jóven, á pesar de la edad. En Paris le hacian la guerra: y queria volver allí á pesar de sus adversarios, para defenderse y para obtener un puesto más lucrativo. Entretanto solo le quedaba que pasar un año, poco más ó ménos, en la Italia central para dejarme, á título de encargado de negocios de Francia, la direc-

cion de sus tres legaciones en Florencia, Parma, Módena y Luca.

#### XXIV.

Incapaz de baja envidia y muy capaz de amistad hacia un joven cuya fama naciente le lisonjeaba bajo el aspecto literario, poeta él mismo y poeta muy ameno (suya es la tierna romanza de *Grisélidis*) me acogió ménos como á subordinado que como á amigo más joven y como á alumno á la vez político y poeta, y me presentó como su segundo y sucesor en las principales cortes cerca de las cuales estaba acreditado.

La de Florencia, que era nuestra residencia principal, se componia en primer lugar del gran duque de Toscana, joven todavía en años, pero de una madurez precoz y estudiosa, que anunciaba un digno heredero del trono y del liberalismo filosófico de Leopoldo.

Leopoldo, aunque hermano del emperador de Austria y emperador despues él mismo, habia iniciado amor á los gobiernos libres en la Italia, donde fué el precursor de la revolucion y de la tolerancia administrativa y religiosa. El joven soberano actual era la continuacion de su tio. Sus dos ministros, el anciano Fossombroni y el príncipe Corsini, conservaron las tradiciones de mansedumbre, de economía y de gobierno por el pueblo mismo de su amo Leo-

poldo. La pena de muerte suprimida por este príncipe fué restablecida como mera fórmula por la administración francesa bajo Napoleón: jamás se había levantado el cadalso bajo el régimen gran-ducal: la Toscana era el oasis de la Europa.

¿Cómo una dinastía que no era más que una primera familia libre, en un país libre, cuyo gobierno servía de modelo y de emulación al mundo; cómo una dinastía más que constitucional, que era por sí sola la constitución y la nacionalidad en la tierra de los Leopoldos y los Médicis, ha sido pérfidamente invadida y vergonzosamente expulsada de aquel oasis creado por ella, y expulsada por los piamonteses del palacio Pitti, donde el Rey Carlos Alberto, ese Rey de ambición á todo trance, había buscado y hallado un asilo en aquellos mismos á quienes perseguía en agradecimiento de sus beneficios? Se habla de la ingratitud de los pueblos, pero ¿qué pensar de la de los reyes?

## XXV.

Dos encantadoras princesas, hermanas, y de la misma edad, embellecían aquella corte y prestaban gracia á sus virtudes.

Una era la joven viuda del gran duque anterior, muerto recientemente: la otra la gran duquesa reinante, que compartía con su hermana los honores de aquel doble trono. Princesas de Sajonia y herma-

nas, habian traído de aquel país ilustrado á esta tierra de las bellas artes, la instruccion y el gusto por todo lo que era el ideal, por todo lo que es siempre el alimento de las grandes almas y de los corazones entusiastas. Recibiéronme como Eleonora de Este y hasta aquella Lucrecia Borgia, tanto y tan odiosamente calumniada, recibian en otro tiempo al Ariosto y al Tasso en aquellas cortes de Ferrara y de Mántua, que no eran sino academias de todos los grandes artistas del ingenio.

El gran duque me mostró una consideracion tan afectuosa como inmerecida, que no tardó en cambiarse, bajo las relaciones políticas, en verdadera amistad. El temor de contristar al marqués de la Maisonfort, que no gozaba con él de igual predileccion, nos hizo encubrir discretamente á él sus bondades hácia mí, á mí el respetuoso cariño que le profesaba. Gozaba yo de ellas á hurtadillas por las mañanas en su biblioteca del palacio Pitti, donde penetraba misteriosamente y á donde acudia él á unírseme en cuanto le anunciaban mi presencia para llevarme á su habitacion. Allí tenia la honra de ser admitido á conferencias confidenciales sobre la política, que me han dejado eterna admiracion hácia sus principios y hácia sus virtudes. ¡Felices los pueblos que tienen su suerte en manos tan puras y suaves! ¡Desgraciados los que no saben apreciarlos y prefieren someterse á reyes de cuartel en vez de amar á príncipes filósofos que no les piden más sino que sean dichosos!

La gran duquesa, su esposa, asistía algunas ve-

ces á estas reuniones con la modestia de una simple madre de familia: siempre llevaba en brazos alguno de sus hijos. Al abandonar aquel recinto, mi alma experimentaba una verdadera estimacion hácia el príncipe, una veneracion sin límites hácia la princesa. A pesar de nuestras precauciones, no tardó en divulgarse el rumor de la amistad secreta con que me honraba el gran duque, y hasta llegó á creerse que aspiraba á cambiar de pátria, á convertir mi modesto empleo de encargado de negocios de Francia en una corte de Italia, en el elevado cargo de ministro favorito del gran duque. El partido austriaco manifestó al creerlo cierto temor, pero no habia motivo: en aquella época no habia yo todavía ni merecido ni experimentado los rigores de mi pátria, y nada hubiera podido justificar mi conducta si hubiese procurado cambiar de hogar y de deberes.

Mi inclinacion por la Toscana y el afecto que me inspiraban sus jóvenes soberanos, eran completamente desinteresados. Los apreciaba por sus cualidades personales, no por sus títulos ni por su posicion. Si el príncipe, hoy desconocido y desterrado, lee por acaso estas líneas, hallará en ellas, despues de tantos años y de tantas vicisitudes, los mismos sentimientos de respeto y estimacion que entonces me animaban: en 1848 fuí tan afortunado y tan prudente, que pude darle pruebas de mi constante consideracion, resistiendo á las instancias de Carlos Alberto y oponiendo á sus deseos contra los príncipes, sus antiguos huéspedes, sus parientes y aliados, la inflexible negativa de la lealtad de la República Fran-

cesa. Nuestro deber no era en mi concepto fomentar en Italia el engrandecimiento, diminutivo para la Francia, de la casa de Saboya, sino el de favorecer el establecimiento de una confederacion italiana que constituyese la Península en Estados solidarios contra el Austria y ligados con Francia por el interés de una alianza.

## XXVI.

Aguardaba á mi amigo el conde Aymons de Vi-rieu que, ya enfermo, debía venir con su familia á buscar en Toscana un clima más sano que el que respiraba. Con este objeto tomé para mí y le ofrecí una habitacion en una casa solitaria y poética, situada en la extremidad de la calle *di Borgo Ogni Santi*, una casa cuyo piso principal se hallaba rodeado por una gran azotea convertida en un jardin plantado de magnificos arbustos, desde el cual se dominaba un parque inmenso, conocido con el nombre de la *Villa Torregiani*.

Esta *villa* no tenia más edificio que una torre monumental elevada á una altura piramidal por cima de los pinos más silvestres y más sombríos que puede figurarse la imaginacion. El objeto novelesco y piadoso de este extraordinario y misterioso monumento aumentaba el interés, la emocion que por sí sola inspiraba la torre. El marqués de Torregiani, tipo del caballero toscano, sin que faltase á su fiso-

nomía ese sello de tristeza característico en los que nacen bajo aquel cielo, visitaba todos los días aquellas cuatro paredes. Yo mismo le veía con frecuencia entrar solitario en su jardín, oculto á las miradas de los curiosos, y sentía en mí un vehemente deseo de contemplar esta peregrinacion de amor y de dolor, cuyo motivo se susurraba en torno mio. El amor en Italia, como puede inferirse por la *Beatriz* del Dante y la *Laura* del Petrarca, es el más honroso y al mismo tiempo el más formal, el más profundo de los sentimientos del hombre. Hasta la mujer, tan ligera y veleidosa en otros países, carece en Italia de esa coquetería, de ese inútil disfraz del amor, de esa inconstancia, de esa saciedad de corazón que habían antes de que se acaben, antes de que se rompan las afecciones contraidas con la más madura reflexión. Las relaciones amorosas son allí juramentos tácitos que la moral puede desaprobare, pero que la costumbre escusa y que la fidelidad justifica.

El marqués de Torregiani sintió y alimentó desde los primeros días de su juventud una pasión de esta naturaleza, hacía una jóven y encantadora mujer de raza hebraica casada con un banquero florentino.

Esta pasión era recíproca y no menoscababa en lo más mínimo los derechos del marido. El caballero y los esposos, con arreglo á los usos del país, estaban perfectamente de acuerdo para adorar el uno con un culto conyugal y el otro con un culto de pura perseverancia, al ídolo comun que tan distintas afecciones inspiraba por más que entrambas fuesen tan ardientes la una como la otra.

Esta mujer dos veces adorada murió en la flor de su edad, pero la muerte no pudo destruir del corazón apasionado del marqués la imagen de su idolo. La diferencia de religion impidió á Torregiani consagrar á la mujer amada un monumento en el cementerio judío donde poder ir á llorar sobre sus apagadas cenizas; pero su profundo dolor le inspiró un medio de acercarse siquiera con sus miradas al paraje en donde yacia marchita la más dulce esperanza de su vida, y mandó construir la mencionada torre, con una gran elevacion para que dominase los palacios y los campanarios de la ciudad que pudieran interponerse entre el cementerio y su *villa*. De este modo, subiendo á lo más elevado de la torre, contemplaba diariamente el reducido espacio del campo-santo en donde su idolo se habia despojado de su forma terrestre para habitar la eterna y pura morada en el corazón de su amante.

Allí pasaba horas enteras, solo, meditabundo, lloroso. ¿Hay en algun soneto de Petrarca más lágrimas que las que habia recogido aquel mármol colossal elevado hasta el cielo para entrever un recuerdo dichoso?

## XXVII.

No tardé en ofrecer mis respetos á una majestad sin corona que visité en mi primer viaje. El recuerdo de su segundo esposo, el poeta *Alfieri*, la hacia á

mis ojos valer más que el recuerdo del primero. Era la condesa Albani, reina legataria de Inglaterra por su casamiento con el último de los Estuardos. La condesa Albani, bella en otro tiempo y siempre amable, era una descendiente de la gran casa flamenca de los Stolberg, hermana de los hermanos del mismo nombre tan célebres en la filosofía y en la literatura alemana del último siglo.

El cardenal York, hermano del pretendiente Carlos Eduardo, que estaba refugiado en Roma, influyó directamente en el viaje á Italia de la jóven princesa para enlazarla con su hermano, hombre ya entrado en años y cuyo carácter se hallaba empobrecido por un vicio perdonable en un héroe desalentado: la embriaguez, madre del olvido.

La juventud, la belleza y las gracias intelectuales de su compañera sedujeron al príncipe: la amó, pero no pudiendo conservar su aprecio mal pudo conservar su amor. Alfieri, el aristócrata poeta piemontés, presentado al hallarse en Florencia en la corte del príncipe, no tardó en compadecer á la hermosa víctima, ambicionando el papel de favorito de una reina. Sin gran trabajo logró inclinar en favor de la condesa de Albany el favor apasionado de la opinion en Toscana. La misma religion sirvió de *capa* al amor.

Una noche que los dos esposos debian ir juntos al teatro, el príncipe abandonó su morada antes que la princesa, creyendo que esta le seguiria, pero la esperó en vano: al partir de su lado la vió por última vez. Un convento recibió á la condesa, sustrayéndo-

la de los derechos y de las pesquisas de su real esposo.

Poco tiempo despues, Alfieri, viajando solo, seguido de sus catorce caballos ingleses, por el camino de Sienna, se dirigia melancólicamente hácia Roma, á donde se encaminaba tambien la condesa de Albany por otra via para buscar en un convento la proteccion de su hermano político el cardenal de York.

El cardenal se declaró protector de su cuñada cerca del Santo Padre. Despues de algunos meses de reclusion en un monasterio de Roma, obtuvo la separacion civil y religiosa, y una vez libre de sus obligaciones, la condesa se dirigió á París y despues á otras grandes capitales, acompañada siempre de su poeta favorito. Cuando murió su esposo, víctima de sus excesos y de su triste aislamiento, unió á los dos amantes un enlace secreto, del cual no se han hallado, sin embargo, pruebas legales, porque estas pruebas hubieran privado á la régia condesa de la pension que le pasaba la Inglaterra.

## XXVIII.

Vivieron algunos años en París, durante los albores de la revolucion francesa, en un retiro que no pudo librarlos de la persecucion que comenzó momentos antes de la terrible epopeya del 93. ¿Por qué la revolucion que decapitaba á una Reina, hija de un emperador, al lado de un doble trono, respec-

tó á una Reina sin corona y fugitiva? El poeta trágico piamontés, que habia sido hasta entonces el más ardiente y el más inflexible de los demócratas, pero á condicion de que la democracia respetase los privilegios de la nobleza piamontesa y las pretensiones literarias de su pálido génio, se indignó contra la doble profanacion de los republicanos franceses. Toda su cólera imaginaria contra la tiranía de los reyes de Turin se trocó en ira contra la audacia de los pueblos democratizados por la Francia: todo su odio vergonzante lo reunió en el *Miso Gallo*, coleccion de invectivas mal rimadas y de epigramas sin dardo contra los países, los hombres y los principios que hasta entonces habia elevado á las nubes. Al mismo tiempo imprimió en casa del editor Didot las catorce tragedias que compuso como otros tantos ejercicios escolares, y con ellos en el bolsillo, es decir, con su gloria inédita, fué á confinarse á su retiro de Florencia.

Los italianos, que no tenian ningun poeta dramático, se figuraron haber hallado uno en Alfieri: en esta apreciacion entró por mucho la iniciativa del poeta. Sus compatriotas le creyeron y hasta en Francia le juzgaron tal como deseaba, creyéndole tambien bajo su palabra. Antes de cumplir los cuarenta años llegó á ser un gran hombre, y en esta posicion tan agradable y tan á poca costa adquirida, creyó que lo mejor que podia hacer era dormirse sobre sus laureles en el fondo de una elegante casa situada en el malecon del Arno, en la dulce y sabrosa compañía de la condesa de Albany.

Yo tambien, durante los primeros años de mi entusiasmo por la poesía, llegué á juzgar á Alfieri como sus mistificados contemporáneos. Compré sus obras, divididas en doce tomos, y viajé por todas partes con estos libros, pasando mucho tiempo antes que descubriese en ellos su sonoro vacío, antes de comprender que la fria declamacion no era poesía ni mucho menos poesía dramática. Poseido entonces, como todos los jóvenes, y sintiendo como los italianos con los que me habia criado, sintiendo como todos ellos, repito, un odio inmenso hácia la tiranía, adoraba á este parodiador de Séneca el trágico y me creia tanto más iniciado en la virtud cívica, cuanto mayor era el entusiasmo que el poeta me inspiraba. Hasta despues de muchos años no me expliqué mi debilidad; pero cuando comprendi la falsa grandeza de alma, la inútil poesía que declama sin sentir, que suena sin conmover, que no se halla otra cosa en las obras de Alfieri, ví claramente que sus tragedias se parecian á las de Shakspeare, como la elocuencia de los clubs á la elocuencia de Ciceron y de Mirabeau.

## XXIX.

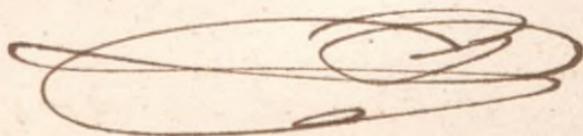
La verdadera enfermedad que llevó á Alfieri al sepulero á los cuarenta años, fué el fastidio, el hastío que le causaban sus propias obras: quizás por eso se refugiaba en el estudio del griego y en las poesías

sistemáticas, epigramáticas, cívicas, democráticas, aristocráticas, que fatigan la inteligencia sin llevar sávia al corazón. Solo sus *Memorias*, original y amoroso monumento consagrado á la condesa, merecen ser conservadas y sobrevivir á su autor. En estas *Memorias* se descubre tanta originalidad como grandeza y pasión: en ellas supo su carácter presentarse revestido de la majestad de su régio ídolo.

Murió en casa de la condesa de Albany, y Canova, por órden de la amante viuda, empleó su cincel en el magnífico monumento que elevó á su memoria en la iglesia de Santa Croce: la alegoría era atrevida; una estatua colosal de la Italia, lloraba sobre la tumba de su poeta. Este monumento, como el hombre á quien estaba consagrado, me ha parecido siempre más declamatorio que elocuente, es el mausoleo académico de una poesía convencional. El gran pintor francés Fabre, de Montpellier, amigo de la condesa de Albany, fué quien á su vez se encargó de consolarla, y alcanzó el título, segun se cree, de su tercer marido. Este pintor era un Poussin moderno, completamente italianizado por su talento y por el culto que le inspiraba Rafael, cuyos vestigios buscaba con esmero en todas partes. Las reliquias que halló las legó á su muerte al Museo de su ciudad natal.

## XXX.

La condesa de Virieu, viuda de un miembro de la Asamblea nacional, intimamente ligada con la condesa de Albany en 1792, me presentó á ella por medio de una carta. Su casa, modesta, elegante, frecuentada por literatos distinguidos, era el santuario cotidiano de los más notables personajes de Florencia, la Atenas de Italia en aquel tiempo. El conde Gino Capponi, heredero del ilustre nombre y de la gran influencia de sus antepasados, y antiguo amigo mio, desde París, acudia todos los dias á esta escogida reunion. El conde era y es todavía el genio de la Toscana histórica, resucitado; deseaba la libertad y la independencía de su patria, restaurada bajo sus soberanos liberalizados, pero de ningun modo la destrucción del nombre de la Toscana y la usurpacion de la casa de Saboya bajo los piemonteses, considerados entonces como buenos soldados para defender las fronteras, no como dignos amos y señores de la Italia regenerada. Elevado á la categoria de ministro en una de las primeras fluctuaciones de la revolucion, obró en este patriótico sentido que rechazaba toda dominacion del extranjero, hasta el momento en que la falsa idea de una unidad absorbente destruyó, bajo el imperio del carbonarismo de los radicales, las verdaderas nacionalidades históricas de que está formada la Italia, para subyugar la historia á la

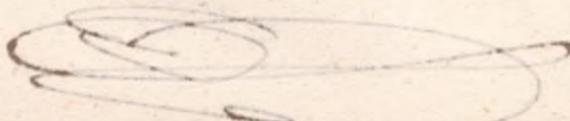


quimera y para emplear la violencia, para ponerse en pugna con la naturaleza, desviando á los pueblos y á los príncipes de la idea de formar una poderosa y natural confederacion italiana.

El conde Capponi se retiró por entonces á la vida privada, deseando vivamente la felicidad de la Italia: una obstinacion, una ceguedad precoz condenó á la inaccion á este grande y generoso ciudadano, al que acompañan en su aislamiento la estimacion y gratitud de su patria. ¡Ojalá lleven estas líneas á su ánimo el convencimiento de que la amistad sobrevive á la dicha y á la popularidad cuando se trata de hombres dignos de ser amados en todo tiempo!

## XXXI.

La condesa de Albany me recibió con excesiva bondad, abriéndome las puertas de aquel reducido círculo, á donde nacionales y extranjeros acudian á honrar en su persona, más que á la Reina de un imperio caído, á la legítima soberana del ingenio y la gracia en la conversacion. A pesar de su edad se descubrian en su fisonomía apacible, fina, inteligente y apasionada, las huellas de la belleza, que en su primera juventud la habia hecho el objeto de una entusiasta adoracion. Su cutis, flamenco puro, recordaba los retratos de Rubens más que los de las bellas italianas de la Edad Media; su cuerpo, esbelto antes, habia perdido la ligereza bajo el peso de su



gordura; sus mejillas, todavía frescas, hacian su cara demasiado ancha; pero el atemperado brillo de sus hermosos ojos azules y la afectuosa sonrisa que jugueteaba en sus labios, inspiraban involuntariamente á la imaginacion la idea de los encantos de aquella mujer á los 15 años, en la venturosa primavera de su vida. Fácilmente se comprendia que hubiese sido amada por sus poderosos atractivos antes de serlo por sus aventuras y sus infortunios; estos últimos tenian, es cierto, poesía; pero esa poesía, que sobrevive á los años, esa poesía que brilla en la mujer cuando la edad y lo acentuado de sus facciones, y tal vez, la salud, la gordura, le dan un aspecto material, esa poesía del recuerdo que hace ver lo que no es, porque es la poesía del alma y no del cuerpo. El tibio fuego de la pasión mal apagada iluminaba todavía las facciones en donde habia resplandecido. El reflejo del amor es hasta en la sombra de los años una luz suave, pero brillante, que ilumina en todo tiempo nuestra fisonomía.

## XXXII.

Mi reputacion de poeta, que comenzaba entonces á favorecerme, mi calidad de diplomático francés, la benévola acogida que se me dispensaba en la corte del soberano, mi felicidad íntima, la presencia de mis mejores amigos, el placer reservado á la poesía de mi vida como á la de mis pensamientos, mi gra-

titud por todos estos dones hácia la Providencia y mi natural inclinacion hácia la contemplacion que se ha aumentado en mí en los momentos venturosos de mi existencia, como los perfumes de la tierra que se elevan mejor y son más olorosos bajo un sol puro que no bajo las nieblas de los malos climas, todo esto reunido parecía brindarme una felicidad tranquila que me hacia á cada instante dar gracias al destino, cuando un extraordinario é inesperado suceso cambió de un dia á otro aquella situacion tan agradable de mi alma, en una especie de proscripcion social que se declaró de pronto contra mí y que me hizo temer un instante por el porvenir de mi carrera diplomática, sobre todo en Italia, pais que yo miraba como mi pátria adoptiva, que me inspiraba un verdadero é inestinguible afecto.

Hé aquí la original y desdichada peripecia que turbó por entónces mi felicidad.

### XXXIII.

Poco antes de mi salida de Francia para ocupar mi empleo diplomático en Florencia, murió en Grecia, jóven aun, el más grande, al ménos en mi concepto, de todos los poetas modernos. La muerte le sorprendió cuando iba á llevar á cabo el único acto generoso, desinteresado, heróico, que podia hacer olvidar con la virtud las escentricidades y los extravíos juveniles tan insensatos como censurables de su

vida. Fácilmente se comprende que mis palabras aluden á lord Byron, á aquel proscrito voluntario de su familia y de su pátria, que tuvo suficiente valor, como el héroe del Tasso, para abandonar algo más precioso que Armida, para volar á socorrer á la sombra de un pueblo, sin otro móvil que su amor á la humanidad y su amor á ese fantasma que llamamos la gloria.

A su llegada á Missolonghi con dinero y con armas, el cielo le negó la ocasion de ilustrar dos veces su nombre de poeta, aumentándole el timbre de héroe, de hombre de Estado y de libertador de la Grecia. Si viviera hoy, todas las probabilidades hacen creer que este país no buscaria un rey.

Lord Byron debió los primeros favores de la fama á la publicacion de su poema en cuatro cantos, ó mejor dicho una gran escentricidad poética, tan orinal y tan vagabunda como su imaginacion, titulado: *La peregrinacion de Child Harold*. Esta obra era como un *lai des sirventes*, como una leyenda de la Edad Media, cuyos únicos episodios eran sus impresiones y sus amores, los delirios que á su calenturienta imaginacion habian inspirado las diversas regiones que habia recorrido.

Este poema incendió, por decirlo así, las imagiaciones de sus contemporáneos, con más ó ménos intensidad, segun la mayor ó menor cantidad de combustible que tenia cada una. La mia fué de las que más se encendieron, y la impresion que entonces recibí, ni los reveses, ni las vicisitudes prosáicas de la existencia, nada ha podido borrarla, ni tan

siquiera debilitarla en mí. Las llagas del fuego sagrado no se cicatrizan nunca en el corazón de los poetas.

## XXXIV.

La muerte de lord Byron fué para mí un verdadero duelo. Aun recuerdo la mañana en que mi madre me anunció este suceso. Me encontraba en Maccou, y aun estaba en el lecho, cuando mi buena madre, conociendo mi pasión hacia aquel Tasso y aquel Petrarca de los ingleses reunidos en un solo hombre, conociendo, repito, el efecto que produciría en mí la inesperada noticia, entreabrió con cuidado las cortinas de mi cama y me anunció la catástrofe del poeta con la misma precaución que si se tratara de algún individuo de mi familia. En su fisonomía se revelaba el dolor que presentía en mi corazón. Mi duelo fué muy grande con efecto; jamás me he consolado de esta pérdida; siempre he echado de menos en el cielo de la poesía de nuestro siglo esta *estrella eclipsada*. En vano había escrito esa parodia del amor que se llama *D. Juan*. Este poema es un desahogo de cólera y de cinismo contra sí mismo; hizo lo que San Pedro negando á su maestro, pero Dios deplora y perdona estas debilidades. Su poesía es eterna, porque llora mejor que ríe. Su nota sensible se apodera del alma como una *harmónica* celeste. Los nervios sufren,

pero el corazon vierte gotas de sangre, y estas gotas son las delicias de los corazones sensibles.

## XXXV.

Fuertemente agitado y conmovido por esta pérdida, tuve la idea, en general bien desdichada, de pagar un tributo á la gloria del Rey de los poetas contemporáneos, continuando este poema con el *Quinto Canto de Child Harold*. Lo escribí de un tiron, demasiado á prisa, como todo cuanto he escrito y he hecho en la perpétua improvisacion que algunos llaman mi vida, á no ser cuando el acontecimiento que apremia no deja tiempo para deliberar: en este caso el mejor consejero es la inspiracion.

Suponia que lord Byron vivia aun y que el genio que le habia inspirado los cuatro primeros cantos de su poema, inspiraba á su estro el relato de su propia muerte. Descontento de la somnolencia de la Italia, al abandonarla el poeta le enviaba su adios impregnado de amargas reconvenciones. Pero en mi plan, no salia este adios de mi boca, sino de la suya, de acuerdo con los exagerados sentimientos que él habia expresado tantas veces en prosa y verso; sentimientos de los radicales ó de los carbonarios extranjeros, con los que mantuvo cordiales relaciones mientras permaneci6 en Venecia, en las orillas del Po ó en las del Arno.

Hé aquí los versos á que me refiero:

## XXXVI.

«¿A dónde va?... Se dirige hacia la cuna del sol, pero ¿qué le mueve á llevar en su barco ese terrible aparato de guerra?

»¿Va con el corazón entusiasta, impregnado de magnánima fé, á conquistar una tumba en el desierto de Soliman; ó avanza como el peregrino apoyado en su bordon á lavar sus manchados piés en las tranquilas ondas del Jordan?

»No: la duda es la doctrina del escéptico Harold; ni la cruz ni la media luna cubren su pecho. Júpiter, Mahoma, héroes, grandes hombres, dioses, (perdonable, Dios mio) no son á sus ojos más que un fantasma impotente que ha creado el error, sueños más ó menos puros que adora un vano delirio, y de los cuales la soberbia razón despeja el horizonte siglo tras siglo con su divina luz.

»Jamás ha besado el polvo de ningún altar, sus labios no murmuran la más corta oración. El dios que adora Harold, es ese supremo agente, ese *Pan* misterioso, problema insoluble, grande, limitado, bueno, malo, que bajo tan distintos aspectos revela á sus miradas el universo. Ser sin atributos, fuerza sin providencia, que ejerce al azar un ciego poder sobre todas las cosas, verdadero Saturno que procrea y devora sus hijos, que hace el mal sin rencor y sin amor el bien, sin más designio que un eterno

capricho, sin exigir ni fé, ni ley, ni sacrificio alguno, entregando el débil al fuerte, el justo á la desgracia y del cual dice la razon: «¿Es ó no es?»

»Agrupados sus compañeros sobre la cubierta del barco, no hablan entre sí de fé ni de martirio, ni de los santos prodigios que ha operado la Cruz, ni de los pecados absueltos en los lugares consagrados.

»Apóstoles de un Evangelio más arrogante, resuenan en sus labios palabras de otro género. Gloria, honor, libertad, grandeza, derechos humanos, muerte á los tiranos sagrados degollados con sus cuchillos, desprecio de las preocupaciones, socorro á los oprimidos, venganza y sobre todo guerra; siguiendo por todas partes á la errante libertad, van á Oriente á responder al grito que les ha lanzado para romper las cadenas que la abatida Grecia agita sobre una raza impía al despertarse; van á ver levantarse entre los surcos inundados con su sangre un pueblo muerto; van á reanimar el cadáver envuelto en el sudario de la opresion.

»El primer rayo de la aurora, dorando los mástiles, juguetea con las ondas purpurinas, con las ondas que, despertándose al fresco soplo de la mañana, forman en torno del barco, surcos de espuma que se deshacen en seguida. La vela hinchada por el viento corre y pasa de cerca por la costa de Italia. Harold despierta: vé en lontananza ensancharse los azulados contornos del horizonte romano; vé salir del fangoso lecho del Tiber una rugiente ola que parece orgullosa al contemplarse en libertad;

vé á Soracta elevando su cumbre en los aires aparecer en seguida, única y majestuosa, allí donde cayó á sus piés el universo.

»Más allá, en los confines de esta caduca Europa, en este eden del mundo en donde Parthenon se estinguió, descubre su mirada como un eterno faro que ilumina los mares, el humeante Vesubio: semejante á la lejana claridad de un moribundo incendio, su llama, abatida por un instante durante el día, lanza al volver la noche torrentes de luz; el mar, copiando sus reflejos, parece enrojecido, y los vientos, al agitar este sublime penacho como la columna inflamada de un templo que se desmorona, se inclinan sobre Pæsto, hasta que asoma el alba, esa columna de fuego, que siempre parece próxima á hundirse y que jamás acaba de caer.

»Al sombrío resplandor de este inmenso faro, Harold recorre los linderos del antiguo Elíseo, cambiado en un desierto, en un desierto que, ostentando los restos de su destrozado suelo, no conserva del celeste eden que copiaba en la tierra más que los astros sin nubes, un firmamento despejado y sereno.

»Pero al llegar cerca de la tumba en donde duerme el cisne, cambia el barco de rumbo, y Harold, sumido en profunda tristeza, vé á lo lejos confundirse en el horizonte el cielo y el Océano: aquellas inmortales riberas no tardan en desaparecer de sus ojos, se desvanecen como las nubes al suave soplo de la brisa, como un nombre que se pierde en las remotas edades.

—«¡Italia! ¡Italia! adios; adios, riberas tan amadas: mis desilusionados ojos te pierden para siempre. ¿Qué hacer en tus colinas, nacion que vives del pasado? Despues de contemplar tus arcos de triunfo y tus gloriosas ruinas, despues de hallar algunos nombres en la urna de la muerte, en vano se vuelve la vista hácia los seres que viven en tu seno. Todo duerme, todo: hasta los recuerdos de tu antigua historia te llenarian por lo menos de rubor en presencia de tu gloria pasada! ¡Todo duerme, y sin embargo el universo está despierto! El siglo avanza, y en su marcha impetuosa todo lo agita, todo lo arrastra. El scita y el breton, guiados por el brillo de tu nombre, abandonan sus ásperos climas y pueblan tus riberas, pero al llegar á tus ciudades, contemplándolas con miradas de desprecio, no te reconocen, y con amarga sonrisa, se preguntan en vano en presencia de tus arcos grandiosos, de tus templos, de tus palacios, de tus puertas triunfales, qué es lo que significa tu inmensidad, si aguardas á otro César. ¿Por qué la sombra de un pueblo ocupa tanto espacio? esclaman asombrados. ¿Y sufres sin vergüenza una afrenta tan terrible? Pero, ¿qué digo? en vez de indignarte sonríes ante el insolente bárbaro, le vendes los rayos de tu sol, que tanto ama; poseida de un despreciable orgullo, le enseñas tú misma tu rico suelo cubierto todavía con las huellas de tus héroes, los antiguos paredones en donde el eco repite sus nombres, los mármoles preciosos mutilados por el hierro del bárbaro, los bustos, con los que su orgullo te compara, de tus fecundos campos los supérfluos tesoros y hasta

el cielo que te alumbra, pero que te desconoce.

»Ruborízate..... Pero no; triunfa aspirando á una frívola gloria!

»Todavía se canta al pie del Capitolio: las manos que sustentaban el hierro, cetro inmortal de los romanos, debilitadas hoy, solo tienen la lira y el pincel. Sabes ¡oh Italia! fabricar pérfidas voluptuosidades, dar á las voces de tus Armidas cantos más dulces, animar los colores bajo un pincel que palpita, ó formar con el buril sobre el mármol las imágenes de los héroes que, apenas trazadas, se convierten en otras tantas acusaciones de tu triste presente; tu lengua, modulando sonidos melodiosos, ha perdido la aspereza de tus rudos antepasados. Amable como un adulator, falsa como una esclava, tus cadenas han debilitado su nervioso y grave acento, y como la serpiente, cuyas falanges se amoldan á todas las sinuosidades del terreno por donde se arrastra, destinado á una larga esclavitud, se prostituye de la manera más servil, y exhalándose de los labios, sin fuerza, estenuado, no hace más que adormecer el alma y acariciar los sentidos.

»Monumento arruinado que solo habita el eco, polvo del pasado agitado por un estéril viento, tierra en donde los hijos han perdido la sangre de sus padres, en donde los hombres nacen viejos, en donde el acero envilecido no hierde más que á traicion, en donde sobre las frentes encubiertas se descubre una nube sombría, en donde el amor no es más que un cebo y el pudor una carga pesada, en donde la astucia se refleja en las miradas, en donde las palabras

enervadas no son mas que un ruido sonoro, la última vibracion del trueno que ha estallado muy lejos. Adios: ¡Llora tu postracion ensalzando á tus héroes! En otras playas donde la gloria ha reanimado sus huesos (perdonadme, sombras de los romanos) voy á buscar hombres, no polvo humano, que es lo que dejo en tus ciudades y en tus campos.»

El canto continúa, pero basta lo que he copiado para el objeto que me propongo al referir el incidente que ha motivado este recuerdo.

### XXXVII.

Yo era secretario de la embajada en Nápoles, y en 1822 abandoné esta capital. Tambien sali de Roma, y aprovechando *una larga* licencia, pasé una temporada en París. Por entónces publiqué *La Muerte de Sócrates*, las *Segundas Meditaciones* y escribí despues de la muerte de lord Byron el quinto canto del poema de *Child Harold*.

En este poema figuraba que el poeta inglés, al dirigirse á Grecia para pelear y sucumbir, lanzaba una terrible invectiva á la Italia para mostrarle su abatimiento, su postracion, su voluptuosa esclavitud: este apóstrofe concluia, como han visto mis lectores, calificando á los italianos de *polvo humano*.

Los mismos poetas de esta nacion, *Dante*, *Alfieri*, habian dicho cosas más duras aun á su patria. Por otra parte, estas reconvenciones no era yo quien las

hacia, sino lord Byron, y á fe que no igualaban á los fuertes apóstrofes que en sus composiciones había fulminado contra Italia.

Mi poema produjo una gran sensacion que se extendió á Florencia, á donde yo llegué dos meses despues en calidad de primer secretario de legacion.

### XXXVIII.

Apenas circuló la noticia de mi arribo, se suscitó contra mí una viva animadversion patriótica. Se tradujeron mis versos, separándolos del cuadro en donde perdian toda su fuerza, se repartieron profusamente en los salones, en los teatros, entre el pueblo; se publicaron folletos y artículos en los periódicos, poniendo de manifiesto la insolencia del gobierno francés que, enviaba para representar á Francia en el centro de la Italia liberal y literaria, á un hombre que con sus versos había ultrajado á este pais. El escándalo fué grande, y durante algun tiempo me ví proscrito por todas las opiniones. Por entonces habia en Florencia algunos desterrados de Roma, de Turin y de Nápoles, que se habian refugiado en el suelo toscano despues de las tres revoluciones que acababan de encenderse y extinguirse en su patria. Entre ellos se encontraba el coronel Pepe, uno de los oficiales más distinguidos del ejército que había formado parte de la expedicion de Napoleon á Rusia. A sus cualidades militares, reunia la de ser un escritor de talento.

Tomando á su cargo la defensa de su patria, publicó un folleto contra mí, cuyos términos no me permitian aceptar ni el honor de mi país ni el de la posición que ocupaba. Le exigí satisfacción y nos batimos en una pradera en la orilla del Arno á media legua de Florencia.

## XXXIX.

Los dos éramos maestros en el arte de la esgrima, pero el coronel mostraba tanta fogosidad como yo sangre fria. El combate duró diez minutos, durante los cuales halló la punta de mi espada cinco ó seis veces descubierto el pecho del coronel, pero no le toqué, porque estaba resuelto á dejarme matar antes que arrebatar la vida á un bizarro soldado acribillado de heridas, por una causa que no era personal y que en el fondo hacia honor á su patriotismo. Al mismo tiempo pensaba yo que si tenia la desgracia de matarle, me veria obligado á salir para siempre de Italia, y despues de cruzar las espadas varias veces, el coronel me atravesó de una estocada el brazo derecho. Acto continuo me trasladaron á Florencia, y al cabo de un mes me hallé completamente curado de mi herida.

## XL.

Los duelos eran severamente castigados en Toscana, y el nuestro fué demasiado notable para que el gobierno pudiese simular ignorancia de él. Mi calidad de representante de una potencia extranjera me hacía inviolable; pero la calidad de refugiado político, agravaba la situacion del coronel Pepe. Se le buseaba por todas partes, y yo escribí al gran duque, príncipe dotado de un alma grande y generosa, que me honraba con su amistad, le escribí, repito, para suplicarle que no fuera proscrito de sus Estados el coronel, ni molestado por un suceso que yo habia provocado de dos maneras. El gran duque cerró los ojos y el público admirado de mi proceder y entristecido por mi herida, me aplaudió la primera vez que me presenté en el teatro. Unas cuantas gotas de sangre lo borraron todo, y en adelante fuimos buenos amigos mi adversario y yo. El coronel volvió después á su patria y llegó á ser general.

Un amigo mio que desde el primer momento se habia interesado vivamente en la cuestion, escribió algunas páginas reposadas haciendo una defensa casi judicial de mis calumniados versos. Pero yo no quise abogar con la pluma despues del fallo de la espada, y no consentí la publicacion de esta defensa hasta que pude firmarla con la gota de sangre que produjo mi duelo nacional, de ningun modo personal.

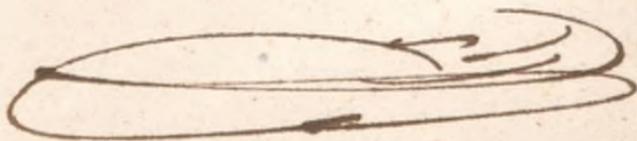
Permítanme mis lectores que reproduzca algunos párrafos de esta defensa como documentos justificativos de aquel original proceso literario.

## XLI.

«Varios escritos recientemente publicados en Italia han interpretado mal uno de los pasajes del quinto canto del poema de *Child Harold*, y como estas interpretaciones han afligido profundamente al autor del poema, creémos oportuno rectificarlas. Las personas imparciales apreciarán sin duda los motivos del silencio que Mr. de Lamartine ha guardado hasta ahora, y la exactitud de las observaciones que nosotros hacemos.

»Un autor no debe jamás salir á la defensa de sus propias obras, pero un hombre que se respeta no puede menos de vengar sus sentimientos equivocadamente interpretados. Fiel á este principio no ha respondido nunca Mr. de Lamartine á las críticas literarias que se le han dirigido; pero rechaza con razon opiniones y sentimientos que solo el error ha podido imputarle.

»El pasaje inculpado es una imprecacion poética contra la Italia en general, imprecacion que pronuncia Child Harold en el momento en que abandonando para siempre las comarcas de Europa, víctimas tantas veces de su misantropia y de su odio, se lan-



za hácia un país en el que su imaginacion desilusionada le ofrece nuevas emociones. Esta imprecacion es como todas y contiene lo que la imaginacion de un poeta inventa en tales casos, es decir, lo más general, lo más exagerado, lo más vago contra el objeto ó el país sobre que descarga el poético furor de su héroe. Si se desea tener una idea exacta de lo que son estas figuras poéticas, léanse las diatribas de Alfieri contra la Francia, sus costumbres, sus habitantes; las imprecaciones de Corneille contra Roma; las del Dante, Petrarca y casi todos los poetas italianos contra su propia pátria, y aun las del mismo lord Byron contra algunos de sus compatriotas; léanse en fin, los satiricos de todos los siglos desde Juvenal á Gilvert. Estos fragmentos no han probado otra cosa que el mayor ó menor talento de sus autores para emplear los colores de su cuadro, que el ingenio que han aplicado contra determinadas épocas y países; es decir, no han hecho nunca más que abstracciones inofensivas.

»La imprecacion del quinto canto de *Child Harold* no ha sido nunca la expresion de los sentimientos de Mr. de Lamartine respecto de la Italia.

»Estos versos nõ es él quien los pronuncia, sino su héroe, su héroe que es la encarnacion del mismo lord Byron, tipo enteramente opuesto al de nuestro poeta. En todo el mencionado canto no hay cuatro versos que sean la expresion de los sentimientos personales de Mr. de Lamartine. Aun hay más, este canto estaba destinado á ver la luz pública como escrito por el mismo lord Byron, y traducido, para



darlo á conocer, como un fragmento oportuno del mismo poema.»

## XLII.

A estas aclaraciones añadió mi defensor otros argumentos no menos poderosos; expuso que en el prefacio del quinto canto en cuestion habia yo cuidado de expresar que no era yo, sino Harold, quien hablaba, manifestó los grandes motivos que yo tenia para amar al país que el personaje de mi poema maltrataba, el afecto profundo y la veneracion que sus grandezas pasadas me inspiraban, y concluyó dando á entender que si rechazaba la acusacion que se me hacia de haber insultado á una nacion, no podia menos de defender mi honra en todos los terrenos, esplicando de esta manera un duelo llevado á cabo por mí á pesar de no juzgarme merecedor de las ofensas que se me habian inferido y de protestar contra la duda de los que me acusaban.

El incidente terminó de un modo satisfactorio como he dicho.



## CAPÍTULO II.

---

### XLIII.

Durante el mes que pasé en el lecho curándome la herida, acudieron á inscribir su nombre en las listas que habia en la puerta de mi casa las personas más distinguidas de Florencia, y esta demostracion me probó que el país estaba satisfecho, y que nuestra reconciliacion era completa. Cuando me encontré bien me apresuré á pagar estas visitas.

Mr. Denidoff, padre, que vivia entonces en Florencia con un lujo sin limites, tenia en su palacio una compañía de actores franceses muy notables y una orquesta italiana, atractivos que ofrecia una vez por semana á los personajes más distinguidos de la corte y la ciudad. Me presentaron á él, y la acogida que me dispensó fué sumamente satisfactoria para mí. Anatolio Denidoff, feliz esposo hoy de la princesa Matilde, pero que entonces era un niño,

recuerda aun la amistad que su padre me profesaba y á su vez me ha demostrado el mismo sentimiento en todas las épocas de mi vida.

El antiguo embajador de Rusia, Luchesini, hombre de una finura y de un gracejo que ocultaban su gran habilidad, me recordaba, al lado opuesto de los Alpes y de los Apeninos, la figura y la sagacidad del príncipe de Talleyran. El embajador de Austria era el marqués de Bombelles, hijo del célebre emigrado francés del mismo nombre, que regresó á Francia con el Rey al comenzarse la restauracion, y que despues de muerta su esposa se hizo obispo de Amiens. Su hijo que habia quedado en calidad de súbdito del emperador Francisco, era un hombre de mucho talento y de un carácter sumamente agradable, pero hostil á la Francia por la misma razon de que su origen era francés, se mostraba solícito en servir á su soberano aleman, indicando con esta conducta la desfavorable opinion que tenia del gobierno, semi-revolucionario á sus ojos, de Luis XVIII.

Estaba unido y vivia en Florencia con una jóven y hermosa danesa, la célebre Ida Brovon, convertida en condesa de Bombelles, tan bella como buena, dotada de una voz y de un talento musical, tan sublimes como los de la Malibran, que reunian en su salones á una reunion de admiradores apasionados de su bondad, de su belleza y de su arte. Despues de haberla oido creia uno haber pasado algun tiempo en el Eden, pero su sencillez, su naturalidad la defendian contra el entusiasmo que inspiraba su ju-

ventud, su hermosura y su voz. Ni sentía ni inspiraba otra cosa que amistad. Mi esposa y yo disfrutábamos de este precioso privilegio.

#### XLIV.

Era indudable que la predilección que gozábamos cerca de la marquesa de Bombelles la debíamos, más bien que á otra cosa, al entusiasmo que le habian inspirado la narracion de madama Staël relativa á su último viaje á Hamburgo: *Las Actitudes*. La condesa era trágica por naturaleza. Desde la edad de diez á doce años habia comprendido que existe un idioma soberanamente expresivo en las posiciones y en las actitudes del cuerpo, como existe uno en los sonidos. La contemplacion de los cuadros y de las estátuas con que los grandes profesores dan á conocer, al par que las concepciones de su inteligencia, el pensamiento dominante de sus inspiradas creaciones, habia convencido á la jóven de que el efecto de la belleza viviente, por decirlo así, no es menos impresionable que el de la belleza muerta, aun cuando la materialidad de la forma sea de piedra, de bronce ó de mármol.

Una revelacion de su genio le habia hecho imitar, sin grandes esfuerzos, la expresion de las más fuertes sensaciones: el espanto, el amor, la contemplacion, la tristeza, el dolor, la desesperacion, todo esto habia logrado pintar, merced á la alteracion de

sus facciones y á la posición del cuerpo, produciendo en el ánimo de sus admiradores lo que la más elocuente poesía dramática ó épica suele producir en las almas sensibles y soñadoras.

Para hacer este efecto tan agradable como importante, era indispensable que la artista reuniese á la inteligencia una soberana hermosura, á fin de que la imaginación no pudiese concebir nada más hermoso que la imagen reproducida á sus ojos, y la naturaleza no había escaseado sus favores en las miradas, en la cabellera, en las facciones, en los brazos, en toda la figura, en fin, de madama de Bombelles. Cuando la inspiración parecía extinguirse ante la imagen de la tranquilidad y del reposo, volvía de repente á agitarse como un revuelto torbellino tan luego como olvidaba el mundo real para abandonarse á sus fantásticos sueños. En aquellos momentos desaparecía la mujer propiamente dicha, y solo quedaba la fuerza de la pasión bajo el ideal de la hermosura. Pero la condesa no se abandonaba á la inspiración de estas actitudes sino cuando se hallaba rodeada de sus mejores amigos. El prestigio de una exhibición semejante con respecto á su misma persona, hubiese sido acaso demasiado expresiva á los ojos del público. El genio es también humilde y pudoroso, sobre todo cuando le simboliza una mujer. Yo de mí sé decir que la influencia que ejercía en mi ánimo, las prodigiosas actitudes de madama de Bombelles no han podido borrarse de mi memoria. Su esposo ha muerto, y ella vive retirada del mundo en un asilo religioso de Alemania. ¡Quiera

Dios que al pensar en sus amigos de remotos y felices tiempos, se acuerde de mí y de sus más sinceros y entusiastas admiradores! El recuerdo es la resurreccion de los tiempos ocultos en el abismo del pasado.

## XLV.

Una dulce sorpresa me aguardaba por entónces en Florencia, merced á la inesperada presencia de la condesa de *Lena*, que habia ido á pasar algunos meses en la compañía de su hermano en Toscana, y á visitar al mismo tiempo á sus antiguos amigos. Inmensa era la distancia que la habia separado de mí desde el dia de mi casamiento, y pensé en reanudar un lazo codiciado por una parte, pero combatido por otra. Era la más bella, la más graciosa de las mujeres que se han aparecido á mis ojos. (Ved, bajo el nombre de *Regina*, el tomo II de *Las Confidencias*). Tal era aun; tal continuó siendo hasta el último instante de su vida, hasta la hora fatal en que la muerte vino á sorprenderle en 1851 á su retiro de las cercanías de Venecia, á donde se habia refugiado. Sabedora de las desgracias que habia experimentado merced á la revolucion de 1848, me escribió ofreciéndome un asilo en el lugar que me guardaba su fiel amistad. Yo tenia rigurosos deberes que llenar antes de pensar en un retiro semejante. Cuando recibí esta invitacion habia partido para Constanti-

nopla y Smyrna. Le respondí afectuosamente diciéndole que aceptaba su generoso ofrecimiento. La infeliz había muerto antes de que mi carta llegara á su destino.

La condesa habitaba una de las más lindas casas de Florencia, donde pasamos algunos meses juntos en una intimidad santa y buena, rodeada de un reducido círculo de amigos y de admiradores de su incomparable hermosura. Grande fué el dolor con que nos separamos cuando ella salió para Roma. Hay en la vida encuentros como este que constituyen la felicidad de una existencia de sufrimientos. Los amigos de la condesa de *Lena* ya no podrán encontrarla sino en el cielo: era demasiado bella para que pudiera pertenecer al mundo.

#### XLVI.

La condesa de la Maisonfort salió de Florencia precisamente cuando la corte de Toscana se dirigía, según su antigua costumbre, á Liorna y Pisa, donde tenía sus palacios. Imitando su ejemplo, partí á Liorna y me instalé en una preciosa *villa*, próxima al mar, situada en medio de un arrabal y rodeada de vastos jardines llenos de árboles frutales. La gran-duquesa iba todas las tardes á pasear en coche por la *Arlanza*; este era el único paseo que por entonces había en Liorna, y nadie se dirigía á él sino

cuando los últimos rayos del sol poniente iban ocultándose poco á poco tras los lejanos montes.

Yo mismo, al llegar esta hora, tenia la costumbre de montar á caballo y atravesar la solitaria calle en que se levanta la desierta casa que tanto tiempo habia habitado lord Byron. Creia ver su sombra y la de su amiga la condesa Guicioli.

Algunas veces salia por la mañana antes de que alumbrara el sol, y me dirigia al célebre monasterio de Montenero, y me detenia en la humilde morada de un marinero del Mediterráneo. Una vez allí solia dejar mis caballos en una posada del Cabo, y me perdia, provisto de un álbum, por los floridos bosques y los frondosos robles que cubrian las pendientes. Allí es donde escribí una gran parte de las *Armonías poéticas y religiosas*, que no salieron á luz sino ocho años despues.

Por la tarde, cuando volvia á montar á caballo para llegar á mi *villa* de Liorna, solia encontrar alguna que otra vez á las dos grandes duquesas sentadas con sus hijos en el jardín de mi esposa, y pasaban familiarmente las horas íntimas de la noche en compañía nuestra, hablando de poesia y de literatura como lo habian hecho en Weymar, con Schiller y Goethe.

## XLVII.

Compréndese fácilmente, que yo no podía ser imparcial respecto de la suerte de estos soberanos, que descendían de su trono para entretenerse hablando con un poeta y para meditar sobre la felicidad de los pueblos, que Dios les había confiado. Este género de vida llegó á su término para repetirse en Florencia, durante el invierno, despues de su estancia en Pisa, y en la *villa* imperial de *Poggio Cuiano*, situada en las cercanías de Florencia. Yo asistía á varias de las invitaciones con que los soberanos habían procurado obsequiarme, y más tarde cené en la magnífica sala, donde la célebre veneciana *Bianca Capello*, trasformada en gran duquesa, espió, víctima del veneno, su felicidad y la de su esposo.

## XLVIII.

El marqués de la Maisonfort me había invitado á seguirle á Luca, con el objeto de presentarme al duque de Luca, hijo de la reina de Etruria, á la que Napoleon había colocado en el trono de Toscana, destronado y relegado despues á Luca.

La duquesa de Parma, Maria Luisa, á quien había visto de paso en Parma, me había parecido encan-

tadora y muy diferente de la repugnante imágen que los liberales y los bonapartistas franceses le atribuían en París. Su rostro era tan dulce como inteligente, sus ojos eran azules, sus cabellos rubios, su talle gracioso y esbelto, y su fisonomía se hallaba marcada con ese sello de melancolía que tanto seduce y fascina. El conde de Neiperg, mayordomo de palacio y su primer ministro, á quien segun se decia, amaba la reina en secreto desde su vuelta á Viena (1814), mostrábase siempre á sus ojos como un hombre que no se olvida de la respetuosa diferencia que conviene á su situacion oficial.

Despues de haber cenado durante dos dias á su mesa en su palacio de Parma, reconoció en mí un adicto á la casa de los Borbones, y me condujo ella misma á las habitaciones interiores de su palacio, para mostrarme con una visible indiferencia, las reliquias de su grandeza imperial regaladas por la ciudad de París en la época de su matrimonio.

Alejéme de ella para volver á verla más tarde; y cada vez se iba haciendo más imperecedera la admiracion que se habia apoderado de mi alma, merced á los nobles y generosos sentimientos que habia tenido ocasion de observar en aquella hermosa soberana. Era una mujer llena de gracia, de amabilidad y de firmeza de carácter. Parma se sentia dichosa bajo el dominio de esta princesa que procuraba colmarla de los esplendores de que ella habia disfrutado al principio de su reinado, reinado que llegó á ser con el tiempo una série de continuas desgracias.

## XLIX.

Durante mi corta permanencia en Pisa, donde me detuve con el objeto de admirar las curiosidades de la catedral del Campo Santo, monumento de mármol del siglo XIII, y los solitarios puentes, testigos de una grandeza sumida en el abismo del pasado, hice conocimiento con un amigo de madama Staël, con el amable profesor Rosini, antes de la *Monaca de Monza*, cuya muerte lloré con las lágrimas del corazón.

De allí me dirigí á Luca por un camino poblado de risueñas aldeas, cubiertas de flores y de árboles frutales.

Atravesé la ciudad y bajé á *Saltochio*, que es una antigua *villa*, habitada por el marqués de La Maisonfort y situada al otro lado de la llanura, sobre el camino de los baños. Instaléme en una habitacion que se dignó ofrecerme el ministro de Francia, con el cual solia hablar muy á menudo de cuestiones literarias. La magestad y transparencia de aquel hermoso cielo en los primeros dias de otoño, engendró en mi alma el gérmen de esa encantadora melancolía que suele formar parte de nuestra felicidad.

Allí es donde escribí la siguiente composicion, que ofrezco á los lectores con el comentario que se encuentra en mis obras completas.

## LA VOZ DE LOS MUERTOS. (1)

El viento azota las peladas ramas  
 De los añosos álamos, y ruedan  
 A su impulso las hojas desprendidas  
 Y huyen temblando á la intrincada selva.  
 Llora de amor la cariñosa tórtola ;  
 La golondrina por los aires vuela,  
 Y tan pronto se oculta entre los pliegues  
 De la medrosa y apilada niebla,  
 Como pasa rozando con sus alas  
 Del ancho mar la superficie inmensa.  
 Y allá entre los espesos matorrales  
 Contempla el leñador su pobre aldéa  
 Y sueña con su hogar, con su trabajo,  
 Y piensa en Dios y en su familia piensa.  
 El dulce arrullo del tranquilo lago,  
 Y del viento la fúnebre querella  
 Turban tan solo el sepulcral silencio,  
 La magestad de la dormida tierra.  
 Es la hora grata del feliz reposo;  
 Del moribundo sol la luz postrera  
 Brilla á lo lejos, y su ausencia llora  
 La flor marchita, y la enramada seca.  
 El ancho firmamento se recata  
 En su manto de pálidas estrellas,

---

(1) Esta version poética ha sido hecha por el jóven poeta  
 D. Ricardo Zamacois. (N. del T.)

El solitario mar es un desierto  
 Bañado en copos de nevadas perlas,  
 Y en la playa se escucha de las olas  
 La monótoma queja lastimera.

—

Y áridos, tristes y yertos  
 Están los prados desiertos  
 Sin flores y sin verdor,  
 Y del sol el resplandor  
 Parece el sol de los muertos.

—

Con la aurora volverá  
 Y otra vez perecerá  
 Como el hombre á quien mantiene,  
 Que así ¡ ay ! el tiempo se viene  
 Y así la vida se va.

—

Y como roble angustiado  
 Que cae al suelo abrumado  
 De vegez y de dolores,  
 Al silvo descompasado  
 De huracanes bramadores,

—

La altivez que al mundo engaña  
 Y á sus séres acongoja,  
 Mitiga tambien su saña,  
 Y cede cual débil hoja  
 Ante la mortal guadaña.

—

Seres que vivís en mí,  
Pues tanto el alma os amó;  
Yo palidecer os ví  
Y el suspiro recojí  
Que vuestro lábio exhaló.

---

Y os hallé sin movimiento,  
Masa insensible, aterida,  
Y recordé en mí tormento,  
Que existe otro firmamento  
Que no es de ilusion mentida.

---

Quiero gemir y llorar,  
Quiero en mi dolor profundo  
Vuestra memoria invocar,  
Pues me hallo solo en el mundo  
Como la peña en el mar.

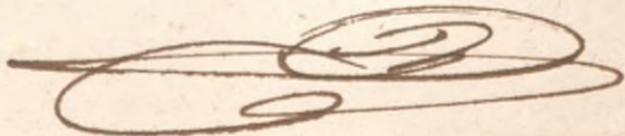
---

—¡Dios poderoso, Dios santo!  
Exclamo bañado en llanto,  
Templa mi angustioso afán,  
¿No me dirás dónde están  
Los seres que adoro tanto?

---

Y fijo los tristes ojos  
En la colina vecina,  
Lloro y me postro de hinojos,  
Porque sus yertos despojos  
Se encuentran en la colina.

---



Allí está su tumba helada,  
Al pié de una mansa fuente,  
Que cual cendal trasparente  
Se estiende atemorizada  
Sobre la yerba naciente.

---

Allí descansan en paz,  
Lejos del afan mundano;  
Que el arte del hombre en vano  
Pensó reanimar su faz  
Contra otra más diestra mano.

---

El Dios que vida les dió  
Puso término á su vida...  
Ah! ¿dónde el alma voló?  
¿Dónde la esencia querida  
Que sus cuerpos animó..?

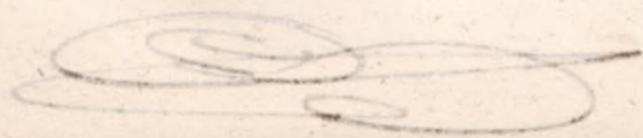
---

En el viento, en el rocío,  
Nocturno llanto del cielo,  
En el bosque espeso, humbrio,  
Y en el reposo del suelo,  
Y en el murmurio del rio;

---

De la tórtola en el lloro,  
En el arrullo sonoro  
Del aura, en los prados yertos,  
Creo oír en triste coro  
La triste voz de los muertos.

---



Voz que llega al corazón,  
 Que murmura solitaria  
 En descompasado son,  
 Invocando una plegaria,  
 Un recuerdo, una oración.

---

Es el melodioso acento  
 De la madre cariñosa,  
 Y son las auras su aliento  
 Que besan la flor hermosa,  
 Y su estancia el firmamento.

---

Y envuelta en un denso velo,  
 Dice con creciente anhelo  
 Al hijo á quien vida dió:  
 —Allá arriba, allá en el cielo,  
 Te aman tanto como yo.

---

Es ¡ay! el amigo ausente  
 Que mira nuestro quebranto,  
 Que recatado y doliente  
 Baja, nos besa en la frente  
 Y recoge nuestro llanto.

---

Es la cariñosa amante  
 De vaga aureola cercada,  
 Solícita, palpitante,  
 Como el aire perfumada,  
 Como las nubes flotante.

---

Y al hombre á quien tanto amó,  
 A quien amando murió,  
 Llorando le dice así:  
 ¡Qué es el mundo para ti  
 Si falto del mundo yo?

---

Es ¡ay! la sombra querida  
 De un padre, del pobre viejo,  
 Que vió su ilusion perdida,  
 Que nos dió un sabio consejo  
 Al morir y al darnos vida...

---

Y en el viento, en el rocío,  
 Nocturno llanto del cielo,  
 En el bosque espeso, umbrío,  
 Y en el reposo del suelo,  
 Y en el murmullo del rio,

---

De la tórtola en el lloro,  
 En el arrullo sonoro  
 Del aura, en los prados yertos...  
 Creo oir en dulce coro  
 La dulce voz de los muertos.

---

Y esa queja lastimera,  
 Vagando por la pradera  
 Murmura á mi oido así:  
 —He muerto, el Señor me espera;  
 Que no te olvides de mí!

---

. . . . .  
 No, nunca os olvidaré,  
 Seres que vagais en calma  
 Llenando el alma de fé;  
 ¿Cómo olvidaros podré  
 Si sois alma de mi alma?

—  
 Mas dónde vais? cuál es vuestro camino,  
 Viajeros del celeste firmamento?  
 No respondéis? seguid vuestro destino  
 Al vario impulso del callado viento.

—  
 ¿Cuál es vuestra mansion? ¿dónde sois idos?  
 ¿Habitais, pobres almas, los espacios,  
 O del inmenso cielo suspendidos  
 Teneis vuestros fantásticos palacios?

—  
 ¡Y ya no volverán! ¿qué no daría  
 Por volver á escuchar su acento amigo,  
 Por contarles mi pena, mi agonía,  
 Y otra vez verlos palpar conmigo?...

—  
 Y no responderán, ¡ay! al lamento,  
 A la triste querella lastimera  
 Del hermano que llora su aislamiento,  
 Del pobre amante á quien la tumba espera?

—  
 ¿A dónde estáis? ¿cuál es vuestro camino,  
 Viajeros del celeste firmamento?

No respondéis? ¡seguid vuestro destino  
Al vario impulso del callado viento!

Templa mi afan, Señor, calma mi duelo;  
¡A dónde están los que la muerte impía  
Arrebató al pasar? quizá en el cielo...  
¡O expiando sus culpas noche y dia!

Ah! si es así, mitiga tus enojos;  
Tú no sabes odiar, Dios sacrosanto,  
Oye benigno al que ante ti de hinojos  
Reclama tu perdon bañado en llanto!

Que tu alma es noble y santa,  
Que tú ocupas régio asiento,  
Y tu omnipotencia es tanta,  
Que tienes bajo tu planta  
Por alfombra el firmamento.

Y es el hombre en el erial  
De su existencia fatal,  
Pobre bagel sin piloto  
Que gira deshecho y roto  
A merced del vendabal.

Tú eres todo amor, Señor,  
Y tu piadosa indulgencia  
Alcanza hasta el pecador....  
¡Cuán hermoso es el amor  
Que se funda en la clemencia!

L.

## COMENTARIO DE LA PRIMERA ARMONÍA.

Esta poesía la escribí en la *villa* Ludovisi, en la campiña de Luca, durante la estación del otoño de 1825. La campiña de Luca es la Arcadia de la Italia.

Después de haberse alejado de Pisa y de sus magníficos monumentos de mármol blanco que elevan sus frentes hácia el manto azul del firmamento, los ojos del viajero descubren las gigantescas gargantas de los montes, donde el olivar, la higuera, el maíz oriental, el álamo y el tejo, inundan los campos de vegetación. Aquellos risueños valles se prolongan hasta formar un cáuce de algunas leguas de circunferencia, en cuyo centro está situada la ciudad de Luca. Sus pintorescas casas, sus torres, sus campanarios, los recortados techos de sus palacios, hacen de esta ciudad una Florencia en miniatura. Pero después de haber atravesado la ciudad, se nota sobre la pendiente el gérmen de una naturaleza infinitamente más dulce, más perfumada, más vivificadora que la que reina en Toscana. Al pié de cada roca, al espumoso borde de cada cascada, se eleva una ermita, un convento, una desierta choza, rodeada de frondosos y gigantescos árboles. Allá á lo lejos

se descubren cinco ó seis magestuosas *villas*, colocadas en medio de floridas y dilatadas praderas, y dominando la llanura de Luca. Los caminos que conducen á estas risueñas *villas*, donde los grandes señores de Florencia, de Pisa, de Luca, así como los cónsules y los embajadores extranjeros, suelen pasar los deliciosos meses del otoño, no pueden ser más estrechos pero tampoco más pintorescos.

Yo habitaba una de estas preciosas posesiones; todas las mañanas subia las empinadas cuestras de las gigantescas montañas, y desde su cima solia contemplar la llanura de Toscana y el mar de Pisa. Mi alma se dilataba entónces en desconocidas é inesplicables sensaciones; los cipreses y las viñas me ofrecian su sombra, guareciéndome de los ardientes rayos del sol; la espuma de las aguas bullidoras recreaban mi imaginacion; el horizonte de los mares retrataba el cielo y unia el sentimiento de lo infinito á la voluptuosa sensacion de las santas escenas que sucedian bajo mis plantas; la amistad, el amor, la felicidad, me atraian despues á la villa Ludovisi. Durante el camino no encontraba más que cuadros de la vida pastoral, ejemplos de rústica felicidad, de seguridad y de paz. Paisajes de *Leopoldo Robert*; sencillas labriegas que estrechaban contra su seno á una hermosa y robusta criatura, y que se dirigian á sus pueblos; jóvenes aldeanas que hubieran podido servir de tipo á Rafael, si este se hubiera propuesto divinizar la vida y el amor en vez de divinizar el misterio y la virginidad; jóvenes y virtuosos prometidos precedidos de los *pifferari* que se dirigian á la iglesia para hacer

bendecir su felicidad; monges con el rosario en la mano; ermitaños sentados á la puerta del santo asilo, sonriendo á las muchachas y á los niños que se acercaban á ellos, pidiéndoles su bendicion: hé aqui el animado cuadro que diariamente solia presenciarse. Nada habia en ello que inspirara tristeza; nada que hiciera pensar en la muerte. ¿Qué me condujo, pues, al fúnebre pensamiento de mi composicion? No lo sé; pero se me figura que fué precisamente efecto de esa dolorosa ansiedad que experimenta el corazon cuando goza y ama, acordándose de que todo acaba en el mundo y de que la última gota de la esponja que bebe y que le da la vida suele convertirse en una lágrima.

## LI.

La verdad es que escribí las primeras estrofas de esta armonía al monótono sonido de la zampoña de un *pifferari* ciego, en torno del cual bailaban algunos montañeses sobre un peñasco allanado para trillar, situado detrás de la humilde choza de una pobre aldeana que acababa de casarse con el zapatero que vivía en la inmediata cabaña. La desposada, que era una de las jóvenes más hermosas de los Alpes del Mediodía, se acercó á mí, y con una modestia encantadora, me ofreció un racimo de uvas, castañas y agua helada, con el objeto de que participase de su felicidad. Ahora bien: ¿qué habia en esto de triste y

de fúnebre? Nada seguramente. Sin embargo, aquel cuadro me inspiró la idea de la poesía en cuestion. La corona blanca que ornaba la frente de la desposada me hizo pensar en las blancas coronas que ostentan los frios sepulcros donde reposan las pálidas cenizas de los que fueron, y de aquí el sentimiento melancólico que se apoderó de mi alma. Todavía se me figura ver á la pobre aldeana ocupada en sus faenas, contemplando con las lágrimas en los ojos al hijo de sus entrañas, que juega con sus compañeros á la sombra de los frondosos álamos, en tanto que su marido entona la cancion favorita del zapatero de los Abruzzos:

«¿Para quién haces ese calzado? ¿Es una sandalia para el monje? ¿es un zapato para el bandido? ¿es un borceguie para el cazador?

»Es una soletilla para mi novia, que bailará la tarrantela bajo el emparrado, al son del tambor ornado de cascabeles. Pero antes de llevarlo a la casa de su padre estamparé un beso en el lindo calzado de mi adorada.

»Trabaja, trabaja, *calzolaio!*»

### CAPITULO III.

---

#### LII.

Este libro no es un poema, tampoco una novela; es la narracion de un paseo que di en 1826 á las montañas de Luca. Entónces lo escribí en notas en mis recuerdos de poeta, para convertirlo más tarde en un asunto digno de un poema tal como *Graxiela*, que tanto agradó, ó como *Genoveva*, que hizo derramar tantas lágrimas á los corazones sensibles.

Debo confesar tambien, que la belleza cándida, y al mismo tiempo incomparable de la mujer que fué, sin sospecharlo, la heroina de esta historia, quedó profundamente grabada en mi alma; que mis ojos jamás la pudieron olvidar, y que cuando despues me ha sorprendido una aparicion celestial en la tierra, ya fuese en Italia, en Grecia ó en Siria, me ha ocurrido esta pregunta. ¿Pero es tan delicada, tan virginal, tan impalpable como la *Fior d'Aliza* de

Saltochio? Los acontecimientos me han arrebatado el tiempo necesario para escribir en verso, como *Jocelyn*, esta sencilla y tierna aventura; por eso la escribo en prosa, y pido perdon á mis lectores de no haber hecho de ella un poema; pero verso ó prosa, todo se olvida y todo desaparece en pocos años en el mundo; basta leer las notas, ¿de qué sirve escribir? Por lo demás, bien se vé que nada revela aquí la pretension del inventor, y que esto es verdadero como la naturaleza. Permitidme, pues, reproducir la historia, tal como está en mis confidencias de aquel año. Lo que nos conmueve fuertemente, lo que no se aparta nunca de nuestra memoria, forma parte de nuestra vida. Voy, pues, al asunto.

## LIII.

## EPISODIO.

En.... pasé el verano en Saltochio, deliciosa y magnífica quinta de las cercanías de Luca, que habia sido alquilada al embajador de Francia en... Salia de ella con frecuencia por las mañanas para ir á buscar en las elevadas montañas de aquel país encantado, puntos de vista y paisajes. No esperaba, seguramente, encontrar allí reflejos del corazón humano, ni poemas en acción, que me hiciesen pensar toda mi vida, como en un sueño, en la figura más divina

y en la aventura más melancólica, que presentó jamás poema alguno á mis ojos. Y sin embargo, esto fué lo que me sucedió.

Un día de verano, sali muy de madrugada del parque, atravesé los arroyuelos, los grandes bosques de laureles de Saltochio, y subí á las espesas colinas que sostienen las pobladas y ricas aldeas del país de Luca: mi perro me seguía haciendo un verdadero sacrificio, y yo, llevaba mi escopeta por el bien parecer, porque ya en aquella época no destruía mi mano la obra de Dios, representada por los alegres é inocentes pajarillos.

La majestuosa serenidad del tiempo me incitó á subir hasta la misma cumbre de la montaña. Abandoné las aldeas, las casas, los campos cultivados y me extravié por espacio de tres horas en los barrancos pedregosos, en el seco cauce de los torrentes. Mis ojos habian descubierto en la pendiente de un estrecho y verde valle, y á la sombra de enormes castaños, una cabaña enteramente solitaria; y como sentía necesidad de descansar un momento y de apagar mi sed en algun manantial, y como oía un ligero murmullo de agua, que parecia filtrar por la roca al pié de la cabaña, y veía las grandes sombras negras de los castaños, dando un tinte de terciopelo á la roca detrás de la casa, subí hasta allí para gozar de dos beneficios inesperados: el agua y el fresco.

## LIV.

Al llegar á la puerta de la cabaña, construida en gran parte en la roca, me detuve sorprendido por una súbita aparición: era una jóven, que daba de mamar á un hermoso niño de cinco á seis meses. No intentaré describíros-la: no hay pinceles, ni aun los del divino Rafael, para bosquejar una cabeza como la suya. La jóven estaba de pié y descalza, su vestido, formando grandes pliegues negros perpendiculares, caía con majestad sobre sus tobillos; su jubon, medio desabrochado, dejaba al niño saborear la leche y esparcirla con su risueña boca, como un cordero ya harto que juega con la teta de la oveja; ó como un niño, que enturbia el manantial con sus manitas despues de haber bebido. Ella no me veía, porque me ocultaba de su vista el ángulo de la roca en donde estaba construida la casita, y por mi parte, retenía el aliento para contemplar mejor aquella figura divina, que se asemejaba á una linda aldeana de las que acuden los domingos por la mañana, á adornarse en el límpido espejo que les ofrecen los claros manantiales. Mientras que en mi opinion fingía dar de mamar tal vez, á un sobrinito suyo, peinaba negligentemente las largas y rubias trenzas de sus cabellos, que, unas veces envolvían al niño y á ella como con un velo, y otras, levantados y sujetos á su frente con ramas de claveles encarnados

y alelías, parecían una guirnalda que adornaba sus sienes.

Luego que estuvo terminada esta primera parte de su tocado, que anunciaba un día de fiesta, se sentó en el suelo bajo el gran castaño, y meciendo á su hermoso niño sobre el lecho de hojas, jugaba con él como una cierva con su cervatillo recién nacido. Toda la bóveda de hojas resonaba con sus alegres gritos porque se crecían solos en la naturaleza:

*Mi rivedrai*  
*Ti rivedró*  
*Di tuo bel rai*  
*Mi pasceró.*

cantaba la jóven interrumpiendo su canto con los besos y las sonrisas que brotaban de sus labios como otras tantas flores que ofrecía á la inocente criatura.

#### LV.

En aquel momento en que me estasiaba en silencio contemplando á aquella jóven, la mas seductora que hasta entonces habia visto, semejante ya á una madre en una edad en la que debia crecer aun, y reuniendo en su figura el amor jovial de la hermana y la tierna solicitud de la madre, mi perro, que volvia despues de haber reconocido el terreno, se precipitó hácia mí con furia haciendo que me descubriera la

jóven. Esta dió un grito, se levantó de un brinco llevándose á su niño, y quiso huir.

—No huyais, le dije con respeto; á mí me toca alejarme, puesto que mi presencia inesperada en este sitio turba vuestro contento y el de ese hermoso niño á quien mi vista obliga á refugiarse en vuestro seno.

—No señor, me respondió la jóven abrochándose el jubon encarnado: perdonad, me creia sola y compartia con mi hijo la felicidad que nos espera esta tarde; entretenia el tiempo, que hoy vá á parecerme bien largo.

## LVI.

Rogóme que entrara á descansar un momento, asegurándome que su padre, ciego, y su tia, tendrían sumo placer en ofrecerme hospitalidad.

—Porque los huéspedes de estas soledades son muy escasos y hay que desconfiar de ellos, añadió graciosamente; pero hay algunos que llevan la ventura á las moradas que pisan.

Al hablar así dió la vuelta al ángulo del jardinito, y anunciándome á su padre me obligó á entrar en la cabaña.

## LVII.

— Después de los primeros saludos, aquellas buenas gentes en quienes todo respiraba un aire de indigencia, pero al mismo tiempo de alegría, me ofrecieron en una mesa de madera muy limpia un refrigerio campestre: hermosas castañas conservadas en otoño con su segunda corteza y cocidas en leche de cabra, queso, pan del convento muy blanco y muy sabroso, y agua del manantial. Llevaba una cantimplora en mi zurrón y quise dar á gustar su contenido á la jóven: ella la acercó á sus labios complaciente, pero apartándola en seguida con repugnancia:

— Nunca he bebido más que agua, dijo: esto haría daño á mi hijo.

No me atreví á interrogarla sobre su precoz maternidad, pero se veía bien que no tenía por qué avergonzarse de ella. El anciano bebió por la jóven.

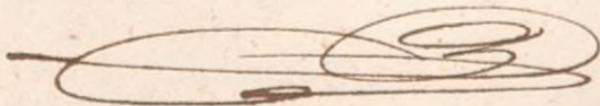
— Hacía ya mucho tiempo que no habia bebido vino, dijo, manifestándose agradecido á mi obsequio.

— ¿Segun eso, no sois ricos? les pregunté.

— ¡Oh! no, me respondió; pero tampoco somos pobres.

— Lo hemos sido, exclamó la anciana.

— ¡Ah! sí, repitió la jóven, lo hemos sido: mirad, ¿veis ese sembrado de maiz, ese pequeño cercado, en donde las cepas y las higueras brotan entre las piedras grises que salen del suelo como para soste-



nerlas, ese pequeño prado en el fondo del barranco de la izquierda, que alimenta á dos vacas y ese bosque de castaños y de laureles silvestres que se estiende hácia el prado? Pues todo eso ha sido nuestro, pero la roca, el castaño, con todo el terreno donde se esparcen sus raíces y su sombra, y ese vergel entre esas piedras grises con sus veinte pasos de yerba al rededor de la casa y las tres higueras, todo eso es nuestro y nos basta para nosotros cinco, en tanto que Dios y la Madona no nos envían otras pequeñas bocas más que alimentar con los escasos frutos de nuestros únicos bienes.

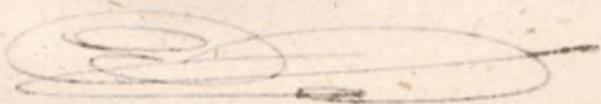
## LVIII.

—¿Cinco? dije á la jóven; pues no veo mas que cuatro, contando al niño que estais criando.

—¡Oh! sí, dijo la anciana madre, pero hay uno á quien no veis y á quien nosotros vemos, como si estuviese ahí, y á quien conservamos un puesto en nuestra mesa.

Al oír estas palabras, se levantó la jóven de la mesa, estrechó á su hijo contra su corazón con un movimiento casi convulsivo; volvió sus ojos húmedos hácia el lado del mar y los enjugó con la manga de su corpiño verde.

—Aluden á Gerónimo, señor, repuso el anciano: es mi hijo y mi discípulo, y actualmente cruza los mares.



—Segun eso, ¿es marinero? pregunté.

—¡Oh! no señor: lo es y no lo es. Pero esto sería largo de contar, y vos tendréis necesidad de dormir. ¡Ah! el pobre muchacho ama demasiado su choza para dejarla por el mar. No daría por todo el oro del mundo, la sombra de su viejo castaño que se vé desde aquí.

—Y á proposito, repuse, ¿cómo es que queriendo tanto de padres á hijos ese árbol que sustenta á la familia, habeis abierto á fuerza de hachazos en su tronco ese gran hueco, en el que se vé todavía la huella del hierro con que le habeis herido tan cruelmente?

—¡Ay, señor! es una larga y triste historia, me dijeron todos á la vez; Dios y la Madona lo han salvado por milagro y á nosotros con él; pero no hablemos de eso porque nos oprimiria demasiado el corazon.

## LIX.

—¡No, no! dije con una curiosidad ingenua; hablemos, á no ser que os aflija demasiado. Soy jóven todavía, pero desde niño me ha gustado más llorar con los que lloran, que reir con los que rien. Si no quereis referirme hoy toda la historia, me la contareis mañana, porque ninguna prisa tengo ni nadie me espera al pié de la montaña; y aun cuando tuviera

que hacer, todavía me detendría aquí algo que no acierto á definir.

Al hablar así, dirigí involuntariamente á hurtadillas una mirada á la angelical figura de la joven madre, que había ido á dar de mamar á su hijo en el umbral de la cabaña. Jamás belleza más pura y radiante había fascinado mis ojos. Parecía una aparición del cielo, entre las nubes que rodeaban la montaña, el frescor de la mañana, una fruta de verano en una rama, una alegría celestial á través de una lágrima, una lágrima de niño convertida en perla al caer de las pestañas, y luego aquellas cuatro edades de la vida, la abuela, el padre, la joven esposa, el niño de pecho: aquellos pobres animales domésticos, el perro, las cabras, las palomas, los polluelos bajo el ala de la gallina, los lagartos, corriendo con ligero ruido, bajo las hojas secas del techo. Ah! todo me fascinaba, produciendo en mi alma un efecto que no sabría explicar.

Un instante despues de terminada la primera parte de nuestra conversacion, nos pusimos á almorzar.

#### LX.

Terminado el almuerzo, pedí con timidez, mirando alternativamente á la abuela, al padre y á la hija, la historia que se me había prometido para explicarme la profunda herida del castaño.

—¡Ay! no podría contarlo, porque lloraria demasiado, dijo la anciana.

—Y yo no me atreveria, pues soy demasiado joven para saberlo todo y demasiado inesperta para contarlo bien, dijo la *sposa*.

—Pues hablad vos, dijeron ambas al viejo.

## LXI.

—No, no, dijo el anciano, hablemos cada cual por su orden, y contemos lo que podamos recordar: con eso sabrá el viajero todo lo que desea, de los labios mismos de las personas que han presenciado y sufrido los sucesos.

—Muy bien, dije: entonces toca á la anciana abuela hablar la primera, porque ella ha visto pasar muchas sombras del castaño, sobre los brezos de la montaña, y caer innumerables hojas muertas sobre las raíces, y sobre el techo de vuestra cabaña.

## LXII.

—Seguramente, que he visto caer y renacer muchas hojas queridas de nuestro corpulento árbol, dijo la abuela, apartando con su descarnada mano los mechones de cabellos blancos, que caian de su frente sobre sus ojos. Qué queréis, señor, muchas

veces he oído decir á mi padre, y al padre de mi padre: «nuestra familia es tan antigua en la montaña como la roca partida que llora de vejez lo mismo que mis ojos, y las raíces del árbol que han abierto la roca, creciendo bajo la tierra. Ninguno de los dos sabia cuándo vinimos aquí por la primera vez. Recordaban haber oído contar al monje más anciano del convento de allá arriba, que los *Zampognari*, este es nuestro apellido, tuvieron su origen en la época de las guerras de los Pisanos con los Florentinos, de un jóven oficial toscano, prisionero de los Pisanos, que se habia escapado de la torre de Pisa, donde esperaba la muerte, con la hija del capitán carcelero de su torre, y que construyó en lo más alto de la montaña, entonces desierta, una cabaña para vivir allí con su amada.

Como esta no podia volver á Pisa, á casa de su padre, á quien habia abandonado por amor al hermoso prisionero, él, no queriendo tampoco abandonar á quien debia la vida, olvidó aquí padre, madre y patria; poco á poco, labró terreno, alrededor de las rocas, hizo bendecir su matrimonio por un ermitaño de la ermita, que es hoy el convento de *San Stephano*, y fundó la familia cuyos hijos é hijas vivieron unos aquí y otros allá en las aldeas de la llanura y murió despues que su mujer.

Sus hijos le abrieron una fosa en tierra santa, allí donde habeis visto el terreno hecho montones bajo una cruz de piedra tallada en la roca y enrojecida por el musgo, donde se reunen las golondrinas la vispera de su marcha, antes de las borrascas de Se-

tiembre, cuando las castañas se desgajan de las ramas y alfombran el espacio que cubre con su sombra el árbol que las cria.

Los mozos de allá abajo venian tambien de tiempo en tiempo, á enamorar á las hijas del primogénito de los Zampognari, renombradas por su belleza y por su buena fama en las colinas de Luca, y así es, que tenemos muchos parientes, sin conocerlos ahora, entre los Luqueses que nos desprecian por nuestra pobreza. ¿Acaso el agua del *Cerchio*, que brilla bajo el arco del puente de mármol de Luca se acuerda de las gotas de agua de nuestro manantial, donde beben nuestras cabras y nuestras ovejas? Este mundo, señor, no es más que un gran olvido para la mayor parte; no digo esto por tí, Fior d'Aliza, que jamás nos has olvidado en nuestra miseria, y has preferido el traje burdo y el gorro de lana de tu primo, á los más ricos trajes y á los sombreros galoneados de las ciudades.

### LXIII.

Fior d'Aliza se ruborizó, volvió la cabeza y miró recostada contra la pared la *zampogna* de su primo ausente. El niño, moviendo sus manitas desde el fondo de su cuna, tocó casualmente el pellejo arrugado de la *zampogna*, en el que dormía un resto del aliento de su padre: la flauta despidió un leve sonido como la tecla de un clave, en donde se posa casual-

mente un pájaro domesticado revoloteando libre en el cuarto de una jóven. El niño asustado retiró su mano.

—Paréceme haber oído á Gerónimo que hincha su pellejo al subir la montaña para avisarnos su venida, dijo la abuela.

El padre suspiró, la jóven *sposa* nada dijo, pero se levantó de la mesa y asomó involuntariamente la cabeza fuera de la puerta, como si hubiese podido reconocer con el oído los pasos de su amante en medio de la oscuridad de la noche: luego se volvió tristemente, sonrió al niño, destiló dos ó tres gotas de leche de su sonrosado seno en sus labios, y fué á sentarse al lado de la anciana abuela.

#### LXIV.

—No sé más acerca de la familia, continuó la anciana. ¿Qué quereis, señor? Ninguno de nosotros sabe leer ni escribir. ¿Quién habia de enseñarnos? No hay maestro ni escuela á esta distancia de las aldeas, bajo los castaños: pero, tampoco saben todo eso los pájaros, y sin embargo, mirad cómo se aman, cómo hacen su nido, cómo calientan sus huevos, y cómo dan de comer á sus hijuelos.

—Y tambien cómo cantan, añadió Fior d'Aliza, escuchando á dos ruiñeños que rivalizaban en gorgoros allá en el fondo del barranco junto al agua.

—Mi padre, repuso la abuela, hizo lo que hacia el

suyo: cultivó un poco más de tierra negra entre estas rocas: su padre plantó algunas cepas en la pendiente pedregosa al Mediodía, y enlazó los sarmientos á las trece moreras que alimentaban sus gusanos de seda con sus hojas: su hijo, mi hermano, que aquí veis, añadió, señalando al viejo achacoso, labró durante veinte años, el campo de maiz, cuyos racimos de oro brillan ahora para otros bajo los verdes linderos del bosque de laureles.

Él y su hermano, que murió jóven y era mi marido, se ocupaban en el invierno, como se habian ocupado su padre y sus tios, en hacer *zampognas*, que los pastores de la campiña de Sienna, las Marismas y los Abruzzos, compraban en la época de la recolección cuando iban á ajustarse para las cosechas con los ricos propietarios de aquellas comarcas, á fin de procurarse con qué vivir el invierno en la caña.

#### LXV.

Dicen que los calabreses mismos no las fabrican más sonoras ni mejores que nosotros.

Mi marido fabricaba las flautas ahuecadas y taladradas con diez agujeros, tantos como los dedos de las manos. Para hacer esos pifanos sujetos al pellejo de cabrito, escogía raíces de boj muy sanas y las secaba al sol durante tres veranos.

Su hermano Antonio cortaba y cocía los pellejos

y el fuelle que comunica el aire á la zampoña, dejando el pelo del cabrito en el cuero hácia fuera, á fin de que conservase mejor el sonido y la lluvia escurriese por cima como en el cabrito sin ablandarlo. Además era el que tocaba mejor y probaba el instrumento, corrigiéndolo hasta que el aire salía con tanta precision como la voz sale de los labios.

—Mira, hija, dijo á su sobrina interrumpiéndose, abre el cofre y enseña á este señor las tres últimas zampoñas que fabricó de ese modo antes de morir mi pobre marido.

—¡Ay, señor! añadió la anciana, mientras que Fior d'Aliza mantenía el cofre abierto para dejarme ver aquellas tres obras maestras: ¡qué instrumentos y qué bien los tocaba Antonio con sus ágiles dedos y su robusto aliento! De seguro que ninguna madona en las calles de Luca, Pisa y Sienna, y quizás de Roma, ha oído serenatas parecidas en las noches de la Semana de Pasion: daban ganas de orar el oirlas. Los ángeles sonreían llorando, y en las noches de verano, después de la siega, si hubiese tocado aires de baile, las mismas ánimas habrían saltado al compás de esta música.

La tapa del cofre se escapó á estas palabras de la mano de la pobre nodriza, y volvió á caer con ruido sepulcral sobre las zampoñas ya mudas. Fior pensó en su amante.

—¡Es cierto, dijo la abuela, que el pobre Gerónimo tocaba mejor aun que mi marido y que su padre! Y esta, añadió señalando á Fior d'Aliza, tocaría mejor que su marido si quisiera, pero después de

nuestras desgracias no tiene corazon más que para pensar en él, para esperarle, para llorarle y para mirar á su hijo á fin de hallar á Gerónimo en su rostro.

## LXVI.

— Así vivíamos en el trabajo, con salud, contentos y en buena armonía, disfrutando de nuestros bienes que compartíamos entre mi marido, yo, Gerónimo, que crecía para reemplazarnos, y Antonio, mi cuñado, bueno y sano entoncés, que se habia casado con mi hermana, madre de *Fior d'Aliza*. ¡Ay, qué hermosa era! hasta de Pisa venian á verla cuando bajaba á la feria de Luca con su marido. ¡Pobre hermanal! ¿Quién hubiera dicho que habia de morir antes de acabar de criar á *Fior d'Aliza*, á quien tenéis delante?

## LXVII.

— Antonio, á este recuerdo se pasó la mano por los ojos y *Fior d'Aliza* miró á su hijo como si temiese no poder tampoco acabar de criarle.

— Antes de su muerte y de la de mi marido, prosiguió la anciana con voz debilitada por los tristes recuerdos, vivíamos aquí muy dichosos, mi marido,

Gerónimo, mi hijo, á quien todavía estaba criando, Antonio, mi hermana y la pequeña Fior d'Aliza que acababa de nacer.

Un dia volvió mi marido de la llanura despues de la recoleccion en las Marismas de Toscana: aquel año habia hecho mucho calor: le esperábamos todas las tardes desde el dia en que los trabajadores y los *zampognari* vuelven á las aldeas de la montaña con su bolsa de cuero, en la que llevan su salario, colgada á la cintura; un fraile colector que habia pasado por la mañana de vuelta al convento de San Stéphano, nos dijo que le habia encontrado y reconocido de lejos, sentado á la orilla de una fuente en el camino que hay de Luca á Bel-Sguardo. Esto me sorprendió, porque generalmente cuando volvía á su choza, no se sentaba en el camino; ansiaba demasiado volver á verme y á abrazar á su hijo.

Por la tarde no oimos, como de costumbre, su zampoña á través de los laureles de la cuesta, y sí únicamente el paso lento y pesado de sus zapatos clave-teados sobre los guijarros y el ruido de una respiracion fatigosa.

—¿Sera él? dije entre mí.

Y eché á correr para asegurarme. ¡Ay! él era, pero no era ya el mismo: tendióme los brazos, dejando caer su zampoña, y se desmayó sobre mi regazo.

Luego que volvió en sí:

—Acuéstame, me dijo: la fiebre de Terracina me ha muerto.

El hermoso ambiente de las colinas no hizo más

que dar mayor fuerza al veneno que habia penetrado en sus venas con los rayos del sol de las Marismas. Le enterramos al tercer dia de su llegada, y no me quedó de él más que Gerónimo, á quien crié más con lágrimas que con leche.

### LXVIII.

Quedamos seis en la cabaña: nuestra anciana madre, que solo contaba los años de su vida por las pérdidas de su marido, de sus hermanos, de sus hermanas, de sus hijas, casadas muy lejos, en la llanura; Antonio, á quien veis ciego ya y sin poder salir más que con su perro de la cabaña, para ir á misa al monasterio de San Stéphano dos veces al año; Gerónimo, mi hijo único, y Fior d'Aliza, cuya madre habia muerto en la semana en que nació la pobre niña. La cabra blanca fué la que la crió, y por eso veis cómo la quiere, cuánta envidia muestra cada vez que Fior d'Aliza acaricia á su niño, y cómo restrega sus cuernos contra su delantal. No parece sino que está celosa del amor de la madre á su hijo, y que mira á Fior d'Aliza como á su hija propia, ¡pobres animales! Tambien sois vosotros de la familia. Los lazos están en el corazon, señor: hay muchos cristianos que no se aman tanto como nosotros nos amamos, el perro, la cabra, y los carneros, sin contar el *Ciuccio*, el asno que está pas-

tando allá abajo delante de los cardos de flores azules del barranco.

Los dos niños de quienes quedé por única madre, pues Fior d'Aliza ya no tenía la suya, fueron criados con la misma leche por mí y por la cabra, y mecidos en la misma cuna. Por miedo de que los zorros y las ardillas les hiciesen daño mientras yo iba á desgranar maíz ó á remover las pilas de heno en la pradera, colgaba su cuna de la gruesa rama baja y flexible del castaño, dejando al cuidado del viento que los meciera suavemente en su nido: ¿no es así cómo mecen las aves á sus hijuelos? Como mis dos pájaros no tenían alas, no temia que echasen á volar durante mis faenas. Eran tan parecidos que solo se diferenciaban la niña del niño por el color de sus cabellos cuando me tendian sus brazos para que les diese el pecho. No habia seis meses de diferencia en la edad de ambos; Gerónimo nació en el mismo año que Fior d'Aliza.

#### LXIX.

Muchas veces le decia á mi cuñado Antonio:  
—«Vuélvete á casar para dar otra madre á tu hija.»

Pero él me respondia siempre:

—«No; bien podria darle otra madre, pero ¿quién me daría á mí otra mujer?»

Su consuelo era no querer consolarse jamás. La

pena que alimentaba y las lágrimas que no cesaba de derramar al pensar en su pobre y hermosa mujer difunta, acabaron por oprimirle el corazón y dejarle casi ciego como le veis: apenas podía trabajar ya en las zampoñas: además tampoco se las encargaban desde que los franceses dominaron en Roma y en Luca: los *pifferari* no salían ya de los Abruzzos y las Madonas no escuchaban serenatas en las calles ni letanías por las noches al pie de sus nichos abandonados.

No se oía más que la música de los instrumentos de metal de los regimientos, los tambores y el ruido de los ejercicios de fuego en los baluartes de Luca y en las llanuras. Habíamos perdido nuestro modo de ganar el pan en el invierno, y mis débiles brazos y los brazos debilitados del pobre Antonio no bastaban apenas á cultivar un poco de maíz y de mijo sazonado con leche de cabra para los pequeños... ¿Qué hubiéramos hecho sin las castañas para vivir el pobre enfermo y yo? Pero los castaños nos alimentaban durante el invierno, y las higueras en el verano, íbamos á secar las castañas al horno y las conservábamos, cocíamos los higos al sol sobre el techo de la cabaña, y rociados con un poco de harina de mijo que molía yo misma en el mortero, nos duraban de un otoño á otro. Ya veis qué buen gusto tienen, parecen azúcar ó pedazos de miel de nuestras tres colmenas.

## LXX.

Luego que fueron destetados los dos niños, crecieron y se robustecieron visiblemente con este régimen.

Fior d'Aliza iba á coger leña al bosquecillo de laureles para cocer las castañas en la olla de barro, y Gerónimo principiaba tambien á trabajar la tierra para sembrar en ella maíz y mijo. En cuanto á las cabras, los carneros y el asno, gozaban de la más completa libertad, pacian en los alrededores de la cabaña y cuando tardaban en volver por la tarde, el perro, á quien enviaba á la montaña, me comprendía y los obligaba á recogerse. Aquel buen perro era padre del que veis acostado á los piés de su amo, y le ha enseñado tan bien su oficio que nos sirve como su padre, sin más salario que el amor de Dios.

## LXXI.

De esta manera, como veis, podíamos sobrellevar dulcemente nuestra pobre vida y bendecir á Dios y á la Madona. Yo me iba haciendo vieja; Antonio estaba achacoso, pero soportaba su suerte con paciencia; el tiempo pasaba como el agua del manantial, arrastrando sin ruido las hojas muertas, como los

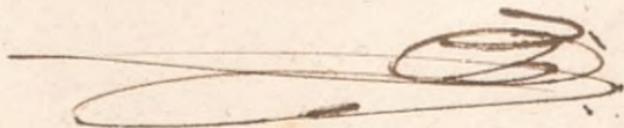
años contados en su curso; los niños se amaban y estaban alegres; un fraile, colector del convento de San Stéphano, les enseñaba la doctrina, y ellos eran tan obedientes para mí como para con el viejo Antonio, y nos confundían de tal suerte en su ternura, que la niña no sabía si era hija mía ó de Antonio y el niño no sabía si era hijo mio ó del anciano. Vivían como gemelos, como una hermana y un hermano. Sin decirnos nada, nos proponíamos casarlos cuando tuvieran la edad y se despertase en su alma el deseo de amarse de otro modo.

Por que..... ¿cómo no habían de amarse? Nunca veían otros niños de su edad, no tenían más que un nido en la montaña y una misma sangre en el corazón, un mismo aliento en el pecho y una misma luz en su rostro.

## LXXII.

Sus juegos y sus risas en el umbral de la cabaña, en los días de fiesta al volver de la misa de los Ermitaños de las Camáldulas, eran la alegría de la semana; entonces nos parecía que las hojas de los bosques se mecían á su placer y que el sol brillaba y calentaba mejor al pié del castaño.

Gerónimo me recordaba siempre á mi marido con sus negros rizos bajo su gorra de lana parda. Antonio no podía recrearse en su hija porque no podía verla; pero cuando oía el sonido de su voz, á la vez



tierna, jovial y argentina, como las gotas de nuestro manantial al caer desde los tallos de yerba sobre el cáuce, creía oír á su pobre difunta, mi hermana.

—¿Cómo es? me preguntaba á veces. ¿Tiene una pequeña frente tersa como una copa de leche?

—Sí, le contestaba; con cejas de felpa negra, que principian á velar un poco sus ojos.

—¿Tiene cabellos como la piel de la castaña al salir de la cáscara antes que el sol la quemé?

—Sí, le decía; y sus puntos relucientes como el oro del cuadro de las Madonas, en el altar de los Camáldulas cuando las velas encendidas reflejan sobre él sus rayos.

—¿Tiene ojos grandes y rasgados que se abren humedecidos como una gruesa gota de lluvia de verano, sobre una flor azul en la sombra?

—Precisamente, le contestaba, con largas pestañas que tiemblan por cima como la sombra de los delgados tallos en la movable agua.

—¿Y sus mejillas?

—Parecen terciopelo de color de rosa como el que tantas veces hemos visto en los escaparates de las tiendas de telas en la feria de Luca.

—¿Y su boca?

—Es como aquellas conchas que traías en otro tiempo de las Marismas de Serra Vezza, que se entrebren para dejar ver su fondo rosa y blanco, dentadas en sus labios, y medio abiertas para apagar su sed en el tranquilo mar.

—¿Y su cuello?

—Delgado, torneado, blanco y redondo como las

pequeñas columnas de mármol coronadas por cabezas de ángel en forma de chapitel que hay sobre la puerta de la catedral de Pisa.

—¿Y su cuerpo?

—Alto, esbelto, flexible y arqueado.

—¡Ay, Dios mío! esclamaba, exactamente como su madre á su edad, cuando la ví por la primera vez en tu boda con mi hermano, tres años antes de pedirle á tu madre. ¿Y sus piés?

—¡Oh! esos hay que verlos cuando mojados los enjuga en la yerba despues de haber lavado á los corderos en el charco del barranco: cualquiera diria que eran los piés de cera del niño Jesus con sus dedos pequeñitos sobre la paja del establo de Belen que veias cuando recreabas tus ojos en el Nacimiento de los Camáldulas.

—Lo mismo que su madre, repetia admirando y llorando. Y esta escena se reproducia con variedad de comentarios todos los domingos por la tarde.

### LXXIII.

¡Ay! aquellos momentos eran muy preciosos, señor, y luego yo le contestaba sobre todo lo que me preguntaba acerca de mi pobre y hermoso Gerónimo, verdadero retrato varonil de su graciosa prima, explicábale cómo su estatura sobrepujaba á la de la jóven, cómo sus cabellos, menos ensortijados, eran negros como las alas de las cornejas al posarse so-

bre la blanca nieve; cómo su frente era más ancha y alta y sus mejillas más pálidas y bronceadas por el sol; sus ojos, tan rasgados, pero más meditabundos; su boca más grave, aunque suave también; su barba más cuadrada y guarnecida de vello; su cuello, sus hombros, su talle, más formados.

—¿Has visto á San Sebastian enteramente desnudo, atado al tronco de un árbol acribillado de flechas, con hilos de sangre que corren sobre su piel tersa y morena?

—Sí.

—Pues bien, á él se parece mi hijo cuando abierta su camisa deja ver sus espaldas y su pecho, y más aun cuando se apoya en el castaño, enjugándose la frente despues de un largo dia de trabajo. Muchos hombres he visto en la feria de Luca, y en el malecon de Liorna, descargando salúas, pero ninguno tan bello, tan fuerte y al mismo tiempo tan delicado: es el vivo retrato de mi marido cuando partió, á los pocos dias de nuestra union, á esa fatal siega de las Marismas.

Y ved aquí cómo abreviábamos los domingos recogijándonos en nuestros dos hijos, y todos los peregrinos que pasaban al subir á las Camáldulas se detenian para respirar bajo el castaño de la montaña y decian: «Bien os ha bendecido el cielo! no los hay más hermosos en la ciudad.»

## LXXIV.

Pero una vez tuvimos un gran pesar por causa de la belleza de Fior d'Aliza. Sucedió que vinieron una porción de caballeros de Luca, que iban por curiosidad, pues ya vereis que no era por devoción, á la peregrinación de los Camáldulas. Quiso la mala suerte que en aquel momento acabase la niña de lavar los corderos en el umbrío charco en que veis reflejarse el cielo azul en medio de los juncos floridos, en el fondo del prado, bajo los laureles. Estaba enjugándose los piés, con un monton de hojas de avellano; su camisa, mojada toda por los brazos y pegada á su cuerpo, no estaba sujeta á su cintura más que por un guardapiés de bayeta encarnada, sus hombros desnudos, dividiendo en dos matas sus cabellos, ya largos y espesos, que relucian como el oro al sol de la mañana. La niña volvía á uno y otro lado su graciosa cabeza y reía al ver su imagen trémula en el agua al lado de las flores, sin pensar que las miradas humanas pudieran fijarse en ella.

## LXXV.

Los peregrinos, sorprendidos, se detuvieron á su vista y guardaron silencio para no asustarla, como

cuando un cazador vé un gamo confiado, solo, á las orillas del torrente, á través de las hojas. No hacian más que cambiar mutuamente señas de admiracion al mirar á la hermosa niña.

—¡Ved ahí una Madona! exclamó uno de los más jóvenes.

—Es la Madona antes de la visita del ángel, dijo el de más edad. ¡Oh, Dios mio, qué será cuando tenga quince años!

#### LXXVI.

—No tiene más que doce, caballeros, les dije para que dejaran de mirar á la niña, temiendo que le causarían rubor al pararse con más curiosidad debajo del árbol. Pero ellos, por el contrario, se sentaron escitados por el de más años.

La niña, que subia con los ojos bajos, sin haberlos visto ni oído, se ruborizó de repente, notando que se hallaba casi desnuda, delante de personas extrañas; huyó como una cervatilla sorprendida á la cabaña, y no hubo medio de hacerla salir de ella, á pesar de haberse vestido detrás de la puerta.

#### LXXVII.

Los forasteros hablaron largo tiempo entre sí en voz baja y me hicieron varias preguntas sobre nuestra familia, que satisface honradamente.

—Volverémos, buena mujer, me dijeron saludándome cortesmente, y si quereis casar á vuestra hija dentro de un año ó dos, la apalabro para mi hijo que veis aquí y que está ya tan enamorado de ella como si la conociera de toda la vida. El que me habló de este modo era el jefe de los esbirros de Luca.

—¡Ay! no, señor capitán de los esbirros, le respondí riéndome: mi hija es muy niña, y todavía tardará mucho en poder tomar estado. Además, no es á propósito para un capitán de los esbirros de la ciudad, que despreciaría nuestra familia, y luego está ya prometida á su primo, el hijo del ciego que teneis delante. Los dos muchachos se avienen perfectamente, y no es justo separar dos corazones que Dios ha unido con eterno lazo.

El capitán hizo una seña á sus compañeros, y volvió dos ó tres veces la cabeza, diciéndome adios con un aire que indicaba que nos volveríamos á ver.

Esto fué lo que nos pasó aquel día.

#### LXXVIII.

No pensaba ya en ello á los dos días, ni se hacía la menor mención en la casa, cuando volvió de la ermita el jóven capitán de los esbirros acompañado de sus amigos.

Era un domingo, y Fior d'Aliza regresaba de la misa de los Camáldulas con su primo Gerónimo. Los últimos sonidos de la campana de plata de los ermi-

taños resonaban aun como un eco de la alegría de los ángeles; el sol de otoño reflejaba sus rayos sobre las tristes hojas amarillas; las castañas casi maduras, caían una á una con las hojas de oro sobre la yerba que habian rumiado las ovejas; oíase á lo lejos la cascada al caer en el remanso y los mirlos silvaban de gozo sacudiendo las alas y citándose en los laureles. Parecía que la alegría salía del cielo, del agua, del árbol, de la tierra, con los destellos, y decía en el corazon á las aves, á los animales, á los muchachos y á las muchachas: Embriagaos, que ahí teneis llena la copa de la vida. En aquellos momentos, señor, sentia el alma una emocion tan grande que difícilmente trataria de explicárosla.

## LXXIX.

Los niños la experimentaron tambien y se pusieron á bailar uno enfrente del otro al pié del castaño, mitad á la sombra y mitad al sol. Gerónimo llevaba sus polainas de cuero sujetas por cima de la rodilla con ligas encarnadas, su chaleco de tres carreras de botones de laton, su chaqueta parda con los brazos fuera de las mangas que iban pendientes de su hombro: su sombrero de fieltro puntiagudo rodeado de una cinta negra que caía sobre su cuello moreno y se confundía en él con sus cabellos; su corbata floja sujeta sobre el pecho con un anillo de cobre, su zampona bajo el brazo izquierdo que parecia sonar por

si sola como si hubiese tenido el alma de los dos hermosos niños en su pellejo.

## LXXX.

Fior d'Aliza llevaba su rico traje de los días de fiesta, sus agujas de hierro con cabezas de oro atravesadas en sus cabellos, su collar de tres vueltas de medallas benditas, con sus reliquias, bailando sobre su cuello; su jubon de terciopelo negro sobre su gorguera encarnada y escotada, su saya corta de lana parda, sus piés desnudos y sus sandalias en la mano, como dos panderetas, con su correa. Así bailaban de alegría por bailar, sin sospechar siquiera que la desgracia los acechaba bajo la figura de aquel capitán de los esbirros y de sus amigos, que los miraban ocultos detrás de los árboles.

## LXXXI.

—Vamos, muchacho, vente con nosotros para enseñarnos el atajo por donde puede bajarse más pronto á Luca, exclamó de repente el jefe de los esbirros. Te daremos en recompensa un puñado de *bayocos*.

—Con mucho gusto, señores, respondió afablemente Gerónimo recogiendo sus sandalias clavetea-

das y poniendo en el suelo la zampoña; pero no necesito bayocos para hacer un servicio; somos bastante ricos en la cabaña con nuestros castaños y nuestros maizales para dar á los peregrinos pobres sin pedir nada á los ricos como vosotros.

Diciendo esto echó á andar delante de ellos, dejando á la pobre Fior d'Aliza sorprendida y triste de no poder continuar el baile en una mañana tan hermosa de otoño.

## LXXXII.

Desde aquel momento, señor, no hubo ya mañanas hermosas para nosotros.

Pero perdonad, el resto es tan triste que una pobre mujer como yo no podría referiroslo sin llorar. Si quereis saber más, es preciso que el ciego os lo cuente á su vez, ó bien la misma Fior d'Aliza, porque en lo que toca á la justicia que vino á mezclarse en nuestros asuntos y á arruinarnos, Antonio entiende eso mejor que yo, y por lo que hace al amor de la jóven con su primo Gerónimo, que lo diga la *sposa* que es asunto suyo, y no creo que en nuestro tiempo se amase como ellos se han amado...

—Y como se aman, dijo el ciego interrumpiendo á su cuñada.

—Y como se amarán, murmuró por lo bajo la jóven.

## CAPÍTULO IV.

### LXXXIII.

El viejo, despues de beber una gota del rosoli de mi frasco, tomó la narracion en el punto en que la viuda la habia dejado.

.....

—Cuando Gerónimo volvió de Luca ya bien entrada la noche, nos refirió que los forasteros habian estado con él muy finos y amables durante el camino, que se habian detenido en todas las posadas de los pueblos por donde habian pasado para refrigerarse con un vaso de vino, un racimo de uvas, un trozo de *caccia-cavallo*, especie de queso duro y brillante como un guijarro del Cerchio y que en todas partes le habian obligado á sentarse con ellos á la mesa y á beber como un hombre, hasta que se le fuese la cabeza y desatase la lengua, como para ha-

cerle hablar á su sabor de Fior d'Aliza, su prima, de su tia Lena, del ciego y de su familia.

El mismo capitan de los esbirros, un poco ébrio, no cesaba de hablar, segun nos dijo, de la hermosura de Fior d'Aliza, saliendo con los cabellos sueltos de la gruta de las cabras, enjugándose los piés en la yerba y los brazos en la lana de los corderitos que acababa de lavar. «Todavía tenemos una ó dos primaveras,» decia por lo bajo.

## LXXXIV.

Un peregrino viejecillo, pequeño, delgado y todo vestido de negro con una casaca raída y un pañuelo no muy blanco alrededor del cuello, y que llevaba además una pluma detras de la oreja, le escuchaba y aprobaba socarronamente con su sonrisa cuanto decia.

—Sr. Bartholomé del Calamayo, le decia al oido el capitan medio embriagado, ó sois ó no sois mi amigo.

—Vuestro amigo para todo, le contestó el escribano. Mandad, que nada hay en que no pueda salir airoso con mi pluma, como vos con vuestro espadin.

—Esto no será cosa de espadin, sino de pluma, replicaba el esbirro, pasándole el brazo alrededor del cuello, y estrechándole contra su pecho. Jurad que me serviréis para descoser de un tajo de cortaplumas los esponsales entre esos dos muchachos

que no saben siquiera lo que quiere significar esa palabra.

Hasta ahora he despreciado el matrimonio, y he llegado á cuarenta años sin que mi corazón haya latido con una pulsación más á la vista de una mujer, viuda ó doncella, *contadina* ó *signora*, pero he cambiado, soy libre y soy rico. Cada cual á su hora tiene que hacer algun punto final. Una hermosa niña en la casa es un fin para el hombre: pronto estará madura y yo estoy bastante verde todavía. A San Stéphano es á quien debo haber cambiado de idea. Iba allí á buscar á Dios y he encontrado al diablo bajo la figura de un ángel.

Vamos, Bartholomé del Calamayo, arregladme esto con el corte de vuestra pluma: bien veo que será difícil, si, esos muchachos saben amarse, pero vos no les iréis en zaga, astuto zorro: armadme alguna buena red de vuestro oficio que haga caer esa cabrita del bosque en mi zurron. Nada temais, compadre Bartholomé; si necesitais dinero no os faltará ni crédito tampoco; soy amigo del camarero del duque: los jueces de Luca no pueden ejecutar una sola de sus sentencias sin mí; el jefe de policia del ducado está casado con la hija de mi hermana; todos los esbirros de la campiña están á mis órdenes; yo soy el que guarda la caza del soberano contra los cazadores furtivos; en todas partes, lo mismo arriba que abajo, me aman y me temen como el gran inquisidor de los bosques del ducado. Entre nosotros dos, vos el sabueso y yo el cazador, ¿no traerémos á casa esa paloma de rosados piés?

Bartholomé reía torpemente al oír las chanzonetas dichas á media voz por su amigo el esbirro: los otros llenaban y vaciaban sus vasos conmigo. A las puertas de Luca les dí las buenas noches y los dejé, encaminándose cada cual á su casa.

## LXXXV.

No pusimos grande atención unos y otros en los proyectos de los bebedores, ni en los pensamientos del domingo que el lunes disipa, y continuamos viviendo en santa paz y alegría hasta despues del invierno.

En la primavera, la niña, que cumplia sus trece años y habia crecido hasta tener la estatura de su tia, principió á temer alejarse sola de la casa para ir á coger el maiz ó las hojas del moral. Con frecuencia encontraba desconocidos en la senda del convento, ó junto á la gruta, en el lindero del bosque de laureles, y á veces hasta debajo del castaño, que aparentaban descansar bajo la sombra al subir á los Camáldulas, ó al cazar en la montaña.

El capitan de los esbirros procuraba de vez en cuando acercarse á ella en el umbral de la casa, y la dirigla requiebros que le hacian ruborizarse y huir. Tenia miedo sin saber de qué; los ojos de aquel hombre no le agradaban, y cuanto más dulces intentaba ponerlos, más la asustaban. Siempre estaba diciendo á su tia ó á su primo que no la dejaran nunca sola con él.

Cuando el capitán vió esto, pasó algun tiempo sin subir por la montaña, pero un día en que mi hermana estaba sola en la casa, porque yo habia acompañado á Gerónimo y á Fior d'Aliza al arroyo para esquilas las ovejas y lavar con ellos la lana, entró en la cabaña un hombrecillo seco, delgado y negro como un curial ó un ugiar, saludando profundamente y, presentando un papel á mi cuñada.

Ella no sabia leer y rogó al forastero que pusiera el papel sellado sobre la mesa, diciéndole que al día siguiente haríamos que nos leyese el monje camaldulense, que pasaba dos veces á la semana para llevar los víveres al convento.

—No hay necesidad de ello, dijo el curial: llamad á vuestro hijo, á vuestro hermano y á vuestra sobrina que no están lejos de aquí, y yo mismo os leeré la citacion.

Todos quedamos sorprendidos. Gerónimo reconoció en aquel hombre á Bartholomé del Calamayo, el amigo del capitán de los esbirros del año anterior, pero aparentó no haberlo advertido.

#### LXXXVI.

—¿Sois vos, dijo el curial á mi hermano, Antonio Zampognari, hijo de Nicolás Zampognari y de Anunciata Garafola, vuestro padre y vuestra madre?

—Sí, dijo mi hermano.

—Y vos, me dijo á mí, ¿sois Magdalena Zampog-

nari, hija de Francisca Bardi y de Domingo Cortaldo, vuestro padre y vuestra madre, de la aldea de Bel-Sguardo en la llanura?

—Si, contesté.

—Pues bien, prosiguió con acento tranquilo como si nos diese los buenos dias, aquí traigo una citacion de los hijos y herederos de Francisca Bardi y Domingo Cortaldo, representantes legitimos de la rama primogénita de los Zampognari, que reclaman en virtud de un juicio en toda forma la division y particion de la casa, dominios, aguas, bosques y campos del patrimonio de los Zampognari, sus antepasados, del que no os corresponde más que la cuarta parte, puesto que vos, Antonio Zampognari, y vos, Magdalena Bardi, esposa de Félix Zampognari, no representais más que la cuarta parte de la sucesion total, consistente en los terrenos habitados y cultivados por vosotros. En su consecuencia traigo aquí la órden del tribunal soberano de Luca para que se proceda á la particion del patrimonio y de la alquería, y se entreguen las tres cuartas partes á los herederos Bardi di Bonvisi, legitimos propietarios de ellas, reservándoles su derecho para reivindicar contra vosotros, cuando lo estimen conveniente, su parte de frutos atrasados del expresado patrimonio injustamente retenida por vosotros y por vuestros ascendientes desde el año de 1694.

## LXXXVII.

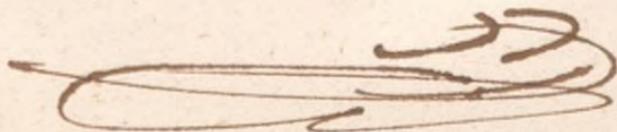
Si las paredes de la casa y el castaño que la cubre se hubiesen desplomado de repente sobre nuestras cabezas, no hubiéramos quedado más aterrados que lo que estuvimos al oír la lectura de aquella intimación para entregar las tres cuartas partes de nuestro patrimonio. Fué como si nos hubiesen pedido las tres cuartas partes de nuestra vida á todos los cuatro.

—¿Qué teneis que decir? nos preguntó friamente el curial con la pluma en la mano y el papel sobre la rodilla.

Nos miramos todos cuatro sin responder una palabra. ¿Qué podíamos contestar, señor? Habíamos nacido allí como la higuera, la viña y las cabras, sin saber quién nos habia sembrado. Nunca habia habido de padres á hijos, de tios á sobrinos en la familia, un título de propiedad, ni division, ni particion: creíamos que el patrimonio era nuestro como la tierra es de las raices del castaño que nos habia visto nacer y dádonos sombra y alimento desde el primer dia: la costumbre de vivir y morir allí era nuestro único título de propiedad.

Bajamos la cabeza y dijimos al curial que venia á privarnos de las tres cuartas partes del patrimonio.

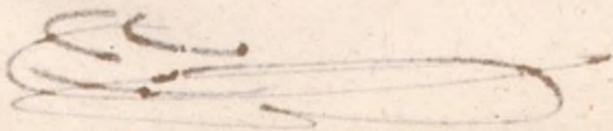
—Una vez que los jueces de Luca, que son tan sábios, lo dicen, así será. No queremos guardar bic-



nes ajenos, ¿no es cierto? Haced, pues, de nosotros lo que os parezca, dividid el patrimonio, con tal que se nos dejen la cabaña y el castaño, cuyas raíces están por bajo y cuyas ramas caen sobre el techo, un cabrito y mi pobre perro que los guarda y que me conduce cuando subo á misa los domingos, y nuestros dos hijos que son muy nuestros, puesto que nosotros los hemos alimentado y criado, y se aman mucho y nos ayudan como nosotros les hemos ayudado en su infancia. Vivirémos con poco; pero continuaremos viviendo. Hágase segun reza ese papel y Dios nos proteja á todos.

## LXXXVIII.

—Pues bien, dijo el curial, una vez que solo ape-  
lais á Dios, mañana se os enviarán dos comisionados  
para hacer la particion, que deslindarán vuestra  
cuarta parte de las otras tres que corresponden en  
virtud del juicio á los Bardi de Bel-Sguardo: olvi-  
daba deciros que por otro documento, que este,  
vuestros parientes los Bardi han vendido sus dere-  
chos sobre la herencia á Gugliano Frederici, capitán  
de los esbirros de la ciudad y del ducado de Luca;  
es un hombre excelente con el cual podríais arregla-  
ros y que tal vez os dejara por caridad la eleccion  
de la cuarta parte del patrimonio que os convenga  
conservar, reservándose hacer valer sus derechos



sobre los intereses acumulados desde que gozais indebidamente de la totalidad de los rendimientos.

Quién sabe si todo podrá arreglarse entre él y vosotros amigablemente: él es poderoso y rico, y con un poco de complacencia de vuestra parte, es probable que no se muestre riguroso.

Al decir esto nos entregó los dos papeles, nos saludó cortesmente, y volvió á tomar el camino de Luca.

### LXXXIX.

Nos quedamos mudos y petrificados sobre el umbral, como las rocas que lloran al borde de la caverna.

—¡Con tal que nos dejen el castaño, las siete higueras y las cepas, cuyos racimos, higos y castañas ponemos á secar para el invierno! dije yo á mi cuñada.

—¡Con tal que nos dejen los cabritos y su madre, que yo he criado y que nos da la leche y los quesos con que nos alimentamos! dijo ella.

—¡Con tal que nos dejen la fuente con el pilon á la sombra de la gruta donde me miro en el agua al bañarme los piés y al hilar con mi rueca, como una Santa Catalina en un cielo de iglesia cuando guarda las ovejas que pastan á la orilla! dijo Fior d'Aliza.

—¡Con tal que nos dejen el perro de mi padre para reemplazarme á su lado cuando sale á pasear por los

alrededores de la casa estoy contento! dijo Gerónimo. Iré todos los veranos á ajustarme en las cuadrillas de segadores de la campiña de Sienna y tal vez de Roma; trabajaré para vosotros cuatro como cuatro; por la noche, mientras que los demás descansan tocaré la zampoña para los peregrinos ó peregrinas de las santas del país, ó para que bailen en las bodas de las ricas alquerías de la llanura de Terracina, y traeré bastante trigo, ó bastantes bayocos para alimentaros y calentaros en el resto del año.

—¿Pues qué hay necesidad de separarnos para vivir bien? repuso Fior d'Aliza toda demudada, segun dice su madre, como si su corazón hubiese dejado de latir en el pecho. ¿Pues acaso la harina de castañas despues que la he cernido, sacado y amasado bien con la leche de cabras y la he cocido en tortas en la ceniza entre dos hojas de castaño, no es tan buena como el pan ó la galleta de maiz? ¿Pues acaso la madera seca en el bosque de laureles, no pertenece al que la recoge como la espiga olvidada á la espiadora? No tendrēmos necesidad de que Gerónimo vaya á coger la fiebre en las aguas estancadas de la Marisma cuyas nieblas se ven desde aqui arrastrarse á la orilla del mar como humaredas del infierno, ¿no es cierto?

## XC.

—¡Cuánta razon tienes! dijo mi cuñada á mi hija; si mi pobre marido hubiera pensado como tú, no me veria sin apoyo en la tierra.

Lo mismo dije á Gerónimo y por la tarde nos consolamos lo mejor que pudimos yendo á visitar el uno su fuente, el otro sus plantas de maiz ya en mazorcas y principiando á dorarse, el otro sus cepas en flor que embalsamaban hasta la casa, el otro contando sus ovejas y sus cabras, yo tocando el pelo y las orejas tiesas de mi perro que me lamia el rostro y las manos, como si hubiera comprendido en no sé qué que teníamos necesidad de ser consolados.

El uno decia: nos dejarán esto; el otro añadía: nos quitarán aquello. Fior d'Aliza cogia agua en su mano, agua cristalina de la fuente, se lavaba el rostro, vesaba el agua que huía entre sus dedos sonrosados y como si hubiese dicho adios al manantial.

—Gerónimo, contemplando sus hermosos tallos de maiz y midiendo su tamaño por su altura, decia:

—Si me los quitan, ¿me devolverán las gotas de sudor, que he derramado sobre sus raices al plantarlos en este suelo tan duro y pedregoso?

Y nuestras ardillas de primavera, y nuestras cornejas de invierno, y nuestras gelondrinas de verano, y nuestras palomas y nuestros ruisenores del bosque de laureles y el castaño, ¿nos los quitarán tam-

bien y se dejarán ellos repartir como lo demás entre el esbirro y nosotros? decía mi cuñada. Al pronunciar estas palabras, quería sonreirse, pero tenía una lágrima en la voz, como una gota de agua en el cuello de una calabaza que no puede ni permanecer ni correr por el estrecho agujero. También yo estaba triste, pero al pensar que no podían alejar de mi lado á los queridos séres que me acompañaban, lo demás no era suficiente motivo para hacer inconsolable mi desesperacion.

#### XCI.

Al dia siguiente vinieron los comisionados árbitros con su tintero, sus papeles y su compás á la cabaña: nosotros no quisimos ni ver siquiera lo que hacian, porque nos destrozaban el corazon. El curial negro, delgado y raído, con su pluma detrás de la oreja, á quien mi hijo Gerónimo habia visto y oido al guiar á los peregrinos en el año anterior con el capitán de los esbirros, venia acompañándolos. Mi cuñada y los muchachos me dijeron que aparentaba compadecerse de nuestra pena, disculpándose de representar en aquel acto á su amigo el capitán de los esbirros; pero que á través de todo se adivinaba el aire triunfante del hombre que ha encontrado una buena idea y se regocija interiormente de ella.

—No os entristezcais, decía á mi cuñada, á su hija y á Gerónimo: el capitán tiene buen corazon: no

quiere más que lo justo y no llevará las cosas al extremo. Me ha encargado que os trate con consideracion: ¿quién sabe si todo lo que vamos á tomaros podrá volver á vosotros si sois complacientes? El capitan es soltero, es rico, algun dia querrá casarse y teneis una hermosa niña que podrá agradarle. ¡Vaya, vaya! añadió pasando su mano tiznada de tinta por bajo de la barba de Fior d'Aliza toda llorosa: ¡cómo ha crecido y madurado y embellecido la cabrita del castaño! Teneis un buen abogado en gérmen, que podrá traeros más de lo que ahora os quitan. El capitan tiene honradas intenciones. ¿No os gustaria, hermosa niña, cambiar esa saya de paño burdo y esas sandalias que sujetan vuestras piernas desnudas, por ricos vestidos de seda y zapatos finos de hebillas relucientes como el agua de esa cascada, y llegar á ser una de las damas más consideradas del ducado de Luca, donde hay tantas que parecen duquesas?

El viejecillo quiso besarla en la frente, pero Fior d'Aliza retrocedió como si hubiese visto el dardo de una serpiente entre la maleza.

—Nunca seré más que la hija de mi madre, la hermana ó la mujer de Gerónimo, dijo ella, y corrió á guarecerse cerca de su primo que nada habia oido de la anterior conversacion.

Este llevaba los paquetes y los útiles de los comisionados, como llevaba San Lorenzo el instrumento de su suplicio.

Mi cuñada volvió triste y pensativa á la casa, donde me refirió las maneras y las expresiones del

curial. Entónces principiámos á sospechar algo de lo que proyectaban.

## XCII.

Dos horas despues todo estaba terminado: los comisionados regresaron con Gerónimo, más pálido, segun dicen, que un muerto, y nos leyeron un acta de particion y deslinde por la cual se nos privaba de toda posesion y goce de las tres cuartas partes de los bienes paternos.

En esa segregacion se hallaban comprendidos el sembrado de maiz de donde sacábamos nuestro mejor y más seguro alimento, el bosque de laureles que caldeaba el horno, el plantío de moreras que nos daba la hoja para los gusanos de seda (una onza de seda, con la que comprábamos la sal y el aceite para todo el año), por último, la pradera con la gruta, el manantial y la fuente donde Fior d'Aliza lavaba los corderos y donde pastaban las ovejas y los cabritos. ¡Ay! ¿qué nos quedaba exceptuando la roca y las malezas alrededor de la casa y la viña que se extiende sobre la cuesta pedregosa que baja desde el terrado al Mediodía hácia el prado de la gruta?

—¿Quizá la viña misma?

—No, señor; el terreno en que nuestros padres la habian plantado y las añejas cepas pobladas como la barba de los ancianos, no nos quedaban en propiedad; únicamente nos quedaban los viejos pámpa-

nos que salían del terreno cercado de piedras grises, que habían subido de roca en roca hasta la casa y que formaban un emparrado delante de la ventana y una red en torno de las paredes de la cabaña y hasta el techo, igualmente que los racimos que las ramas podían dar en otoño: esto era bastante para nuestra bebida, porque los chicos y mi cuñada no beben más que agua y yo solo bebo un poco de vino en los días de fiesta.

—¿Pues qué os quedaba entonces? pregunté al anciano ciego.

—¡Ay, señor! nos quedaba el castaño que nos venía alimentando de generación en generación y el vasto espacio de yerba fina y de musgo que se extiende bajo su sombra y sobre sus raíces... es decir, continuó el anciano interrumpiéndose, el castaño, principal fuente de los productos del patrimonio de los Zampognari, había sido dividido en cuatro partes por los medidores árabes: el tronco del árbol con todas las ramas que miran á Norte, á Poniente y á Oriente pertenecía al esbirro que representaba á nuestros antiguos parientes: él podía hacer de ellas lo que le conviniese y hasta cortarlo en parte si lo creía perjudicial; pero todos los frutos que cayesen ó hiciésemos caer de las grandes ramas que miran al Mediodía y que se extiende como brazos sobre el verde, sobre el corral y sobre el techo de la casa, eran nuestros. Todavía con eso teníamos lo bastante, pues tal es su tamaño y su fertilidad, que basta para alimentarnos casi todo el año con tal que á los propietarios del suelo y del tronco del árbol no les

ocurriese el capricho de cortarlo. Pero no habia que temerlo, porque las tres cuartas partes de los frutos les daban un año con otro sesenta sacos de hermosas castañas: habrian arruinado su propio peculio derribándolo.

### XCIII.

Contentámonos, pues, con esta particion. ¿Qué podíamos decir? Dios es dueño de abrir ó cerrar su mano á las criaturas. Se nos dejaba tambien el rebaño, compuesto de cinco ovejas, tres cabras con sus cabritos y el perro que veis ahí y que parece escuchar su propia historia en la nuestra. Gerónimo, cuando niño, le llamó *Zampogna* porque le gustaba la música como á un *piferaro* (tocador de gaita), y siempre que le queríamos hacer volver con los cabritos del prado en donde guardaba al ganado, no teníamos más que tocar un aire en la zampoña junto á la puerta.

Teníamos además el derecho de hacer pastar los cinco carneros y las tres cabras en todos los terrenos no cultivados y el bosque de laureles con tal de que los animales no tocasen ni á las moreras, ni al campo de maiz, ni á la yerba del prado en el barranco del manantial; podíamos tambien hacer una senda á través del prado, é ir por agua para nosotros y para los animales á la fuente de la gruta; pero nos estaba prohibido enturbiar el agua de la

fuelle lavando en ella la lana: el hermoso charco de agua clara en que Fior d'Aliza se complacia tanto en mirarse á través de las ramas de sauce, no debía reflejar ya más que las estrellas del cielo. Ella era, no obstante, nuestra estrella y el manantial pareció oscurecerse desde que la niña no se miraba ya en él al lado de su primo.

#### XCIV.

Ahí teneis, señor, cómo se hizo todo por la voluntad de los jueces. Aquellos hombres se fueron alegremente por la tarde, luego que acabaron su operacion, y nosotros cinco nos quedamos, sin hablar palabra hasta ya bien entrada la noche, en el umbral de la cabaña.

Cada cual decía para sí: «Y ahora, ¿qué harémos?» Fior d'Aliza pensaba en su prado todo esmaltado de estrellitas, de campanillas y de toda especie de flores con las que no haria ya coronas para la Madona ni de las que traeria tampoco montones embalsamados al establo del ganado; Gerónimo, en sus hermosas matas de maiz barbudas y doradas que iban á ser segadas para otros; Magdalena, en sus gusanos de seda, que iban á morir por falta de hojas de morera y cuyos capullos blancos y amarillos no se hilarian ya en su rueca en las noches de invierno para llenar de sal el arca del rincón del hogar.

Yo pensaba en los sacos de castañas que los co-

lectores de la llanura vendrían á llenar en mi presencia en el mes de setiembre y se llevarían á Luca, sin cuidarse de si nos quedarían bastantes para vivir con las cinco ramas reservadas á los habitantes de la casa.

También pensaba en esa pobre viña vieja que tanto trabajo había costado cultivar á nuestros padres y á nuestras madres, en esas cepas reconocidas como si tuvieran corazones humanos, que subían de tan lejos para abrazar la puerta, la ventana, el techo con sus pámpanos cargados de racimos. ¡Pobres cepas, cuyas raíces no serán ya nuestras y todavía sus hojas, su sombra y sus racimos nos prestarán servicio desde allá abajo!

#### XCV.

En cuanto á las siete higueras nos quedaban todas siete como árboles domésticos: no habían podido despojarnos de ellas porque sus raíces estaban bajo las paredes de la casa: era esta una buena cosecha, muy útil en los años en que la flor de los castaños quedase helada bajo la escarcha: los higos, secados sobre el techo en las estaciones calorosas, podían llenar cumplidamente cuatro sacos, y era casi lo bastante para no morirnos de hambre, haciéndolos henchirse y cocer en la leche de las cabras.

Acostámonos sin hablarnos por miedo de que el sonido de la voz del uno hiciese llorar al otro, pero

no dormimos, por más que todos aparentásemos hacerlo. Durante la noche entera los oía á todos moverse á cada cual en su lecho y suspirar lo más quedo que podian para ocultar su insomnio á la familia; ni aun el perro durmió aquella noche, y no cesó de gruñir ó de ahullar hácia la parte de Luca, como si hubiera comprendido que los hombres que se habian marchado en aquella direccion no eran amigos nuestros. ¡Ay, señor! los animales saben en esto mucho más que nosotros, no tardaréis en convencerlos.

#### XCVI.

Así que amaneció salimos todos juntos con el ganado y el perro: á los primeros albores del sol de verano que teñia las montañas, cuyas largas sombras parecia barrer, secando al mismo tiempo su rocío, fuimos á ver el daño que el dia anterior nos habian causado.

¡Ay... cuánto nos habian tomado, y qué poco nos quedaba! Como Jephté, en la *Biblia*, que dicen fue á lamentarse ella misma sobre las colinas, no pudimos menos de llorar todos: Fior d'Aliza sobre su hermosa pradera verde y sobre las floridas orillas del charco inmediato á la gruta, cuyas aguas tanto la entretenian; Gerónimo, sobre sus plantas casi maduras de maiz, cuyas mas hermosas mazorcas abrazaba diciéndoles adios en su interior; Magdalena bajo el plantío

de moreras, cuyas hojas no llevaria ya en su delantal á los animalillos hiladores; yo, bajo el castaño que nos habian dividido en cuatro sobre el papel, y del que no tendríamos sombra mas que por un lado, ni mas que lo que el otoño dejase caer por caridad en nuestro prado, sin el consuelo de tener ya en plena propiedad una rama para construirme un ataúd.

## XCVII.

El ganado no comprendia por qué le reteníamos á nuestro lado, ni por qué le impedíamos ir á pacer, como de costumbre, en el prado, en el bosque, en la yerba, bajo las moreras ó en las verdes calles del viñedo.

Despues de haber contemplado, suspirado y sollozado amargamente ante cada uno de aquellos pedazos del patrimonio, que eran tambien pedazos de nuestra pobre vida, volvimos silenciosos al pequeño espacio, casi inculto, que nos estaba reservado, y atamos el ganado en el corral, cubierto de yerba, á la puerta del establo. Fior d'Aliza fué á coger yerba á las sendas que no pertenecen á nadie, y Gerónimo á traer ramas y montones de hojas de los retoños de castaños en las altas montañas del convento, abandonadas á los gamos y á los cabritos monteses.

Los dos muchachos volvieron muy pronto cargados con más yerba y hojas de las que necesitaban las cinco ovejas y las tres cabras, pero á los pobres

animales les faltaba la libertad y no hacian sino mirarnos como preguntándonos con los ojos por qué no les dejábamos pastar y saltar á su gusto en el barranco y sobre la roca. Fué preciso hasta ir á traerles agua para beber; Fior d'Aliza y Gerónimo principiaron á trazar, subiendo y bajando, la estrecha senda hácia el manantial, cuyos prados, gruta y fuente les pertenecian por completo el dia anterior.

## XCVIII.

Así quedó reducido de pronto el horizonte de nuestra vida.

Mucho trabajo nos costó acostumbrarnos á ello en los primeros tiempos y á nuestros pobres animales mucho más todavia: estos se escapaban con frecuencia del establo, del corral, y hasta de las manos mismas de Fior d'Aliza, para correr al barranco, al bosque de las moreras y aun al viñedo.

## XCIX.

Cuando el *fattore* (el capataz del capitán de los esbirros) subia á la montaña, siempre encontraba algunos pámpanos rastreros mordidos por las cabras en las cepas, ó algunas mazoreas de maiz desgranadas

por el campo ó algunas ramas pendientes de las moreras roidas por los cabritos.

Injuriábanos á veces y nos amenazaba siempre con matar á los animales si llegaba á sorprenderlos fuera de nuestros límites. ¿Qué podíamos hacer? Pedirle que nos perdonase y ofrecer reparar el daño á nuestra costa.

Teníamos bien recomendado á Fior d'Aliza que estuviese siempre junto á su ganado y no apartase su vista de los animales; pero como ella habia encontrado dos ó tres veces al capitán de los esbirros que trataba de acercársele, y habia querido besar sus cabellos, preguntándole si querria ser su mujer cuando cumpliese los diez y seis años; y como á pesar de las palabras dulces de aquel hombre le tenia miedo y repugnancia á causa de Gerónimo y de nosotros, de quienes no queria separarse jamás ni de vista ni de corazón, la muchacha no podia permanecer lejos de Gerónimo y de nosotros: razon por la cual no cuidaba del ganado con el esmero necesario para evitarnos disgustos.

### C.

Por lo que hace á Gerónimo, en cuanto se le hablaba del capitán de los esbirros palidecia de cólera, y su voz, al pronunciar su nombre, producía un efecto semejante al del agua que hierve en una olla de hierro: sin embargo, no le deseaba nada malo, era

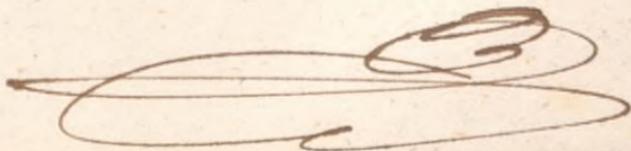
demasiado bueno para abrigar sentimientos de venganza, pero veía, sin que nada se hablase entre nosotros sobre el particular, que este hombre poderoso trataba de privarnos, por medio de caricias, de astucia ó de violencia, de algo más que de la pradera, la viña, las moreras ó nuestra parte del castaño; quizás esto fué lo que le hizo comprender que sentía algo más que amistad hácia su prima, y acaso también el micdo que le inspiraba el esbirro fué lo que dió á conocer á Fior d'Aliza que Gerónimo era mucho más que un hermano para ella.

Qué quereis que os diga, caballero: el pesar anticipó la madurez del corazon de los dos jóvenes: cuando el gusano roe el fruto y el viento agita la rama, el fruto agusanado cae por sí solo sobre la cabeza ó sobre el pecho de los niños; no sabian lo que era amarse, pero el temor de perderse hacia que no pudieran separarse mentalmente como dos tiernos corderillos nacidos de la misma madre y amamantados á un mismo tiempo.

Esta fué su desgracia: los muchachos se amaban demasiado para que ella pudiera convertirse en una gran señora de Luca, y para que él lograra más fortuna que la que pudiese alcanzar en el corazon de una hija de los castañares.

## CI.

—¡Nuestra desgracia! exclamó la bella *sposa* aproximándose de un salto á la cuna de su hijo, co-



giéndole en sus brazos, elevándole hasta la altura de su cabeza y ofreciendo su rostro encantador á la risueña boca del niño: ¡nuestra desgracia! ¡Ah, si Gerónimo os hubiera escuchado, padre mio... y á esta frase acompañó una deliciosa contraccion de sus labios.

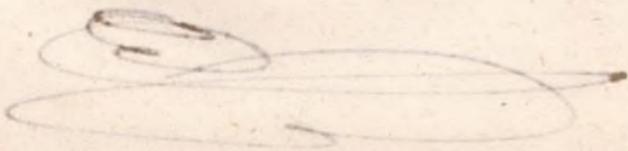
Despues volvió á sentarse y continuó meciendo con el pié la cuna del pequeñuelo, quedando pensativa y ruborizada por haber dejado escapar el grito de dos amores en una sola voz.

## CII.

—Pues bien, vais á ver lo que estos pobres inocentes y nosotros tuvimos que sufrir, prosiguió diciendo el ciego.

El otoño se acercaba, los racimos del emparrado delante de la puerta y los de los pámpanos que enlazaban la casa y el emparrado, como la red del pescador enlaza el agua con sus mallas, comenzaban á madurar y á endulzar los dedos de Fior d'Aliza. Al pasar por debajo de la parra picaba aquí y allá donde mejor le parecia: nos prometíamos una buena vendimia para fines de otoño, abundantes uvas que secar sobre la paja, y un jarro por lo menos de vino generoso para las fiestas de Navidad y de Año Nuevo.

De pronto notó Gerónimo que las hojas de la viña



se volvían amarillentas como las mejillas de un enfermo, que las ramas se separaban de las paredes, y que hasta los racimos se arrugaban antes de madurar, y no tomaban ni jugo ni color de los sarmientos, también estropeados.

—¡Oh cielo! exclamó: la viña se halla enferma, los pájaros no pican ya los granos; ¿alguien la ha hecho mal de ojo, una *luna* la ha marchitado.

—Veamos, dijeron á un mismo tiempo los muchachos, si las demás viñas han sufrido el mismo daño en el campo.

Corrieron á informarse y tornaron llorosos como el Adán y Eva, que están pintados allá arriba en el convento de los Camáldulas, cuando por la primera vez vieron morir, ¿á quién? ¿á un hombre? ¿á un animal? ¿á un insecto? no: ¿á una hoja! algo que estremecía, buen caballero.

La viña, es decir, nuestra viña, no estaba enferma, sino muerta, muerta para siempre; muerta como si nunca hubiera vivido. Aquellas hermosas y anchas hojas que nos pertenecían porque sus pámpanos habían venido desde muy lejos buscándonos, á enlazarse con las tejas de nuestra casa, que no contentos todavía se habían abrazado á los pinares de la puerta y hasta se habían encaramado á la claraboya del elevado cuarto de Fior d'Aliza y penetrado en su habitación por las rendijas de las maderas; aquellos hermosos sarmientos que durante el verano nos daban sombra, buen humor en el otoño, alegría á la mesa durante el invierno, nos acariciaban por última vez como un perro que muere besando los piés de

su amo: unas y otros estaban muertos, no para todo el mundo, sino para nosotros.

Una noche, cuando menos lo pensábamos, el *fat-tore* del esbirro propietario, pretendiendo que la sávia, al elevarse hasta nuestra cabaña, empobrecía á la viña madre y esterelizaba las cepas de abajo, cortó con su hoz los pámpanos que nutrian á nuestros sarmientos, conservando la viña.

### CIII.

Jamás podré pintaros el profundo pesar que causaron en nosotros las lementaciones de aquellos dos niños que lloraban al verse privados de aquella sombra bienhechora, de aquellos racimos que apagaban su sed, y los lagartos que corrían por entre sus hojas, y los mirlos que picoteaban los granos de las uvas, lanzando gritos extraños como si se embriagaran con el jugo, y las abejas que zumbaban en torno de los racimos, más dulces que la miel de su colmena, y el sol poniente y la luna rielando sobre las aguas, cuando los pámpanos, á través de los cuales penetraban también sus reflejos, temblaban asimismo al suave impulso del viento de la noche; por fin, todo, todo aquello que parecía estar emparentado con nosotros, que representaba á nuestros ojos recuerdos de amistad, de placer.

—¡Oh! ¡qué inhumanos! exclamamos todos, al

mismo tiempo que enjugábamos las lágrimas que asomaban á nuestras pupilas.

Pero ¿qué podíamos hacer para evitar el daño que nos causaban? La viña estaba muerta y nosotros angustiados, esto era todo lo que sabíamos, á esto se reducía todo el consuelo que podíamos prestarlos. Entreguemos los últimos racimos á los pájaros, las últimas hojas á las cabras, los últimos sarmientos á nuestra chimenea: de esta manera nos será útil aun y bendeciremos la viña hasta el último momento. Pero ¿y despues? Despues nuestras paredes no tendrán nada con que librarse de los rayos del sol, de las inclemencias de la lluvia; no habrá sombra bajo la puerta de nuestro albergue, los lagartos y los pájaros irán á buscar en otra parte lo que les falta en nuestra compañía. El padre Hilario no volverá á sentarse, no enjugará el sudor de su frente bajo el emparrado.

Poco despues nos dijeron que la viña pertenecía al esbirro y el emparrado á nosotros, pero no añadieron que el esbirro no tenia derecho para cortar el pámpano.

Un temblor frio se apoderó de nosotros al oír estas palabras, y todos á un mismo tiempo pensamos en el castaño, lo único que nos quedaba ya en la tierra.

Pero instantáneamente se nos ocurrió la idea de que tambien podria faltarnos este último recurso.

Sabíamos que las castañas que caian al suelo nos pertenecian, pero ¿quién nos aseguraba que no nos privarían tambien de aquel cariñoso amigo, de aquel

árbol, el dueño de su tronco, de sus raíces y de sus hojas?

## CIV.

Pasados algunos instantes despues de la triste revelacion que acababan de hacernos, oimos por el sendero practicado en las rocas los pasos del padre Hilario: el infeliz sudaba á mares y el cansancio no le dejaba apenas respirar.

El padre Hilario era el mandadero del convento de los Camáldulas de San Stéphano: un anciano de buen aspecto. Su plateada y espesa barba y el cerquillo formado por unos cabellos finos como los de la Virgen, le asemejaban á las estátuas de San Francisco de Asís que hay en el coro del convento de franciscanos de Luca. Era tan viejo, que á todos nos habia visto nacer, pero se conservaba bien, y únicamente se hallaba algo encorbado, efecto del peso de los cántaros de aceite que llevaba á menudo al convento y de las trabajosas y multiplicadas ascensiones que habia hecho durante su vida á la montaña.

Nuestra cabaña se hallaba situada sobre poco más ó menos en la mitad del camino que separaba la llanura del convento de los Camáldulas, y el bueno del padre Hilario tenia la costumbre desde hacia más de cuarenta años de detenerse un gran rato en nuestro albergue para respirar y conversar con nosotros. Nos queria mucho, ¿y cómo nó, si habia acariciado

á los niños, enlazado á los jóvenes y consolado y ayudado á morir á los viejos de la cabaña?

No era pariente nuestro, ni siquiera sabia en dónde habia nacido, pero no faltaba quien contase que habia sido soldado al servicio de las galeras de Pisa, que le habia aprisionado un corsario llevándose-lo á Tánger, que se habia escapado con una mora convertida, en una embarcacion sustraída al padre de ella: que durante la travesía se habian visto asaltados por una tempestad, perseguidos por los piratas en el Mediterráneo, y que al hallarse amenazados por el doble peligro del temporal y de la venganza de los turcos, prometieron á San Francisco si los libraba de la muerte, hacerse, á pesar de los lazos que estrechaban sus corazones, él ermitaño y ella monja. San Francisco se apareció entre nubes y los piratas naufragaron y el viento y el mar se calmaron. Poco despues llegaron cerca del escollo de la *Meloria* en la costa de Toscana, y al verse en salvo se dieron por la primera y última vez de su vida un ósculo de amor: se separaron, y descalzós y expuestos á todas las intemperies, se encaminaron, ella á Nuestra Señora de Loreto, él á San Stéphano de Luca.

### CV.

San Francisco, satisfecho de su fidelidad, hizo que fuesen acogidos en el claústro con marcadas

pruebas de benevolencia, ella como hermana conversa y él como hermano demandadero: uno y otro no debían volver á verse más que en el Paraíso.

Esto es todo lo que se decía del padre Hilario en las montañas; pero él, por su parte, no se daba por entendido con nosotros de estos sucesos; y no nos hablaba más que de nuestros abuelos, de los matrimonios, de los nacimientos, de las muertes que habían acaecido en la cabaña, de las buenas ó malas cosechas, del precio del aceite para las lámparas del santuario, y algunas veces de las luchas que se verificaban allá abajo, en las llanuras, en Florencia ó en Sienna, en Roma ó en Luca.

—Pero esto no debe inquietarnos, decía siempre al terminar su conversacion, volviendo á cargar sobre sus hombres sus alforjas y llevando su rosario en la mano, la ola humana no subirá jamás hasta la altura en donde nos hallamos: continuarán rezándose novenas ante el altar de los Camáldulas, y los *pifferari* vendrán en todo tiempo á compraros zampoñas para alegrar las fiestas, hacer bailar á los muchachos y acompañar los cánticos que los fieles elevan á la Madona. Prosigamos nuestro camino al cielo por estas montañas, y que San Francisco bendiga la cabaña y el convento.

Acto continuo se ponía en marcha como el judío errante, y nosotros nos quedábamos percibiendo el rumor de sus pasos mucho tiempo despues de perderle de vista.

## CVI.

Aunque no le uniesen con nosotros lazos de parentesco, por lo menos nosotros lo creíamos así: el padre Hilario nos amaba. Este sentimiento de aprecio era en su alma una antigua costumbre; así es, que el día en que nos encontró tan afligidos y llorosos, no pudo menos de asombrarse. Hacia tres meses que no nos visitaba y no sabia nada de lo que habia pasado, nada absolutamente, ni lo del capitán de los esbirros, ni la visita de Bartolomé del Calamayo, ni lo de la repartición de los bienes reivindicados por los herederos de los *Bardi*, ni lo de la venta de sus derechos al esbirro, ni lo de las persecuciones de este hombre contra nosotros, todo para conseguir con astucia ó violencia unirse á Fior d'Aliza, que le habia fascinado. Estos tristes sucesos y la confiscación de nuestros campos con sus ricas promesas de cosecha, causaron profunda pena en el ánimo de nuestro buen amigo.

## CVII.

—¡Oh! exclamó el pobre anciano; mentira parece que hayan tenido valor para cortar los pámpanos que reproduciéndose llegaban hasta vuestra cabaña;

pero ya veo que es cierto, añadió contemplando las muertas hojas que no podían soportar sus marchitos racimos. ¿Es posible que la maldad de los hombres llegue á tal extremo?

Yo que he pasado tan largos y dichosos momentos bajo su sombra bienhechora conversando con vuestros abuelos, refrescando mis labios con el jugo de vuestras cepas y bendiciendo á San Francisco; en lo sucesivo no pasaré por aquí sin maldecir la perversidad de los malos... Pero no, añadió reprimiendo su indignacion, no maldigamos á nadie, ni aun á los que nos hacen daño: compadezcámoslos en vez de aborrecerlos. La piedad es la caridad de los perseguidos para con sus perseguidores, es la única venganza que complace al Todopoderoso. Roguémosle por ellos: ¿no es más cruel ser verdugo que víctima?

#### CVIII.

De esta manera nos consoló confundiendo sus lágrimas y sus lamentos con los nuestros; de esta manera transformó nuestra cólera en misericordia hácia nuestros enemigos.

—Veamos, dijo despues, ese fatal documento que os ha despojado de la herencia de los Zampognari. Soy muy anciano, tengo noventa años y quién sabe si Dios me ha conservado la vida para que mi testimonio pueda seros provechoso: dadme el papel y cuan-

do vaya á Luca haré que lo examine el abogado Manzi, que es un antiguo amigo mio.

El padre Hilario se lo llevó y no volvimos á pensar en los objetos que nos habian arrebatado más que para llorarlos, y hasta los mismos pájaros parecian identificarse con nuestro dolor. Los gorriones, los mirlos, las palomas, apenas notaron que los pámpanos se ennegrecian, que las hojas marchitas se desgajaban como despues de haber sufrido una fuerte granizada, se reunian formando un remolino sobre la desierta cabaña y revoloteaban como locos, lanzando gritos desesperados, lo mismo que si la zorra hubiera entrado furtivamente en sus nidos durante su ausencia y devorado á sus hijuelos.

#### CIX.

Cada día que pasaba ofrecia nuevas angustias á nuestra triste vida. Algunas semanas despues de los sucesos que os refiero se empeoró nuestra situacion. Los agentes del esbirro observaban con una minuciosidad enfadosa nuestras operaciones para recoger los escasos frutos á que teniamos derecho, y llegaba su deseo de hacernos daño hasta el punto de prohibirnos recoger las avellanas silvestres de los bosques vecinos, porque, segun decian pertenecian á los animales que los poblaban y no á nosotros; nos impedian coger la yerba con que formábamos las camas para nuestras cabras, porque la yerba conservaba

caliente la tierra, y esta tierra no era nuestra. Si hubieran podido arrebatarnos el aire, si hubieran podido evitar que las golondrinas vinieran á alegrarnos y á formar sus nidos en el alero de nuestro tejado, lo hubieran hecho con el mayor gusto del mundo. ¡Cuánto teníamos que sufrir!

## CX.

Gerónimo se hacía entre tanto un mancebo, el más guapo de todos los que poblaban la llanura de Luca; Fior d'Aliza, por su parte, se embellecía y se desarrollaba; la naturaleza de la muchacha, como la tierra que produce frutos más hermosos cuanto más rocío cae sobre ella, parecía aumentar su hermosura y sus fuerzas cuantas más lágrimas salían de sus ojos. Las huellas de su llanto se veían en sus mejillas como la última perla de rocío sobre el pétalo de la flor, y sin embargo alguna que otra vez cantaba. La juventud adormece las penas con solo mirar al porvenir: ¡es tan dulce esperar!

Pero lo cierto es que la muchacha encantaba á cuantos la veían, y hasta los peregrinos pasaban por delante de nuestro albergue para admirarla y beber de su cántaro un trago del agua pura y cristalina que iba á buscar á los arroyos inmediatos.

Todos elogiaban su mérito, y la madre de Gerónimo me repetía las frases que sus admiradores pronunciaban. Mi sobrino se apercibía de ello y se mostraba

orgullosa del triunfo de su prima; pero á este sentimiento acompañaba otro no menos grande, aunque secreto: los celos empezaban á despertarse en su alma.

La asiduidad de los esbirros en espiarlos le incomodaba, y Fior d'Aliza los temía, pero cuando llevaba las cabras á pacer rogaba á Gerónimo que la acompañase, y cuando le veía á su lado desaparecía su temor por completo.

#### CXI.

Sin embargo, una mañana que mi sobrino se fué á coger nidos de faisán á lo más elevado de las montañas, detrás del monasterio de los Camáldudas, el temor de su prima fué más grande que nunca.

Una porción de leñadores de la llanura se reunieron en torno del gran castaño, armados con sus hachas, se sentaron en torno de sus raíces, afilaron sus herramientas, y destapando despues sus calabazas de vino y sacando de sus zurrónes pan y queso, se pusieron á almorzar alegremente muy cerca de nosotros.

Al sentirlos me aproximé á ellos con la mayor timidez y les pregunté con amabilidad qué era lo que iban á hacer en aquel paraje de la montaña en donde nunca habia descargado sus golpes el hacha desde que el mundo es mundo.

—Vais á saberlo, buen amigo, me respondió una voz que creí reconocer por su acento malévoló é hipócrita. Mi cuñada, que se acercó también al grupo de leñadores con Fior d'Aliza, me dijo que era el amigo del esbirro, Bartolomé del Calamayo. Vais á saberlo con disgusto, repitió: despedios de vuestro árbol, ya no volverá á daros ni sombra ni castañas. Su propietario le ha vendido ayer al amo de estos leñadores para talarlo y aprovecharse de su producto. Él mismo me ha encargado que venga para entregar el árbol á estos muchachos y para hacer justicia si por acaso os oponéis á que lo corte.

—Cómo que si nos oponemos, exclamé yo precipitándome con los brazos abiertos sobre el árbol para librarle de los golpes del hacha; pues ¿no me he de oponer, si dar la orden de talarlo es lo mismo que si mandarais que me cortasen la cabeza? Este árbol es aun mas que mi cabeza, añadí sin poder contener las lágrimas, es la vida de toda mi familia. Vos, que habeis sido portador del documento que nos ha privado de todo cuanto poseíamos, sabeis mejor que nadie que no nos han dejado más que esas tres grandes ramas que se estienden hácia nuestro lado sobre el escaso terreno y la pobre morada que nos queda; vos sabeis que esas ramas nos pertenecen y que sus frutos bastan para llenar ocho sacos de castañas, lo suficiente para mantener á cuatro personas. Consentiré que me mateis antes que permitiros destruir el castaño; ¡es el único bien que nos queda en la tierra! ¿Os atreveréis á negar que ese fatal papel de nuestros jueces nos concede el usufructo de la leña y las

hojas, de la sombra y los frutos de cuanto se halla en el terreno que nos pertenece?

—No os lo niego, respondió Calamayo, pero tampoco podeis negar vosotros que el árbol es propiedad del capitan de los esbirros; cuando él dispone su destruccion, vuestros derechos cesan. Él es dueño del tronco, si lo arranca, las ramas mueren y perdeis lo que es vuestro, pero no teneis razon alguna para oponeros á sus designios.

## CXII.

—Confieso, caballero, que jamás habia pensado en esto, y que las palabras del amigo del esbirro me dejaron mudo; pero si mi voz no podia rechazar su razon, toda mi vida en mi actitud protestaba contra la iniquidad que trataban de cometer con nosotros.

Magdalena y Fior d'Aliza, en vez de buscar razones para convencer á aquellos homicidas, se desahacian en súplicas. Cayeron de rodillas, les explicaron lo que aquel árbol representaba para nosotros, los beneficios que nos prodigaba, lloraron, recurrieron á todos los medios, pero antes hubieran logrado conmover el duro tronco que el insensible corazon del esbirro.

Sin embargo, debo ser justo; los leñadores parecian enternecerse al ver á Aliza, tan hermosa, tan pura, inundada dellanto; se miraban, comprendian la triste situacion á que iban á reducirnos, contemplaban

el árbol tan verde, tan magnífico, y lágrimas furtivas asomaban á sus ojos.

—Vamos, manos á la obra, muchachos, dijo Callamayo, pero los leñadores titubearon, y para que no pareciese desobediencia su compasión, buscaban mil pretextos, con los que aplazaban la fatal operación.

## CXIII.

Al notar la actitud que tenían los leñadores, el esbirro fingió conmoverse y llamando aparte á Magdalena le habló algunas palabras al oído.

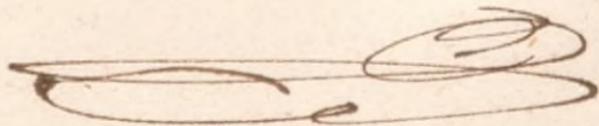
—Quizás, hallaríamos medios de librar al castaño de la suerte que le espera, le dijo tomándola por la madre de Aliza, si fuérais una mujer dócil y razonable. El capitán de los esbirros, á pesar de sus cabellos grises, posee un corazón sensible, es soltero y rico, se fastidia de estar solo, sin alegría en su casa, sin hijos que puedan heredar sus *scudi* y sus bienes: la inocencia y la belleza de vuestra hija le han encantado, y si le enviárais á Fior d'Aliza con un cesto de higos y castañas á suplicarle que no dispusiese del árbol, no sería extraño que os complaciera, dejándoos el castaño y hasta restituyéndoos todos los bienes que formaban vuestro patrimonio. De vosotros depende vuestra fortuna, lo sé de cierto, porque no se niega nada á la esposa que da su corazón en cambio de un pedazo de tierra en la montaña. ¿Qué os parece mi

idea? Reflexionad, os doy de tiempo para decidiros todo el que tarde en desaparecer la sombra que proyecta esa rama.

## CXIV.

Magdalena quedó inmóvil, petrificada, muda, al escuchar aquellas palabras cuyo sentido malicioso comprendió desde luego. La idea de alejar á mi hija de la cabaña, la idea de separarla de Gerónimo, en cuya dulce compañía habia vivido siempre, la idea de desprenderse de esta alma pura y bienhechora que nos iluminaba como el sol todos los dias al reflejarse en nuestra ventana, llenó de indignacion á Magdalena.

—¡Dar yo mi Fior d'Aliza á cambio de cualquier beneficio por inmenso que sea! exclamó mi cuñada. ¡Ah! si ese es el precio que nos exige el cielo para librarnos del dolor con que nos amenazais, más vale que nos envíe á todos una muerte repentina, que suframos la suerte que espera á ese desventurado árbol. Antes morir mil veces que entregar nuestra hija á ese hombre insensible: aun cuando fuera el mismo príncipe de Luca, no tendria bastante con su ducado para indemnizar de esta pérdida á su tia, á su padre y á Gerónimo. Esto equivaldria á querernos comprar el aliento: al recibir el precio en que os lo vendiéramos, al entregaros lo que habriais comprado, moriríamos.



Y deshaciéndose en llanto, la vergüenza y el dolor se revelaban en su rostro al pensar que aquel hombre había tenido la audacia de dirigirle tan ofensiva proposición.

## CXV.

—La sombra ha desaparecido, dijo Calamayo, no hay tiempo que perder; y mirando con una cruel satisfacción á mi hermana, añadió: leñadores, ha llegado el momento, destruid el castaño.

Los leñadores levantaron sus hachas y yo las ví caer sobre el tronco, cerca de las raíces, produciendo un ruido sordo, como el de las paletas de tierra pedregosa que resonaron en mi oído al cubrir los ataúdes de mi hermano y de mi esposa cuando fuimos á enterrarlos hace trece años, allá arriba, en el cementerio de los Camáldulas. Los pedazos de corteza que se desprendían caían á nuestros piés, y todos perdimos la razón: nos parecía que cada golpe de las inexorables hachas se llevaba un pedazo de nuestros corazones.

Magdalena, Fior d'Aliza y yo, caímos en tierra y nos arrastramos de rodillas hácia el castaño para formarle una muralla con nuestras manos estendidas, estrechándole con nuestros brazos, con nuestros pechos, con nuestras bocas, como si hubiésemos tratado de librar de la muerte á un padre ó á una madre.

Los leñadores se detuvieron por temor de herirnos al asestar sus golpes al pobre árbol.

—Arrojad de ahí á esos miserables, exclamó el esbirro, á esos insensatos que se atreven á resistir á la justicia.

## CXVI.

Apenas pronunció estas palabras, cogió á Fior d'Aliza por un brazo y la derribó con su mano brutal, dejándola caer sobre una raíz que hirió una de sus sienes, tiñendo con algunas gotas de su sangre su mejilla y su hermoso cabello rubio: despues, auxiliado por dos leñadores de los más robustos, nos alejó á Magdalena y á mí del tronco del castaño.

Entretanto, mandaba á los muchachos que continuasen hendiendo el tronco, y las astillas y los pedazos de corteza alfombraban la tierra que pisaban aquellos desapiadados verdugos.

En nuestra triste situacion y medio desmayados, el ruido de los golpes que sufría el castaño nos parecían una cosa del otro mundo, y el pobre perro, el fiel Zampogna, que cesó de ladrar, lamia la sonrosada sangre que manchaba la sien de su desventurada ama.

—Mirad, caballero, segun dicen, todavía conserva la señal, añadió el ciego, buscando con su mano la frente de la jóven *sposa*.

## CXVII.

En aquel momento, continuó el pobre hombre, Gerónimo, que descendía de las alturas del convento de los Camáldulas cargado con un enorme haz de leña, oyó los ladridos de Zampogna, los hachazos de los leñadores y los angustiosos quejidos de su madre y de Fior d'Aliza; á través de los árboles vió á Calamayo y á los suyos que nos arrebatában con violencia el tronco del árbol y que nos arrojaban sin piedad sobre las piedras y las raíces regadas con la sangre del rostro de su prima. Apenas se apercibió de lo que pasaba, arrojó el haz de leña para llegar más pronto á nuestro lado, y empuñando la azuela que le servía para cortar los matorrales con que alimentábamos el fuego de nuestro hogar, y colocándose entre el árbol y los leñadores con ademán amenazador los contuvo, obligándoles á retroceder agrupados en torno de Calamayo.

Su furor se aumentó al ver la sangre de su prima, y despues de saber lo que habia sucedido,

—¡Cobardes! ¡Miserables! exclamó dirigiéndose á Calamayo y á sus secuaces, no conseguiréis arrebatarnos este árbol sin matarme primero. El castaño es la vida de mi madre, de mi tío, de mi prima, de nuestros padres y de nuestros hijos: matadnos antes si quereis destruirlo; pero estad seguros de que no lo destruiréis mientras yo viva.

Apenas pronunció estas palabras se aproximó al castaño, y al descubrir la hendidura que los leñadores habian hecho en el tronco, lloró en silencio como se llora á la cabecera de un herido.

## CXVIII.

Aunque situados á una respetable distancia, entablaron Gerónimo y Calamayo un diálogo terrible y amenazador.

—Vosotros sois testigos, decia el segundo á los leñadores, de que ese jóven insensato se ha opuesto con violencia y á mano armada á la destruccion del árbol; por lo tanto, se ha resistido á la justicia. Cedemos á sus amenazas para no ensangrentar la cuestion; pero tomaremos acta de su delito y nos reservaremos el derecho de practicar en tiempo oportuno lo que hoy dejamos en suspenso para dar mayor fuerza á nuestra razon.

Despues de formular esta protesta se retiraron los leñadores con el esbirro, demostrándonos con sus miradas y con sus palabras que no tardarian en vengarse de nosotros. Mi pobre hermana colocó sobre sus rodillas la cabeza de Fior d'Aliza para curarle la herida, y Gerónimo fué al arroyuelo más cercano y nos trajo en el hueco que formó con sus manos algunas gotas de agua cristalina para lavar la lastimada sien de su prima.

Entónces fué cuando solos y reunidos los cuatro

lloramos como jamás habíamos llorado en nuestra vida. Gracias á la aparicion y al valor de Gerónimo habíamos quedado vencedores.

La hendidura del tronco no era mortal; con algunos cuidados podíamos devolverle la salud, pero no se nos ocultaba que tarde ó temprano volverian los esbirros á arrebatárnoslo, reduciéndonos á la más espantosa miseria y obligándonos á abandonar por falta de sustento el pobre nido que nos ofrecia nuestra querida montaña.

#### CXIX.

Mi hermana nos refirió todo lo que Calamayo le habia propuesto, y al oír Gerónimo los deseos del esbirro no pudo contener la cólera, aunque permaneció en silencio. Fior d'Aliza se puso pálida como la cera y se acercó convulsa y agitada á mi hermana como si presintiera un peligro y prócurase conjurarlo, guareciéndose en el regazo de su tia.

Yo por mi parte dejé reposar mi cabeza sobre mis manos y me vi perseguido por ideas tristísimas. ¡Ay! ¿por qué los señores de Luca nos habian descubierto en nuestra pobre cabaña? ¿por qué Fior d'Aliza los habia fascinado con su belleza?

## CXX.

Mis presentimientos eran harto fundados, caballero: sin embargo, nos dejaron algun tiempo tranquilos y como veis nos consagramos á cuidar el árbol. Nuestros deseos comenzaron á alimentar en nuestra alma la esperanza de que nos dejarían en paz, porque ¿á quién hacíamos mal nosotros desde nuestro retiro? Toda nuestra vida se reducía á respirar un aire puro, á amarnos y á vivir.

## CXXI.

Pero la pasion amorosa de un hombre acostumbrado á saciar todos sus deseos, no se extingue jamás, y el capitan de los esbirros no podia apartar de su imaginacion el rostro de mi sobrina. Aconsejado por Calamayo, su plan era condenarnos á la miseria, obligarnos á mendigar el pan por las calles de Luca, poner á Gerónimo en la necesidad de irse á las Marismas ó de buscar el sustento de cualquier otro modo perjudicial á su existencia y llevar á Fior d'Aliza á un convento para que la educasen como á una señorita y para que la complaciente superiora, de acuerdo con él, la preparase á fin de que en un dia más ó menos lejano llegase á ser su esposa.

El padre Hilario, que conocía el mundo, nos indicó que, en su concepto, estos eran los planes de nuestro cruel enemigo; pero ¿qué podíamos hacer nosotros para contrarrestarlos? Solo teníamos á nuestro lado á la Providencia, y hay ocasiones en la que esta madre cariñosa del hombre parece como que se oculta para ver hasta dónde llega la paciencia de los buenos y la perversidad de los malos. Por entónces se mostraba olvidada de nosotros.

## CXXII.

Un día, cuando menos lo esperábamos, las cabras se alejaron más de lo regular; Fior d'Aliza al notarlo envió al pequeño Zampogna para que las trajese á nuestras tierras; pero apenas atravesaron unas y otro el límite de los terrenos que nos pertenecian, se oyeron seis detonaciones y aparecieron tres esbirros dando voces y lanzándose furiosos sobre los animales.

La cabra que nos abastecía de leche quedó muerta en el campo sobre el cuerpo de uno de los cabritos que estaba criando; la otra, herida en el cuello, corrió instintivamente á guarecerse á los piés de su ama; el perro, con una pata rota, se arrastraba trabajosamente, y hasta mi pobre hija recibió algunos perdigonazos en los brazos.

Al verla herida, no pudo contener mi sobrino la indignacion, y apoderándose de la escopeta de su

padre que no habia sido descargada desde su muerte, se precipitó sobre los infames, tiró sobre ellos é hirió á uno de los tres, que á toda prisa se llevaron sus compañeros gritando al alejarse:

— Desgraciado, has tenido más acierto que nosotros; pero tú mismo has firmado tu sentencia al herir á nuestro sargento: este será el primero y el último crimen que cometes en tu vida.

### CXXIII.

Tan preocupados nos tenían las heridas de Fior d'Aliza, la muerte de nuestro pobre rebaño y la pierna rota del perro, mi único guía en la montaña, que no pensamos que aquellos hombres podian volver en mayor número para llevarnos presos. Gerónimo y Magdalena curaron á los heridos, y como veis el perrito sanó. Despues me ha acompañado muchas veces.

Un cojo, añadió sonriéndose y acariciando á Zampogna, es suficiente auxilio para un ciego, y al pronunciar estas palabras vi que asomaron á sus desiertos ojos dos lágrimas de compasion y de cariño hácia el pobre animal.

Despues prosiguió refiriendome los apuros de su misera situacion.

En medio de los peligros y de las escaseces á que se hallaban condenados aquellos infelices durante la noche que siguió al suceso que acababan de con-

tarme, todos velaron; solo Fior d'Aliza dormia con la tranquilidad del cordero que ha dejado algunos mechones de su lana entre los dientes del lobo.

## CXXIV.

Al dia siguiente fué necesario buscar el medio de librar á Gerónimo de las persecuciones de los esbirros.

—Es preciso que corras á ocultarte en el convento de los Camáldulas, le dijo su madre. El padre Hilario te abrirá la capilla en donde ha vivido hasta la edad de noventa años el bandido de San Stéphanó; es un asilo inviolable y los domingos irémos tu, Fior d'Aliza y yo despues de oír la misa á llevarte la muda y el alimento necesario para la semana.

—Bendita sea la idea, exclamé yo abrazando á Gerónimo que lloraba contemplando dormida á su prima!... Vamos, hijo mio, le dije, valor; es el único medio de salvar el peligro que nos amenaza. Y al hablar de este modo cogi el picaporte de la puerta de nuestra cabaña y trataba de animar á Gerónimo para que no perdiese tiempo, al mismo tiempo que contenia el dolor que aquella triste separacion me causaba y procuraba consolar á mi hermana, cuando se abrió la puerta, cediendo al empuje de unos cuantos soldados emboscados en torno de la cabaña, que arrojándome al suelo se lanzaron sobre Gerónimo, le tendieron en tierra y ligaron sus manos con las correas de sus fu-

siles. Despues colocaron una cadena á uno de sus piés y le levantaron del suelo á culatazos.

—Vamos, tunanté, le dijeron, te van á carear con tu victima, y de seguro que no echarás raíces en el calabozo que te espera. Y en cuanto á ti, pequeña culebra de brillantes escamas, despidete de tugarida, que no estarás en ella mucho tiempo: las religiosas de la casa de las novicias vendrán muy pronto á buscarte para darte una educacion ménos salvaje. Vosotros dos, añadieron dirigiéndose á mi hermana y á mí, no os apureis: en el ducado no faltan hospitales para los ciegos y las viudas pobres, ni tampoco un pedazo de tierra para que los caigais muertos.

## CXXV.

Despues de lanzarnos estos insultos se alejaron llevándose á Gerónimo. Su madre le llamaba con la desesperacion del dolor, se arrastraba sobre las piedras, pugnaba por seguirle, pero las fuerzas le faltaban.

La infeliz era más desgraciada que yo, porque al menos no me habian arrebatado á mi hija.

Ansioso de consuelo, volví arrastrándome á la cabaña, y á tientas busqué el sitio en don Fior d'Aliza habia caído desmayada al presenciar la terrible escena de que su primo habia sido victima.

No la hallé, pero sentí sus pasos, y como en otros

días mejores, me acerqué á ella para acariciar sus hermosos cabellos y recrearme en la felicidad que en medio de un dolor me habia otorgada la Providencia conservándome aquella idolatrada hija.

Pero al pasar mi mano sobre su cabeza, un frio glacial circuló por mis venas: sus cabellos habian desaparecido, su cabeza estaba completamente rapada, pasé instintivamente mi mano por su hombro y tenté el áspero roce del paño burdo de un colete como los que usan los *pifferari*; la llevé á su talle y percibí un cinturon de cuero; en una palabra, se habia transformado por completo vistiéndose con uno de los trajes de su primo.

## CXXVI.

Al comprender lo que pasaba no pude contener un grito de sorpresa y de horror: su tia acudió, y al verla, participando de mi emocion:

— ¡Desgraciada... qué has hecho! exclamamos los dos á un tiempo, en tanto que mi hija, turbada, ocultaba su rostro con los blondos cabellos que acababa de arrebatarse.

— Habla, ¡dinos lo que has hecho!

## CAPÍTULO V.

## CXXVII.

Pero al llegar aquí, justo será, caballero, añadió el buen hombre, que ella misma os refiera lo que pasó en su ánimo al verse separada de su primo, y los sucesos que ocurrieron despues en Luca en seis eternos meses.

Anímate, hija mia, que ese hermoso niño que duerme en su cuna, fruto de una noche mortal, te dé valor para recordar lo que te pido que nos refieras.

La jóven madre miró á su hijo y sonrió ante la imágen de su recuerdo, al mismo tiempo que asomaba á sus mejillas un tinte de pudor.

Despues nos refirió lo que verán mis lectores, sin

calor, sin exclamaciones, sin ruido, con la mayor naturalidad del mundo.

El crepúsculo que formaban las últimas luces del sol y las primeras sombras de la noche, favorecía su timidez.

El niño continuaba durmiendo, mientras que su bellísima madre nos contaba cómo había venido al mundo entre dos rocíos, uno de sangre y otro de lágrimas.

### CXXVIII.

—¿Debo decir á este caballero todo lo que pasó? preguntó inocentemente Fior d'Aliza.

—Si, respondió su tia: no es vergonzoso amarse cuando el amor se guarece en los protectores brazos de la virtud.

### CXXIX.

—Yo no sabia que estaba enamorada de Gerónimo, dijo Fior d'Aliza con rubor, ¿y cómo podía saberlo? Los dos éramos un solo ser: yo y él; él y yo: este era nuestro mundo. Para saber si se ama á una persona,

es necesario comparar lo que se experimenta por ella con lo que hace sentir al alma cualquiera otra. Como jamás nos habíamos separado y nadie se había interpuesto entre nosotros, ignorábamos que mi corazón había latido en su pecho y el suyo en el mio. Y esto era tan cierto, que aun ahora mismo, en este instante, Gerónimo está dentro de mí, le veo, le siento, le oigo y le hablo. Y esto le sucede á él tambien: creen sin duda que se halla solo encadenado al banco de su galera, y no es verdad; yo estoy con él y en él. Como el padre Hilario nos lo esplicaba cuando niños, dos ó tres no son á veces mas que uno. El amor á lo que parece es un misterio como los sacramentos.

Todo esto lo recuerdo para deciros que ni Gerónimo ni yo comprendimos que nos amábamos hasta el momento en que los esbirros llevándole á morir, nos demostraron que no podíamos respirar el uno sin el otro.

Unidos por fraternal cariño, llegué á los catorce años: hasta entonces nuestras miradas se encontraban á cada instante sin turbarnos, como el rayo del sol no turba el agua de la gruta cuando la mira á través de los matorrales que la rodean. Algunas veces nos mirábamos por broma hasta no poder más, pero el fuego no llegaba á nuestro corazón. Nuestras miradas eran purísimas como la Virgen.

## CXXX.

Sin embargo, algun tiempo antes de los tristes sucesos que mi buen padre ha referido, comencé sin saber por qué á no ser tan buena, tan cariñosa como de costumbre con el pobre muchacho. Evitaba su encuentro, temblaba cuando oia su voz ó sus pasos, me separaba lo menos posible de mi tia ó me alejaba á los parajes más solitarios con mis cabras y fijando mis ojos en los arroyuelos, miraba sin ver, de dia el agua trasparente, de noche el cielo. Me alegraba de que ignorase dónde estaba escondida y sentia que no viniese á sorprenderme: algunas veces lloraba sin explicarme la causa ó reia sin motivo, y cuando mi padre al notar mis rarezas se lamentaba, mi tia le decia: «No te inquietes, hermano, lo que tiene es natural. El pajarillo forma sus alas, el cordero sus dientes, el niño su corazon.» Y yo notaba que los dos se reian á hurtadillas.

## CXXXI.

Pero Gerónimo, que no comprendia mi cambio, mi silencio, mi alejamiento de él, parecia tambien sufrir la misma enfermedad que yo. No se atrevia á mirarme cara á cara, temblaba á mi contacto como

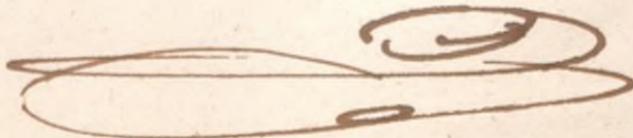
la hoja en el árbol al sople de la brisa; cuando nos hablábamos, involuntariamente bajábamos nuestros ojos, pero á pesar de todo, parecía que huíamos el uno del otro para buscarnos y que nos buscábamos para huir despues.

Por aquel tiempo, impulsada por la misma enfermedad que se habia apoderado de mi ánimo, procuraba al vestirme adornarme con más cuidado que nunca; y entonces fué cuando por la primera vez fijé mis miradas en un pedazo de espejo que habia colgado en la pared, y cuando al oir los elogios que hacian de mí los peregrinos, sentia el rubor asomarse á mis mejillas.

Sin embargo, Gerónimo no me queria mal, yo me convencí de ello cuando le ví lanzarse en mi socorro contra los infames que venian á robarnos la tranquilidad que disfrutábamos en nuestro retiro. Francamente, gocé al ver que corria la sangre por mis brazos, porque este triste suceso fué para mi alma lo mismo que una voz del cielo, que me despertó del letargo en que yacia.

Cuando se lo llevaron, mi corazon entero se iba con él, la cadena de hierro que oprimia sus miembros parecia que me arrastraba á mí tambien. No era una ilusion, sentia todo lo que os refiero, y levantándome del lecho, me dije: O matarán á dos personas, ó yo le libraré de las manos de sus verdugos.

Su ángel guardian habia entrado en mi alma y tomado mi figura.



## CXXXIII.

Impulsada por esta idea y viendo que mi traje era un obstáculo para llevarla á cabo, mutilé mis cabellos y vestí el traje de que os ha hablado ya mi pobre padre, trasformándome en uno de esos *pifferari* de los Abruzzos que recorren las ciudades sin que nadie les pregunte á dónde van ni de dónde vienen.

Gerónimo y yo habíamos aprendido á tocar la zampogna, y yo me decidí á aprovecharme de esta circunstancia para ganar el pan que habia de sustentarme hasta conseguir mi deseo. Además, si no lograba ver á mi primo, podía conseguir que me reconociese al oír mi zampogna, y vestida como sabeis, apenas penetraron por la rendija de la puerta de nuestra cabaña las primeras luces del alba, me resolví ausentarme, esperando que mi padre y mi tia, adormecidos en sus lágrimas, no se apercebirían de mi designio.

## CXXXIV.

Pero ellos no dormían y estaban sentados en silencio al claro resplandor de las estrellas sobre el banco contiguo á la puerta.

El ruido del picaporte hizo volver la cabeza á mi



tia, la cual me reconoció y lanzó un grito de sorpresa y de desesperacion que hizo dar á mi padre sin saber por qué, el mismo grito de espanto.

¡Dijole ella que yo huia! ¡y en qué traje! Arrojárse uno y otro con los brazos estendidos entre la puerta y el camino para retenerme y caí desmayada entre sus brazos.

Volviéronme á acostar en mi lecho en la cabaña, y cuando mi tia vió mis largos y hermosos cabellos cortados como el vellon de un cordero arrojados bajo sus piés junto á la cama, dió tales gritos que despertaron las cornejas en las ramas del castaño.

Todo se lo dijo á mi padre.

—¡Pero se ha vuèlto loca esta muchacha! exclamaron á la vez; ¿qué pretendias hacer destruyendo de ese modo tu cabellera y huyendo sin saber á dónde? Al abandonar á tu padre y á tu tia ¿sabes siquiera á dónde han llevado los esbirros á tu primo, y quieres que por un hijo que hemos perdido vayamos á perder tambien el único que Dios nos ha dejado?

#### CXXXV.

—Al verlos desesperados, y al oirlos les dije como se habla en el delirio de la fiebre, todo cuanto puede decirse cuando una ha perdido la razon y no escucha á los que combaten su locura con razones, caricias ó amenazas, que estaba decidida á realizar mi

plan; que si Gerónimo debía morir, era preciso que yo muriese con él, porque sentia que nuestras vidas no eran más que una sola; que si aun vivia, tendria necesidad de mí, y que si al fin era condenado á muerte, al menos hallaria consuelo teniendo á su lado á una hermana que recogeria su último suspiro. Dijeles además que debian dejarme llevar á cabo mi resolucion buena ó mala, asegurándoles que todas sus lágrimas, todos sus besos, todas sus palabras, nada conseguirian, y que si no me escapaba entonces, tal vez demasiado tarde, aprovecharia la primera ocasion, siendo útil al pobre Gerónimo.

## CXXXVI.

Al hablar así, luchaba por desasirme violentamente de los brazos de mi padre y de mi tia: sus sollozos y sus lágrimas debilitaban la resistencia que oponian á mis esfuerzos.

—Pues bien, pasarás por cima de mi cuerpo, exclamó mi padre, colocándose en medio de la puerta. Al ver á mi pobre padre ciego tendido en el umbral de la puerta, me faltaron las fuerzas. Creí cometer un sacrilegio y caí á mi vez de rodillas enlazando mis brazos á su cuerpo. Por su parte mi tia se precipitó con los cabellos en desórden sobre nosotros de modo que no formábamos los tres más que una sola masa viviente ó más bien moribunda, de la que

partian sollozos y suspiros ahogados por reconven-  
ciones y besos.

Hallábame vencida, señor, y pedia á Dios que me  
hiciese morir en aquel instante para todos mis pa-  
rientes, á fin de evitarme la horrible é imposible  
eleccion de abandonar á mi padre ó á mi tia ó de  
abandonar á mi querido y desgraciado Gerónimo,  
cuando una voz que parecia venir del cielo, inter-  
rumpiendo de repente el silencio de nuestros abra-  
zos, dijo con tono de autoridad á mi padre y á mi  
tia:

—«No resistais á Dios, que habla por el corazon  
de los inocentes; dejad á Fior d'Aliza seguir las hue-  
llas de su hermano: la proteccion de Dios la acom-  
pañará tal vez entre la muchedumbre, como acom-  
pañó á Sara en el desierto. Partid, hija mia, que yo  
cuidaré de los que quedan!»

#### CXXXVII.

A estas palabras que nos hicieron estremecer co-  
mo un trueno, nos levantamos todos tres del suelo y  
vimos delante en pié á nuestro único amigo en la  
tierra, el padre Hilario.

Puso este en el suelo sus alforjas, más llenas de  
provisiones que de costumbre, sacó de ellas pan,  
*caccia cavallo*, un frasco de vino de Luca, y dijo á  
mis ancianos padres:

—No os cuideis de cómo habeis de vivir durante

la ausencia de estos muchachos, que yo os traeré todas las semanas otro tanto: la limosna es la cosecha de los abandonados y no hago más que devolveros lo que tantas veces me habeis dado en vuestros días de abundancia: si mendigase para mí seria un ladrón del trabajo de los hombres, pero mendigando para vosotros solo seré una de las manos de Dios que recibe la limosna del corazón para llevarla á la boca y convertirla en vida.

#### CXXXVIII.

Refiriéronos entónces en pocas palabras que el rumor de los tiros del día anterior en los castaños, del degüello de nuestro ganado, de mis heridas en los dos brazos, de la muerte del esbirro y de la prision de Gerónimo, habia llegado hasta los Camáldulas de boca en boca de los pastores de San Stéphano; que al saber esta noticia habia creido que tendríamos necesidad de consuelo, y habia pedido al superior permiso para acudir en nuestro auxilio y tomar de sus alforjas lo preciso á fin de socorrer á una pobre familia privada del único apoyo que la sostenia en la tierra.

Añadió que se habia levantado mucho antes de amanecer á fin de llegar á la cabaña al mismo tiempo que se despertasen á la luz nuestros ojos, y á la desesperacion nuestros corazones.

Dijo, por último, que oculto en silencio detrás de

la puerta, habia oido todo, mi resolucion de seguir las huellas de Gerónimo como la sombra al cuerpo, y la resistencia de mi padre y de mi tia.

—Ese pensamiento, que es un pensamiento del corazon, dijo, hay que dejársele realizar, porque cuando la razon no sabe ya qué aconsejar á los hombres, deben oír la voz de su corazon; dejadla pues hablar en el grito de esa niña y que vaya en gracia de Dios á donde su corazon la arrastra.

## CXXXIX.

Mi padre y mi tia, convencidos ya por la violencia de mi resolucion y por la obstinacion de mi idea, no se atrevieron á resistir á la voz del hermano colector, que estaban habituados á considerar como una voz del cielo.

Me aproveché de su vacilacion para separarme nuevamente de sus brazos y para lanzarme, sin otra reflexion y sorda á sus gritos, por la senda que baja á la llanura.

## CXL.

Bajé primero como un remolino de hojas que el viento del invierno arrastra de precipicio en precipicio.

picio, sin otro sentimiento ni otra idea que la de acercarme á Gerónimo.

Luego, cuando dejé de oír los gritos de mi tía que me llamaba, á pesar de los esfuerzos del hermano, llegué á la orilla de la llanura dejándome caer sobre las malezas al ver casi agotadas las fuerzas de mi alma.

Allí, sin que nadie pudiera verme, enjugué mi frente, toda bañada de sudor, y mis ojos, oscurecidos con lágrimas, descansé un poco y me puse á reflexionar, ¡ay! demasiado tarde en lo que iba á hacer, completamente sola y perdida en las calles de la gran ciudad, cuyas campanas y formidables murmullos oía ya elevarse en los aires con el sol de la mañana.

¡Oh! ¡cuán grande era mi miedo, Dios mio, y qué pequeño sentía mi corazón dentro del pecho! Porque la soledad, los murmullos ó el silencio de los sitios solitarios y hasta el rugido de las fieras en los bosques, nunca me han causado miedo, pero la muchedumbre de una ciudad donde todos miran á una y nadie la conoce! donde hasta Dios parece perdernos de vista en la confusión de la muchedumbre; los rumores confusos y tumultuosos que salen, como choques de las hojas ó de las olas, de los hombres reunidos, yendo de aquí para allá sin hablarse, á donde su pensamiento desconocido los lleva, ¡oh! todo eso me ha hecho temblar siempre. Sin saber por qué, creo que el hombre es más pérfido que la noche, más terrible que el mar de Liorna sobre la roca de Meloría, más amedrentador que los sombríos

murmillos de los pinos en las tenebrosas montañas de los Camáldulas de Luca.

Pensé que no me atreveria á salir nunca de debajo del arco del puente sobre el cual oia ya las pisadas de los aldeanos que llevaban uvas ó higos al mercado, y sobre todo que jamás tendria valor para pasar por delante de los guardas de las puertas y entrar en la terrible ciudad.

Y cuando estés en ella, decia entre mí, ¿qué harás? ¿á dónde iras? ¿qué dirás? ¿A quién te atreverás á preguntar á dónde han conducido á tu primo y qué calabozo le guarda?

Y cuando te lo digan, ¿á quién te dirigirás para que te abra las puertas de su prision? Y dado que llegues á descubrirle y te conformes con vivir al pié de su calabozo, separado de él por la espesa muralla, por la doble verja de hierro, ¿quién te dará de comer entretanto, ni dónde hallarás, sin tener siquiera un bayoco, un asilo para reposar tu cabeza?

#### CXLI.

Todo esto asaltó por vez primera á mi pensamiento, y sentí penetrar el frio en la frente y en el corazon, no obstante que era un hermoso dia de otoño, como si un viento de nieve hubiera soplado por debajo del puente. Diéronme tentaciones de volver á la cabaña ó de quedarme allí sin dar un paso más,

para morirme de hambre en el seco lecho del torrente.

Ignoro el tiempo que permaneci en aquella angustia, pero cuando volví en mí, los rayos más prolongados del sol habian penetrado por debajo del arco, calentaban la arena, y reanimando mis fuerzas me devolvian al mismo tiempo el pensamiento y el valor.

No tienes que elegir, me dije á mí misma; Gerónimo está en Luca: allí está, para vivir ó para morir, y allí debes estar tú para vivir ó morir lo más cerca de él que Dios lo permita. Entra sin temblar en la ciudad. Al verte en ese traje y con la zampoña, que sabes tocar, debajo del brazo, todos te tomarán por el hijo de uno de esos *pifferari* que en la estacion de la Virgen de Setiembre van á dar serenatas á las Madonas de las encrucijadas y á las jóvenes prometidas bajo los balcones indicados secretamente por los amantes que les hacen la corte con el consentimiento de sus madres: las almas compasivas ó los corazones tiernos arrojarán algunos bayocos en mi sombrero, y con ellos tendré lo bastante para alimentarme de pan y de higos: las gradas de las iglesias ó los pórticos de las Madonas me servirán de cama por la noche, abrigada bajo la pesada capa de mi tio: porque he olvidado decirlo, señor, que habia hallado tambien en el cofre y llevado en el brazo la capa de piel de cabra parda que sirve de cama en el verano ó de manta en el invierno á los *pifferari*.

Viviendo así y hablando con uno y con otro, quizá algún alma caritativa llegará á decirme lo que ha sido de Gerónimo. Una desgracia como la suya debe hacer mucho ruido en el país, y cuando sepa dónde le han encerrado, bien sea en el calabozo ó en las galeras de Serra-vezza, acabaré con ayuda de Dios por hacer que él me vea ó me oiga. ¿Quién sabe si me dejarán hablarle y hasta sostener sus cadenas, para aliviarle en sus desgracias?

Cuando sepa que su hermana sufre con él sufrirá la mitad menos, porque un alma toma más de la mitad de los males de otra sobre la tierra como en el purgatorio. Ser compadecido, ser solo mirado por quien ama á uno, es estar medio aliviado. Sigamos adelante y confiemos en el ángel de la *Biblia*, que daba de comer á los leones en la fosa de Daniel para que no devorasen al inocente perseguido.

#### CXLII.

Hablando así entre mi, cogí la zampoña, la capa, y la garrocha de mi tío, y me aventuré á salir de debajo del arco del puente toda ruborizada, pero confortada al mismo tiempo.

Era el mediodia: nadie pasaba en aquel momento por el camino á causa del excesivo calor que hacia.

Luego que estuve sola en lo alto del puente, vi sobre el arco del centro un pilar labrado en forma

de nicho, donde brillaba una Madona toda cubierta de oro y plata, de flores de papel y de polvo tras de su verja; me sentí inspirada para caer de rodillas ante ella y toqué un cántico de las montañas, á fin de interesarla por mi suerte, y principalmente por la de Gerónimo. Dije para mí: nadie más que ella me ve y me oye y nadie me dará un triste bayoco ó un triste *carlino* (otra moneda popular en aquella parte de Italia): no voy por tanto á tocar para el mundo sino para ella sola, y me lo agradecerá más que si fuese por vanidad ó por interés.

#### CXLIII.

Entonces me arrodillé en el polvo del camino, sobre el primer escalon del palacio de su nicho, henchí de aire el pellejo de cabra, há tanto tiempo vacio y mudo, que trasmite el viento al caramillo, de donde sale convertido en música, segun se abren ó cierran más ágilmente con los dedos los agujeros de la flauta, y principié á tocar uno de los aires más amorosos y más devotos que habíamos compuesto Gerónimo y yo en una hermosa tarde de verano, á la orilla del agua bajo la gruta del prado.

Ese canto salia del instrumento como el agua que corria cadenciosamente y en susurros melodiosos del manantial oculto en el fondo de la cueva; luego se esparcia como el agua prisionera, en murmullos de paz y de contento entre los cañaverales; y por úl-

timo, imitaba, acabando con cinco ó seis notas sueltas y argentinas, el ruido de las gotas de rocío que caen por momentos de las hojas mojadas por la pequeña cascada en el recipiente y que la hacen cantar también. No se sabe si es para llorar ó para reír, pero ello es que cuando terminaba la estrofa se oía como un eco burlon, ese estribillo de notas insignificantes, pero gratas al oído, que parecían burlarse ó por lo menos jugar con el motivo tierno y religioso del canto de la zampoña: los tiroleses que pasaban en peregrinación á San Sthépano de los Camáldulas eran los que nos habían dado con sus rítornclos en acentos que iban apagándose gradualmente, la idea de ese canto vano y loco al final de nuestro aire de amor y de devoción, junto á las cascadas. Nuestro padre y nuestra tía habían quedado admirados al oírnos tocarlo en sus zampoñas.

—¡Vaya, vaya! decían: esto da ganas de llorar al principio y casi hace reír al fin: es un aire de muchachos que no pueden continuar serios hasta acabar, pero cuya sonrisa se confunde con sus lágrimas como el rayo de sol con la lluvia de la mañana.

#### CXLIV.

Pues bien, señor, este fué el primer canto que me inspiró la presencia de la Madona del puente: nunca los sonidos de la zampoña me habían parecido tan

gratos: parecíame que no era yo quien tocaba, sino un espíritu del cielo oculto en el pellejo que soplabá las notas y movía los dedos sobre la caña de siete agujeros del caramillo.

Si fuese yo la Madona, pensaba mientras estaba tocando, creo que me sentiría lisonjeada y enternecida al mismo tiempo. Mezclaba á ella suspiros y palabras por lo bajo en mi corazón, al mismo tiempo que tocaba, y todo iba bien mientras que el aire de la estrofa era sério, devoto y tierno como mi idea; pero al llegar al estribillo, cuando tuve que tocar el ritornelo alegre, animado y saltador, como el gilguero que canta ébrio de placer, al borde de su nido sobre las ramas, ¡oh! entonces, señor, apenas pude acabar, á pesar de la disonancia que en semejante caso resultaría, y á pesar del miedo de lastimar así los oídos de la Madona. Acabé, sin embargo, pero el caramillo se escapó de mis dedos á la última nota de alegría que hacía gran contraste con mi corazón: las lágrimas me cortaron el aliento: la zampoña se deshinchó bajo mi codo con un prolongado gemido, y rodé desmayada sobre el puente, sin mirar, sin ver, hasta que un carro tirado por cuatro bueyes, que conducía una boda de aldeanos, se paró delante de mí, según después me dijeron.

## CXLV.

Ignoro, señor, cuánto tiempo permanecí así desmayada de dolor delante de las grádas de la capillita en medio del puente y ante el nicho enverjado de la Madona. Cuando volví en mí, me hallé tendida en el polvo del camino al lado del puente; pero una linda aldeana, en traje de fiesta, inclinando su gracioso rostro sobre el mio, me daba aire en la frente con su abanico de papel verde esmaltado con lentejuelas de oro, y me hacía respirar, á falta de agua de olor, un gran ramo de flores de azahar que llevaba en la mano como una desposada campesina. Era tan hermoso su rostro, tan bello su traje, que al abrir los ojos creí que la Madona había bajado de su nicho ó de su paraiso para asistirme. Así es que me persigné como delante del Santo Sacramento cuando lo eleva el sacerdote en la misa y lo hace adorar á los cristianos de la montaña en medio de una nube de incienso al resplandor del sol de la mañana que se refleja en el cáliz.

## CXLVI.

Pero pronto conocí que me había equivocado, cuando un hermoso jóven de Lattochio, su desposado

ó su hermano, se quitó del hombro un frasco de coco, suspendido de su chaqueta por una cadenilla de plata, destapó el frasco y aplicándolo á mis labios, deslizó algunas gotas en mi boca, para reanimar mi corazón y devolverme la palabra.

Abri entonces los ojos enteramente, y ví en medio del puente delante de mí un magnífico carro de aldeanos ricos de la llanura del Cerchio, alrededor de Luca, cargado de gente moza, en trajes de boda y protegido contra los rayos del sol por un magnífico toldo de lienzo azul, sembrado de ramilletes de claveles, adormideras y margaritas de los trigos, con hermosas espigas barbudas y amarillas como el oro, y de racimos de uvas maduras como en vísperas de la vendimia.

Las macizas ruedas y los rayos del carro estaban guarnecidos de festones de ramaje en flor: en el fondo del carro, grande como el cuarto en que estamos, habia sillas, bancos, colchones, almohadas, almohadones, sobre los cuales estaban sentados ó recostados, como reyes, primero los padres y las madres de los desposados, los hermanos y las hermanas de las dos familias, luego los niños sobre las rodillas de las jóvenes madres, despues las ancianas de plateados cabellos que movian la cabeza sonriendo á los niños y á las niñas; toda esta gente se inclinaba con aire de curiosidad y de bondad hácia mí, para ver si el abanico de la hermosa desposada y las gotas de rosoli de su esposo devolvian el aliento á mi boca y el color á mis mejillas.

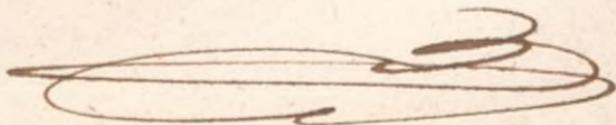
Dos grandes bueyes blancos, tan lustrosos como el

mármol de las estatuas que brillan en el Malecon de Pisa, estaban uncidos á la vara del carro: un vaquerito de quince años con su vara de caña en la mano, se hallaba en pié parado ante los corpulentos bueyes: quitábales las moscas de encima con una espesa rama de sáuce, y los cuernos relucientes de los animales y su yugo pulimentado, estaban enlazados con sarmientos de viña todavía verde, cuyos pámpanos y hojas barrian el polvo del camino. Las bestias miraban á derecha é izquierda con ojos dulces, como preguntando por qué los habian detenido, y de vez en cuando lanzaban mugidos profundos pero gozosos, como zampoñas vivientes que hubieran tocado por sí mismas un cántico de fiesta.

#### CXLVII.

Esto vi delante de mí al volver á abrir los ojos á la luz: los dos desposados me habian recostado contra el parapeto del puente á la sombra, y me miraban dulcemente bañados en lágrimas sus ojos: se veia bien que tenian compasion de mí y que esperaban para interrogarme á que hablara yo la primera, pero no me atrevia siquiera á levantar una mirada hácia aquella amable gente para manifestar mi gratitud.

—Esto es hambre, decia el desposado, y me ofrecia un pedazo de torta bendita que el cura de la aldea inmediata acababa de distribuir en la misa de



boda; pero yo no tenia hambre y apartaba la cabeza rehusando su agasajo.

—Es sed, decia el jóven vaquero trayéndome un poco de agua del Cerchio en una verde y fresca hoja.

—Es el sol, decia la bella *sposa*, y continuaba agitando mas de prisa su gran abanico de boda sobre mis cabellos bañados en sudor.

¡Ay! no me atrevia á decirles que no era hambre, ni sed, ni calor, sino pesar. ¿Qué les habria importado mi pena cruzándose á través de su alegría, como una ortiga en una guirnalda de rosas?

—¿No es verdad que el calor y el polvo del día son los que te han sorprendido en el camino, pobre niño, me dijo al fin la desposada, y que ya que la sombra del puente y el viento del abanico te han refrescado te sientes mejor? Bien se vé en los frescos colores que han vuelto á teñir tus mejillas.

—Sí, *sposa*, respondí cen voz tímida; ha sido efecto del calor, del largo camino, del polvo y de la fatiga de tocar tantas sonatas al mediodía delante de los nichos de las Madonas en el camino de Luca.

—Bien os lo decia yo, repuso la jóven volviéndose con aire de satisfaccion hácia el desposado y hácia sus ancianos y jóvenes parientes que miraban conmovidos desde lo alto del carro.

—El muchacho está fatigado, dijeron todos, y es preciso hacerle sitio á la sombra del toldo dentro del carro. Es delgado y los bueyes son fuertes y están bien alimentados: no hay miedo de que su peso les fatigue, y puesto que va á Luca y nosotros tambien,

¿qué nos cuesta dejarle bajo la bóveda del baluarte?

—Sube, muchacho, dijo la desposada: es una bendicion de Dios hallar una ocasion de hacer la caridad á la puerta de la ciudad en un dia de boda y de alegría, como es este hermoso dia para nosotros.

—Sube, muchacho, dijo el desposado levantándome con sus robustos brazos y entregándome á su padre que estaba encima del carro.

—Sube, jóven pifferari, dijeron todos haciéndome sitio: no nos faltaba más que un músico, de que carecemos en la aldea, que tocase la zampoña delante del carro de boda al entrar en la ciudad y mientras paseamos por las calles á la vista de la muchedumbre gozosa, tú nos servirás de cantor luego que te hayas repuesto; y despues, cuando haya caido la tarde, harás bailar á la reunion en casa de la madre de la desposada, si sabes tambien aires de tarantela como sabes tocar aires religiosos.

Porque al acercarse al paso lento de los bueyes me habian oido mientras que tocaba las últimas notas de mi letania de dolor y de amor yo sola delante del nicho del puente.

#### CXLVIII.

A estas palabras todos me hicieron sitio en la parte delantera del carro junto á la vara, y me pusieron sobre las rodillas unos pedazos de torta de maiz sembrada de anises, otros, racimos de uvas, otros,

peras y naranjas. Procuré aparentar que comía por agradecimiento y por cortesía, pero los manjares permanecían entre mis dientes, y el jugo de las uvas, al refrescarme los labios, no me alegraba el estómago: sin embargo, repito hacia como si tuviese hambre y contento para no entristecer la boda.

### CXLIX.

En tanto que el carro caminaba al paso lento de los bueyes de las Marismas y que los dos desposados, sentados uno junto á otro bajo el toldo, hablaban en voz baja cogidos de las manos, el jóven vaquero, sentado cerca de mí sobre el travesaño delantero del carro detrás de los bueyes, miraba con sencilla curiosidad mi zampona y me preguntaba quién me había enseñado á tocar en mis pocos años sonatas tan melodiosas.

Me guardé bien de decirle que había sido un jóven primo mio llamado Gerónimo, de allí cerca, en la montaña de Luca: no quería mentir, pero les dejaba comprender que era uno de esos pifferari del país de los Abruzzos, donde los niños vienen al mundo ya músicos instruidos, como los hijuelos de los ruisiñores salen del nido dispuestos á cantar por las noches y provistos de notas que nunca se les han enseñado.

Maravillábase el muchacho de que siete agujeros en una caña, abiertos ó cerrados al capricho de los dedos, causaran tanto placer al oído y dijeran tantas

cosas al corazón, y se olvidaba de aguijar á sus bueyes que marchaban á su albedrío. Luego mostraba cierta satisfacción infantil en referirme á su vez particularidades de la boda que conducía á la ciudad y de los personajes que ocupaban detrás de nosotros el carro cubierto de lienzo y de hojas.

## CL.

—La primera, me decía, la primera que os vió desmayado á orillas del camino, es la hija del rico hacendado Claudio de Buon-Viri, que tiene un establo con diez bueyes como estos, grandes terrenos plantados de álamos unidos entre sí por guirnaldas de pámpanos que se vendimian con escaleras, é interpolados de trecho en trecho con numerosas moreras de redondas copas, cuyas hojas cojen las muchachas en canastillo, para proveer de alimento en el verano á los gusanos de seda. Somos siete hijos en la alquería y soy hermano del recién casado, el más joven de los varones; este es nuestro padre, aquella nuestra madre, esas muchachas son mis hermanas; aquellas dos mujeres dormidas en la trasera del carro son las dos abuelas, que han visto muchas bodas y muchos bautizos y muchos entierros en la familia, desde que ellas se casaron; aquellos otros hombres, jóvenes y ancianos, y aquellas mujeres que llevan frascos en la mano ó juegan á la *murra* sobre el colchón, son los parientes de la aldea de Buon-Viri, los tios, tias,

primos y primas nuestros: vienen con nosotros para acompañarnos y para regocijarse todo el día y toda la noche en nuestra compañía, para pasar el día de la boda en Luca en casa del *bargello* (el carcelero oficial de policía, en las antiguas ciudades de Italia); porque mirad, esa hermosa desposada, la *sposa* de mi hermano, no es ni más ni menos que la hija única del *bargello* de Luca: nuestras familias están emparentadas entre sí hace muchos años, según dice nuestra abuela, y ella es la que ha concertado este casamiento, porque es la madrina de la desposada, porque la muchacha será rica para nuestra clase y porque los dos recién casados se amaban, á lo que ella dice, desde el día en que la hija del *bargello*, niña entonces, vino por la primera vez á casa de su madrina á asistir con nosotros á la vendimia y á pisar cantando los racimos en los lagares con sus hermosos pies blancos, coloreados entonces con la espuma del vino.

¡Oh! cuántos frascos vaciarémos esta tarde en la comida del *bargello*, añadia, y con todo, no deja de ser singular que haya boda, festines, canto y baile en casa de un *bargello*, tan cerca de una cárcel donde se gime y se llora, porque la casa del *bargello* no es ni más ni ménos que una dependencia de la cárcel del ducado en Luca, y de la una á la otra se va por un subterráneo abovedado y por un gran patio rodeado de calabozos enverjados, donde no se oye más que el ruido de los eslabones que encadenan á los presos á su reja, como mis bueyes á su pesebre cuando los encierro en el establo.

## CLI.

Estas noticias del jóven vaquero que en un principio escuchaba con distraccion y frialdad, me hicieron sucesivamente estremecer, ruborizar y palidecer, cuando llegó á hablar de cárcel, de carcelero, de calabozos y de presos, porque me asaltó la idea de que la casa en que iba á festejarse aquella boda de aldea era quizá la misma en que habrian arrojado sobre la paja al pobre Gerónimo, y que acaso la Providencia me suministraria, por medio de mi desmayo de dolor sobre el camino y de aquel encuentro fortuito, una ocasion de tener noticias suyas, y quién sabe si hasta de llegarme á él.

¡Dios mío! dije entre mí, ¿habrá realizado la Madona del puente del Cerchio mis deseos por tan poca cosa? Y estrechaba sin que lo advirtiesen mi zampaña contra mi corazon, porque ella era la que tambien habia tocado la sonata que habia enternecido á la Virgen.

## CLII.

Nada dejé traslucir de lo que pasaba en mi interior, y continué interrogando sin afectacion al jóven

para sacar, si podía, algun indicio ó alguna esperanza de lo que se escapaba de sus labios.

Entretanto los bueyes seguian andando y á través del polvo del camino principiaban á divisarse en el fondo del horizonte las murallas grises de los baluartes de Luca, coronados de una larga fila de enormes tilos.

—¿Con que tu hermano, el desposado, le dije al vaquerillo, es labrador y ayudaba á su padre en las faenas del campo?

—¡Oh! no, repuso el muchacho; éramos bastante gente en la casa sin él para cuidar los animales y para servir de mozos de labranza á mi padre: mi hermano mayor habia entrado hace doce años como llavero de la cárcel en la casa del bargello: nuestra abuela lo habia querido así para que su ahijada, la hija del bargello y su nieto, mi hermano, tuviesen ocasion de verse todos los dias y de amarse; porque, ya os lo he dicho, á ella se le ha metido en la cabeza hacer ese casamiento, y las abuelas, que no tienen otra cosa que hacer en la casa, ven de lejos y mejor que los demás. El ojo de las casas es la vejez, á lo que dicen: los jóvenes no son más que los piés y las manos.

#### CLIII.

—¿Pero despues de la boda se quedarán tu hermano y tu cuñada en esa cárcel en casa de los padres de la esposa?

—¡Oh! no, respondió el muchacho; se vuelven á su casa, y nuestro padre, que empieza ya á fatigarse del arado, entregará á mi hermano, ya casado, el ganado y la labor; únicamente se reserva los gusanos de seda, porque estos animalillos dejan más utilidad con menos trabajo. Ellos hilan por sí solos con tal que los muchachos y las ancianas les lleven cuatro veces al día las hojas de morera en sus delantales y se les cambie con frecuencia el verde mantel sobre la mesa como á jóvenes obreros delicados que prefieren el aseo á los manjares.

—¿Y quién reemplazará á tu hermano, el llavero de la cárcel, con los presos en casa del bargello?

—¡Oh! eso sí que no lo sé, dijo el muchacho. ¡Ojalá fuera yo, porque dicen que es un bonito empleo, merced al cual se gana honradamente la vida, y se está en disposición de prestar muchos servicios á las mujeres, madres é hijas de esos pobres presos.

#### CLIV.

Un relámpago cruzó por mi imaginacion, y tuve que llevar las manos al pecho para contener los violentos latidos de mi corazón. ¡Misericordia! dije entre mí; ¡si la mujer del bargello y su marido que están ahí detras de mí en el carro, no hubiesen encontrado todavía mozo para reemplazar á su yerno, y llegaran á fijar sus ojos en mí y á aceptarme como llavero en el puesto de su yerno! Mejor querría ese

destino que el del duque de Luca en su palacio de mármol y oro.

Pero este era un loco pensamiento y lo deseché como una tentacion del demonio; sin embargo, á pesar mio, procuré agradar á la desposada, á su madre y á su padre, que habian sido caritativos conmigo, mostrándoles más respeto que á los demás y sacando de mi zampoña, cuando me rogaran que tocase, las más delicadas sonatas.

## CLV.

No tardaron en rogármelo, señor: llegábamos ya á las puertas de la ciudad. Es costumbre en el pais de Luca, cuando la boda de aldeanos es rica y la familia respetada, que un músico, bien toque el pífano ó el violín, el oboe caramillo, ó la pandereta, vaya de pié en la delantera del carro de bueyes, tocando alboradas, ó marchas, ó tarantelas alegres, en honor de los recién casados y de los asistentes.

—Nuestro ángel bueno nos ha favorecido mucho esta mañana, dijo la buena mujer del bargello, pues nos ha hecho encontrar en el puente un jóven músico de los Abruzzos, tal que no podríamos haber hallado ni por cincuenta carlinos otro tan hábil y complaciente en la ciudad de Luca, escépto entre los músicos del duque.

—Vamos, muchacho, dijeron todos ratificando lo que decia la buena madre con una señal afirmativa,

haz los honores á la desposada y á su familia, hincha la zampoña y que se acuerden en Luca de la boda de la hija del bargello.

## CLVI.

Obedecí y henchí la zampoña buscando bajo mis trémulos dedos, los aires de marcha del regreso de las peregrinaciones de verano en las Marismas, las canciones de partida de los segadores que salen de Córcega por las barcas de Liorna, los himnos para las procesiones y los *Te-Deum* en San Stéphano, las barcarolas de Venecia ó las tarantelas de la isla de Ischia á la claridad de la luna que tantas veces habia tocado yo bajo los castaños los domingos por la tarde con Gerónimo, y que me parecian los más propios para regocijar la boda y detener á los transeuntes.

La familia del bargello era muy querida entre las gentes de las tiendas y de las plazas de Luca, porque el bargello, encargado de las cárceles, á pesar de lo penoso de sus deberes, era dulce y equitativo y tenia por su mismo empleo mil ocasiones de hacerse grato á unos á y otros.

¿Quién no ha tenido alguna vez en su vida algo que ver con la justicia ó la policia de un pais? Es preciso tener amigos en todas partes, hasta en la cárcel: ¿no es cierto, señor? Bien lo vi más tarde por mi misma en las galeras de Liorna. El que tiene la punta de

la cadena puede hacerla á su capricho pesada ó ligera.

El bargello y su mujer tenían un mal oficio, pero eran buenas gentes.

## CLVII.

Apiñábase á la puerta de la ciudad la multitud de sus amigos que salían de todas las tiendas y de todas las casas para festejarlos: las ventanas estaban llenas de mozas y mozos que arrojaban claveles encarnados á los piés de los bueyes, sobre el músico y sobre el carro: todos íbamos cubiertos de flores, y la gente batía palmas gritando: ¡Bravo, pifferaro!

A cada nueva tocata que salía de mis labios con variaciones improvisadas me sentía yo escitada, y creo que desde que toqué al pié de la Madona nunca lo habia hecho con tanta precision y soltura. ¡Oh! y es que hay una musa para los músicos, señor, y esta musa es la muchedumbre. Cuando se halla contenta, los músicos se sienten inspirados: así es que yo me fui superior á mí misma, estaba entusiasmada, loca; unos me ofrecían un frasco de vino ó una copa de rosoli, otros ataban un alelí á mi zampoña ó una cinta á mi ropilla para mostrarme su contento.

Cuando llegamos á la sombría puerta del bargello claveteada de hierro y muy inmediata á la enorme puerta de la cárcel y se pararon los bueyes, parecía yo una Madona de Loreto: apenas podía verse mi

traje á través de las cintas, de las coronas y de los ramos.

## CLVIII.

Hiciéronme entrar con toda clase de miramientos como si hubiese sido de la familia y de la boda. La mujer del bargello, su marido, los desposados me invitaron cortesmente á que me quedase, y á beber y comer á su mesa al lado del vaquerillo, su hermano, para que despues de la comida de boda tocase todos los aires de baile que me ocurriesen, á fin de que los convidados pasasen agradablemente la noche. No era esto fácil, señor, porque mientras que mi zampoña respiraba alegría, mi corazon lloraba amargamente. ¡Ay! ¿no es este el oficio de los artistas? Su arte canta y su corazon brota sangre. Vedlo en mí, señor: ¿no era un ejemplo de ello?

## CLIX.

Así se pasó, no obstante, una parte de la noche; los desposados parecian cansarse de la mesa y de la música, deseosos de volver á la aldea donde iban á residir. La mujer del bargello procuraba en vano prolongar la funcion para permanecer más tiempo al lado de su hija.

El vaquerillo volvió á uncir sus bueyes al carro florido, hubo besos y abrazos en los escalones de la cárcel y la comitiva se marchó sin mí, más triste de lo que habia venido por las sombrías calles de Luca.

## CLX.

— ¡Y tú, muchacho? me dijeron el bargello y su mujer: ¿dónde vas á recogerte en esta gran ciudad con la lluvia que está cayendo y el frio que hace? (porque durante el baile de la boda se habia formado una gran tempestad de otoño).

— No lo sé, respondi, aparentando indiferencia, pero en realidad bien inquieta de lo que pudieran contestarme. No lo sé, ni me da gran cuidado: sobran arcos desocupados delante de las casas y pórticos cubiertos delante de las iglesias de Luca: un escalon para tenderse, la capa para arroparse y la zampoña por almohada... ¿no es este el lecho y el mueblaje de los pobres hijos de la montaña? Os doy gracias por haberme alojado y dado de comer tan espléndidamente como lo habeis hecho durante todo un dia: Dios cuidará de proporcionarme abrigo por la noche.

Decia esto de lábios afuera, porque mi pensamiento era muy diferente y rogaba á mi ángel bueno que inspirase en favor mio al bargello y á su mujer.

## CLXI.

Hablábanse los dos á media voz en tanto que desmontaba yo mi zampoña y doblaba lentamente mi capa de piel de cabra como para marcharme. Tenian el aire indeciso de dos personas que se preguntan: ¿lo hacemos ó no lo hacemos? La mujer parecia decir sí, y el marido: haz lo que quieras, que tal vez tu idea sea la buena.

—Pues bien, me dijo súbitamente la mujer enterrecida, al paso que el marido apoyaba con una señal de cabeza lo que ella decia: no se dirá que hemos dejado al raso por la noche en un día tan solemne para nosotros á un pobre músico que tanto ha alegrado hoy esta casa. ¿A qué ir á buscar un abrigo bajo el pórtico de las iglesias con los vagabundos y mendigos, cuando tenemos allá arriba (y señaló á su marido la escalera tortuosa de una pequeña torre), el lecho vacío del llavero que va á Saltochio con nuestra hija?

—Es verdad, me dijo el bargello. Sube esa escalera hasta lo último, y á la derecha encontrarás un cuartito con una claraboya enrejada, por donde entra la luna hasta la cama del que es ya nuestro yerno, y dormirás bajo techado y en paz hasta mañana: antes de que te vayas á desempeñar tu oficio de músico por las calles y los caminos, ven á almorzar y te hablaremos, porque acaso tengamos algo que decirte.

—Sí, no faltes, hijo mio, añadió la buena mujer, que tendrémos algo que decirte mi marido y yo, porque me agrada tu cara de inocencia y sería lástima que una bola de nieve como esa fuese á rodar en el fango de los arroyos y á fundirse en algun albañal por falta de una mano que la recoja pura todavía.

—Bien dicho, mujer mia, añadió el bargello; muchos ha habido en esta cárcel que nunca hubieran entrado si hubiesen hallado algun alma compasiva en su camino en una noche de fiesta en Luca.

## CLXII.

La torre era elevada, estrecha, húmeda y agugereada á trechos por hendiduras en la espesa muralla, formando ojos para mirar la ciudad á vista de pájaro.

Era una de esas atalayas al aire libre que los antiguos señores de Luca ó jefes de faccion, tales como el célebre Castrucio Castracani, hacian construir en punto elevado para dominar, segun me dijo la mujer del bargello, los barrios de las facciones contrarias, y para ver más allá de los baluartes de Luca si los pisanos ó los florentinos se acercaban á la ciudad. Los escalones eran estrechos, y las murallas sólidas hubieran aplastado las balas de cañon.

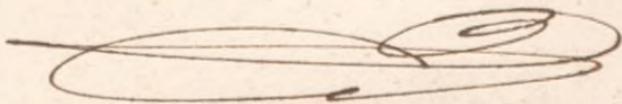
En lo más alto, precisamente, en el sitio en que las golondrinas fabrican sus nidos inaccesibles bajo las cornisas ó sobre las torrecillas, habia una puertecita

tan sumamente baja, que era preciso encorvarse para poder pasar por ella: estaba cerrada con un cerrojo grueso, y cubierta de cabezas de clavos, tallados en forma de diamante, que estaban tan frios como la nieve: se abría y se cerraba con un ruido hueco que resonaba de alto á bajo hasta el pié de la escalera de la torre. Dicese que habia servido en los antiguos tiempos para tener murado en aquel último piso de la torre á un prisionero de Estado á quien se habia querido privar de la vida sin ruido en aquel sepulcro en medio del aire, y que los goznes y cerrojos de la puerta conservaban el eco de sus desesperados gemidos.

Aquella torre del bargello formaba parte en otra época, segun dicen, de un palacio de una rama extinguida de los señores de Luca: habíasela convertido despues en prision de Estado y más adelante en cárcel para los reos comunes. Además separaba la casa del bargello del pequeño patio estrecho y profundo de la cárcel, del que los calabozos enrejados de los presos tomaban luz.

## CLXIII.

Descorrí el cerrojo, empujé la puerta y entré toda temblando en el cuartito iluminado durante el día por una gran tronera que un triple enverjado de hierro separaba del cielo: el viento que salió de la habitacion cuando abrí la puerta y unos murciéla-



gos que batieron sus alas contra las paredes, estuvieron á punto de apagar la luz que llevaba para alumbrarme.

Al entrar dirigí una mirada investigadora á cuanto me rodeaba: no habia más que una bóveda de piedra blanqueada con cal como las paredes, una cama muy limpia, un jarro de cobre lleno de agua clara y una silla de madera en que el llavero colocaba su ropa y su manojó de llaves al acostarse.

Hinquéme primero de rodillas ante una imagen de San Stéphanó, el santo de nuestras montañas, que se hallaba casualmente colgada en la pared. «Tú eres un protector inesperado que encuentro en mi abandono, le dije, tú me socorrerás, tú tendrás compasión de esta hija de la montaña nacida y criada á la sombra de tu convento.»

En seguida me acosté vestida en la cama, cubriéndome con mi capa de piel de cabra y colocando al lado de mi cabeza mi pobre zampoña fatigada, como si fuera un compañero viviente de mi soledad y de mi miseria.

Traté de cerrar los ojos para dormir, pero fué en vano; cuanto más cerraba mis párpados más personas y cosas veía dentro de mí misma que me causaban estremecimiento en el corazón y sobresalto en la cabeza; los esbirros saliendo detrás de los árboles y disparando cruelmente, á pesar de mis gritos, contra mi perro y mi pobre ganado; Gerónimo disparando á su vez contra los esbirros; el esbirro muerto al pié del árbol; Gerónimo sorprendido y encadenado, conducido por ellos al suplicio; mi pa-

dre ciego y mi tia desesperada estendiendo sus brazos en la noche para detenerle y no deteniendo más que su sombra; los jueces y un cadáver tendido delante de ellos; soldados cargando sus carabinas con balas de hierro en un cementerio, en el que una fosa abierta de antemano esperaba á un homicida condenado á muerte; luego dos ancianos espirando de miseria y de hambre al lado de su pobre perro herido en nuestra choza de la montaña; luego arroyos de lágrimas sobre manchas de sangre que anegaban todas mis ideas en un diluvio de angustias.

¿Cómo quereis que pudiera dormir, asaltada por semejantes pensamientos? Lo que hice fué abrir los ojos y orar y llorar toda la noche al pié de la cama, con mi frente sobre la zampoña y las manos pegadas á mi abrasada frente. Así permanecí hasta que un ruido singular, que jamás habia oído antes, subió del fondo del patio de la cárcel á la tronera que me servia de ventana, y me hizo ponerme en pié con sobresalto, como cuando se despierta de un mal sueño.

## CLXIV.

¿Y qué ruido era ese, me diréis que subía tan alto, hasta tus oídos á través de la claraboya de la torre? Era un ruido de hierros como si los removiesen en un granero ó en una cueva, un choque de gruesas anillas de metal que se arrastrasen por losas de

pedra, un roce de cadenas contra las paredes de una cárcel, y de vez en cuando los gemidos sordos y los ayes contenidos de presos que revolcándose sobre su paja y buscando el sueño como yo, no podían hallar más que el insomnio en sus remordimientos, en sus pensamientos y en sus lágrimas.

## CLXV.

Después de escuchar un momento traté de ver en el patio de alto á bajo á través de los triples hierros de las rejas entrelazadas á manera de serpientes que se ahogan abrazándose: nada pude ver, pero oí cada vez más distintamente los sacudimientos de las cadenas remachadas á los anillos de hierro.

Una idea me asaltó de pronto. ¡Si fuese él! ¡Si fuese el pobre inocente Gerónimo que los jueces hubiesen ya sumergido en la cárcel de Luca antes de saber si era culpable ó si solo había sido animoso para defender á su padre, á su tía, á mí!

## CLXVI.

¡Señor, decía entre mí, si fuese él, si Dios nos hubiese reunido al segundo día para socorrernos, ó para morir juntos al menos de un mismo golpe y de una misma muerte!

Pero no es posible: ¿y qué medio tendría de asegurarme? ¿Cómo saber si es él el que se atormenta allá abajo en la mansión de las fieras? ¿Cómo hacerle comprender sin vendernos uno á otro al oído de los otros presos ó del bargello, que estoy aquí, muy cerca de él, buscando los medios de aliviarle?

Mi voz no llegaría á esas profundidades; la suya no subiría hasta estas alturas; y luego, si quisiéramos hablarnos, todo el mundo oiría lo que nos dijésemos, y el bargello y su mujer, tan buenos conmigo, porque no me conocen, no dejarían de propalar quién soy y de arrojarme de su casa como una mujer perdida y mal disfrazada que intriga para unirse con su amante ó con su cómplice.

Y empezaba de nuevo á llorar, muda ante la tronera, por la que no veía ya más que la sombría y silenciosa noche. Unicamente los mochuelos batían allí sus alas, lanzando de vez en cuando chillidos de niño á quien despiertan.

No sé si me creeréis, señor; pero os aseguro que les tenía envidia; sí, hubiera querido ser ave nocturna para poder desplegar mis alas sobre aquel abismo y lanzar mis gritos libremente en aquel silencio.

#### CLXVII.

Yendo de un lado á otro de mi cuarto, puse sin saber cómo por casualidad, el pié sobre mi zampo-

ña, que se había escurrido de la cama al suelo, en el momento en que me levanté sobresaltada para ir á escuchar á la tronera.

La zampoña no estaba aun enteramente deshinchada del viento de la boda, y dió bajo mi pié un resto de sonido, ni alegre, ni triste, pero claro y penetrante, parecido á la reconvencion de un perro á quien se lastima, pisándole por descuido.

El grito me entristeció el corazón, pero me inspiró al punto una idea que no me hubiera ocurrido jamás sin él.

Alcé la zampoña con pesar y ternura como si le hubiese causado un mal voluntario hollándola con mi pié, la besé, la estreché bajo mi brazo como á una persona que vive y que siente, la hablé y le dije llorando: ¿Quieres servir á los que te han hecho? Tú que has procurado la subsistencia al padre, sé la salvacion de su infortunada hija.

No pareció sino que la zampoña me entendia, pues se hinchó como por sí misma al primer movimiento de mi brazo y el caramillo se halló, sin que pensara yo en ello, bajo mis dedos.

Acerqueme á la tronera abierta y dije entre mí: —Allí donde mi voz no llegaria jamás ó no podria llegar sin descubrir quién soy á los oidos del bargello y de sus presos, llegará por sí mismo el sonido penetrante de la zampoña, é irá á decir á Gerónimo, si está aquí y reconoce la sonata que él y yo hemos inventado y tocado solos: «¡Es Fior d'Aliza, no puede ser otra! Sin duda velan por ti allá arriba en la torre ó en alguna estrella del firmamento.»

## CLXVIII.

Entonces, señor, me puse á preludiar dulcemente algunas notas sueltas, y luego callé como para decir á los que no dormían: «Parad la atención, que aquí hay un pifferaro que va á dar una alborada á alguna Madona ó á algun santo de la capilla de la cárcel.»

Pero no fué así; no toqué alborada, ni letanía, ni serenata, que otros músicos ambulantes podían tocar tan bien como nosotros y que nada habrían dicho á Gerónimo.

Traté de recordar precisamente lo sonata que Gerónimo y yo habíamos compuesto juntos, poco á poco, nota tras nota, en nuestras tardes de verano bajo la gruta, y que imitaba unas veces el arrullo de las tórtolas en primavera sobre las ramas, otras los murmullos argentinos de las gotas de agua que caen de la canal en el recipiente de la roca, otras los suaves quejidos del viento de la noche, que penetra tamizándose entre las hojas de los juncos de la fuente, cortantes como el filo de la hoz de mi padre, otras el ruido de las fugas súbitas de las parejas de mirlos azules cuando se levantan de repente de los matorrales con chillidos vivos y precipitados, y para ir á posarse sobre el nido en que se aman y en el que callan para que no pueda ya descubrirseles bajo las hojas.

La sonata terminaba y volvía á principiar con cinco ó seis ligeros suspiros, uno triste y otro alegre, de modo que esto nada parecia significar absolutamente, y no obstante hacia meditar, llorar y callarse como en la adoracion del Santo Sacramento por la tarde, despues de las letanias en San Stéphano, en nuestra montaña, cuando el órgano resuena gozoso en la vaguedad del ambiente.

## CLXIX.

Podéis figuraros, padre mio, si tocaria bien aquella noche la sonata de *Fior d'Aliza y de Gerónimo* (porque este era el nombre con que habiamos bautizado aquella composicion).

Así la llamabais vosotrós tambien, cuando nos deciais á uno de los dos: «tocad, para que la oigan las cabras, la sonata que compusisteis.» Los cabritos brincaban de placer en la yerba y dejaban de pacer quedándose con la cabeza vuelta hácia nosotros para escuchar. ¡Pobres animales!

Toqué, pues, aquella sonata con tan buena memoria, como si acabásemos de componerla en la cárcel, y con tanto temblor como si nuestra vida ó nuestra muerte hubiese dependido de una nota olvidada en los agujeros de máfil del caramillo. Procuraba lanzar el sonido cuanto podia por la tronera para que descendiese hasta las profundidades del patio.

De vez en cuando me paraba para escuchar si el aire corría bien entre los muros que hacían del patio una especie de abismo de rocas, y para inquirir si algún otro ruido que el del eco de las notas revelaba la respiración de algún hombre entre aquel silencio sepulcral: luego, no oyendo más que el viento de la noche silvando en el abismo, volvía de nuevo á mi tarea. Cuando llegué á la especie de estribillo de suspiros entrecortados, alegres y tristes con que terminaba la sonata, dejando el alma indecisa entre la vida y la muerte, fui reteniendo el movimiento del aire y lancé esos tres ó cuatro suspiros como una niña en su balcón arroja una á una, ora una flor blanca desprendida de su ramillete, ora una flor oscura, y se inclina para verlas caer en la calle y cuál es la primera que cae sobre la cabeza de su amante.

## CLXX.

—¡Qué excelente poetisa hubiérais sido! esclame, al oír á aquella joven aldeana valerse sencillamente de una imagen tan encantadora para expresar su inesplicable ansiedad de amante.

—No os burleis, señor; digo lo que he visto tantas veces en las calles de Luca ó de Liorna, cuando un amante hace que los pifferari den una serenata á su novia.

—Y bien, repuse; luego que terminó la tocata ¿qué oísteis, pobre abandonada, al pié de la torre?

—¡Ay! nada, señor, nada absolutamente durante un momento que fué para mí un siglo de incertidumbre y de angustia. Y sin embargo, durante este corto período, que pareció tan largo á mi alma, no tuve siquiera tiempo de recobrar mi respiracion. Pero no es la respiracion la que mide el tiempo cuando se sufre y se espera, sino el corazon; el tiempo no está ya allí, lo que está es la eternidad.

## CLXXI.

—¡Qué hermosa filosofía la de esta pobre jóven que no sabe leer! dije esta vez en voz baja, para no interrumpir su interesante historia.

Fior d'Aliza no se apercibió siquiera de mi reflexion, entregada como estaba toda ella á la emocion que le causaban aquellos recuerdos.

—Anonadada por aquel silencio, lo único que respondía á la sonata que acababa de tocar á la ventura para interrogar la profundidad de los calabozos, ó para avisar á Gerónimo, si estaba allí, que Fior d'Aliza estaba allí tambien acordándose de él en su desgracia, dejé caer al suelo la zampoña y caí yo misma desalentada al pié de la tronera con los brazos enlazados á las barras de hierro de la ventana, sin sentir siquiera el frio de ellas.

Pero hé aquí, señor, que en el momento en que

mis rodillas tocaban el suelo, subió hasta la tronera un pesado ruido de cadenas; y una débil voz como la de un minero que habla á los vivos desde el fondo de un pozo, hizo oír distintamente, aunque muy por lo bajo, estas tres palabras separadas por largos intervalos: «*Fior d'Aliza, ¿sei tú?*» (¿Eres tú, Fior d'Aliza?)

¡Angeles del cielo! El era: la zampoña habia hecho el milagro de descubrirme su calabozo. Por toda respuesta cogí del suelo el instrumento, y toqué por segunda vez la sonata de Gerónimo y de Fior d'Aliza, pero con un compás más vivo, más animado, más alegre, con dedos que tenían fiebre y que comunicaban á los sonidos el delirio de mi contento por haber descubierto á mi primo.

## CLXXII.

Luego que acabé presté oído nuevamente, pero el día principiaba á deslizarse de lo alto de la torre en el patio oscuro: ruidos de puertas de hierro y de cerrojos que se abrían intimidaban sin duda al prisionero, el cual desde el fondo de su calabozo hacia resonar él mismo de intento sus cadenas unas contra otras, como para darme á entender, ya que no podía decirme con palabras: «Yo soy Gerónimo y estoy aquí entre cadenas.» La zampoña habia servido de medio de comunicacion entre nosotros.

Pero ¡ay! tía mia: ¿de qué me servia haber des-

cubierto dónde estaba y haberle enviado desde lo alto de la torre una voz familiar de nuestra montaña, si no tenía medio alguno para acercarme á él, consolarle, justificarle, salvarle de los esbirros sus enemigos, empeñados quizá en su muerte?

## CLXXIII.

Sin embargo, me postré de rodillas para dar gracias á Dios de haber podido oír al menos el ruido de sus cadenas: todo mi temor era que me alejasen en seguida del asilo que la casualidad me habia proporcionado la víspera: me habria dado por contenta con ser una de las piedras incrustadas en la muralla, á fin de que no pudieran nunca arrancarme de su lado. ¿Pero qué iba á ser de mí cuando despertasen el bargello y su mujer?

En el momento en que devoraba estas ansias del corazón en mi pensamiento, arrodillada delante de mi cama, con las manos unidas, muda y el rostro bañado en lágrimas, sepultada en la piel de la capa de mi padre, se abrió sin ruido la puerta del cuarto, como si la mano de un ángel la hubiera empujado y entró la mujer del bargello, creyendo que yo dormía aun.

Al verme así, vestida desde tan temprano y haciendo tan devotamente mi oracion (así lo creyó al menos), la buena mujer concibió, según después me dijo, mejor idea del pequeño pifferaro y más

viva compasion por mi aislamiento en la gran ciudad de Luca.

Levantéme toda confusa al ruido, y temblaba de que aquella mujer viniera á pedirme cuenta de la música con que habia turbado sin duda el sueño de los presos. Púsemc á buscar en mi pensamiento alguna respuesta aparente que darle y bajé los ojos como si temiera que leyese en ellos mi delito.

## CLXXIV.

Pero en vez de esto, padre mio, ni siquiera me habló de la música nocturna, creyendo sin duda que habia estudiado una sonata para la novena de Montenero (peregrinacion de marineros de la ciudad de Liorna), y con voz dulce y afable me preguntó qué pensaba hacer luego que saliese de su casa, si aun vivian mis padres, y si tenia alguna cuadrilla de pifferari ambulantes que me recogiese en Prato, en Pisa ó en Sienna, para conducirme á los Abruzzos, de donde parecia yo haber bajado con mi zampoña.

—No, le dije, mi padre está ciego y mi madre ha muerto; no pertenezco á ninguna cuadrilla de músicos de los Abruzzos ó de las Marismas, y únicamente procuro ganar por mí solo, de un modo ó de otro, pan para mi padre y mi tia, que no puede abandonar la casa en que cuida á su hermano.

## CLXXV.

Todo esto era muy cierto. Pero nada decia de mi país, ni del motivo que me habia hecho disfrazarme de hombre, ni de la muerte de un esbirro que habia ocasionado el encarcelamiento de mi primo.

La buena mujer, creyéndome realmente de los Abruzzos, no me preguntó siquiera el nombre de mi pueblo.

—¿No prefeririais, pobro niño, continuó diciéndome, entrar á servir en casa de unas buenas gentes, que vagar así por los caminos á riesgo de perder tu alma vendiendo tu aliento á los ociosos de las calles y plazas?

—¡Oh, y tanto como lo deseo! respondí poniéndome encarnada ante la idea de que iba á proponerme la plaza del yerno, que acababa de dejarla, y pensando en todas las ocasiones que tendria así de ver, oír y servir á quien buscaba.

—Pues bien, me dijo la mujer con más dulzura todavía y como si hablara á uno de sus hijos ¿tendriais repugnancia en servirnos á nosotros, porque somos carceleros de la cárcel del ducado, cuyo patio ves por esa ventana, y porque el mundo desprecia, bien injustamente á veces, á los que llevan el manajo de llaves al cinto para abrir ó cerrar las puertas de los malhechores ó de los inocentes?

—¡Oh! no por cierto, exclamé apadrinando con

calor su idea; nada temo que sea contrario á la honradez en el servicio de tan buenas gentes como vos y el señor bargello pareceis ser. Un carcelero no es un verdugo; es un centinela que puede ejecutar con rudeza ó con compasion la consigna del señor duque. No sentiré repugnancia en ver desgraciados, sobre todo, si, no faltando á mis deberes, pudiera aliviarlos de una parte de sus penas. Cuando estaba yo en casa de mis padres, no queria menos á mis cabras y á mis ovejas porque las abriese la puerta del establo por la mañana y se la cerrase despues de recogerlãs por la noche. Disponed, pues, de mí, como mejor os convenga, que obedeceré fielmente vuestras órdenes como si fuérais mi padre y mi madre.

## CLXXVI.

—¿Y el salario? me dijo la mujer, gozosa de ver que aceptaba su idea: ¿cuántos escudos de Luca quieres al año, además de tu alojamiento, alimento y vestidos, de que queda á nuestro cargo proveerte?

—¡Oh! en cuanto á mi salario, ya me daréis el que juzgueis que puedo ganar honradamente, cuando hayais visto para lo que puedo servir; con tal que mi padre y mi tia coman su pan además del que á mí me hubiérais de dar...

—Pues está dicho, dijo ella batiendo las palmas con júbilo: baja conmigo al postigo, donde te espera mi marido para enseñarte el oficio, y deja tu palo, tu

capóte y tu zampona en tu cuarto: necesitas ya otro traje y otras maneras. Pero tu rostro, añadió riendo y pasándome la mano por la mejilla para apartar á un lado los rubios rizos, tu rostro es demasiado suave para rostro de un llavero: será preciso que te hagas, no malo, pero sí grave y severo: veamos, pon un gesto algo adusto, aun cuando todavía no tienes pelo de barba.

—Perded cuidado, señora, le respondí poniéndome pálida de emocion, no reiré al cumplir con mi obligacion: no siento ganas de reir cuando veo la pena de otro, y además nunca he sido tentado de la risa, aun tocando, para los que rien, las sonatas festivas.

## CLXXVII.

Hablando así bajamos lentamente la escalera mal iluminada por troneras enrejadas, que daban unas al patio y otras á la hermosa campiña de Luca.

—Aquí tienes á tu llavero, dijo sonriendo á su marido y empujándome en medio de mi rubor delante del bargello, sentado entre dos postigos al pié de la escalera, delante de una gran mesa cargada de papeles y de manojos de llaves relucientes como la plata.

El bargello miraba tan pronto á su mujer con aire de gozo, tan pronto á mí con aire de duda:

—Esa cara no infundirá mucho miedo á mis presos, dijo sonriéndose: pero sea como quiera, nosotros

estamos encargados de custodiarlos y no de causarles miedo. Hay muchos inocentes entre ellos: no hay que alargarles su pedazo de pan y su vaso de agua en la punta de una barra de hierro: bastante amargo es sin eso el pan de la prision: ven, hijo mio, para que sepas lo que has de hacer todos los dias y te enseñe tu oficio.

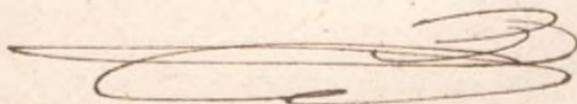
A estas palabras se levantó, sacó un manojo de llaves de un armario de hierro, y llamó con voz fuerte á un muchacho que iba y venia en una gran cocina al lado del postigo.

—¡Vamos, piccinino! le dijo: ya es la hora de que almuercen los presos: coge tu cesto y llévalos su racion.

## CLXXVIII.

El piccinino, que tenia ya preparada la provision en un inmenso canasto de junco lleno de pedazos de pan cortados, de *preseuito* y de *caccia cavallo* (jamon y queso para consumo del pueblo) y llevaba en la otra mano un cántaro de agua más grande que él, salió de la cocina y echó á andar detrás del bargello y de mí hácia la puerta claveteada del patio de los presos.

Llegábase á ella desde la habitacion del bargello por un ancho pasadizo subterráneo, donde resonaban las pisadas como un trueno, bajo nuestros bosques de pinos.





## CAPÍTULO VI.

---

### CLXXIX.

El bargello descorrió cerrojos, hizo girar llaves enormes en sus cerraduras, enseñándome cómo había de hacer para abrir la pequeña puerta baja practicada en la grande y cómo la había de cerrar antes de entrar en el patio para precaver cualquier sorpresa, y luego nos hallamos en el patio.

Era este enlosado y estaba cercado de una especie de claustro formado de arcos bajos: no había en él más que un pozo y á su lado un gran arteson de madera, en cuyas márgenes cinco ó seis parejas de hermosas palomas se estaban arrullando, como si la suerte hubiese querido por burla ofrecer aquella imagen de amor y de libertad en medio de las víctimas del cautiverio y del odio.

Bajo cada uno de los arcos que cercaban el patio se abría una gran ventana en forma de tronera se-

micircular por la parte superior, recta por la inferior, cerrada de abajo arriba y de uno á otro lado por barras de hierro que se ajustaban unas en otras cada vez que se encontraban de alto á bajo ó de izquierda á derecha, de modo que formaban un enverjado de pequeños cuadrados á través de los cuales podian pasar las manos, pero no la cabeza. Cada uno de esos calabozos era la mansion de un preso ó de su familia cuando aquel no estaba solo. Una pequeña muralla, á la altura de medio cuerpo en la que estaba soldada la reja, le servia para ponerse de codos sobre ella durante el dia á fin de respirar y contemplar el pozo y las palomas, ó para hablar de lejos con los presos de los otros calabozos que tenian enfrente.

## CLXXX.

Algunos de ellos disfrutaban de mayor holgura en sus calabozos y podian dar cuatro ó cinco pasos de pared á pared; los más criminales se hallaban sujetos á las argollas incrustadas en la pared, por cadenas que oprimian sus tobillos. La oscuridad de estas mazmorras no dejaba ver más que un cántaro de agua y un monton de paja seca que servia de lecho á los presos.

Comian sin mesa ni mantel, y pasaban el tiempo, unas veces silenciosos y pensativos, otras hablando ó cantando.

Cuando les llevaban la comida les hacian retirarse al fondo de su calabozo lo mismo que á las fieras,

dejando caer en medio una segunda reja. Después la levantaban y se apresuraban á devorar los escasos alimentos.

El carcelero me enteró de algunos detalles, diciéndome de paso, que la mayor parte de los criminales de Luca merecían más compasión que castigo, porque casi todos sus delitos habían sido ocasionados por el amor; y añadió que entonces solo había seis prisioneros, dos mujeres y cuatro hombres.

—Entre ellos, dijo, solo hay uno del que no hay que fiarse, porque ha muerto á traición á un esbirro en la montaña.

Al oírle sentí un temblor en todo mi cuerpo, palidecí, mis piernas flaqueaban, comprendiendo que se trataba de Gerónimo, pero el carcelero no notó mi emoción y prosiguió su relato.

#### CLXXXI.

Otro de los presos es un anciano de Luca que no tenía más que un hijo, sosten y consuelo de su ancianidad: la ley manda que cuando un padre está achacoso se libre su hijo del servicio militar, pero los médicos aseguraron que á pesar de su edad podía ganarse la vida trabajando; y como él lo que quería era salvar la vida de su hijo de los rigores de la guerra, apenas oyó la declaración de los médicos cogió un hacha, puso su mano izquierda sobre una mesa y se la cortó de un solo tajo.

Los jueces le condenaron, pero ¿quién será el padre que no le absuelva? ¿Quién será el hijo que no adore y venera á este criminal?

Las lágrimas asomaron á mis ojos al oír la historia de aquel infortunado preso.

## CLXXXII.

—La mujer que se halla en ese calabozo, añadió el carcelero señalando á una jóven vestida con traje de la montaña y que sostenía en sus brazos una hermosa criatura, pertenece á la raza de los bandidos de Siena, pero ella no tiene la culpa de haber nacido entre esos desalmados.

Querida de uno de ellos, á quien perseguían sin tregua los gendarmes, le hacía grandes servicios, le llevaba la comida á sus madrigueras, le consolaba, le servía de espía, en una palabra se sacrificaba por él á cada instante.

Un día en que estaban juntos guarecidos por un pliegue de la montaña, oyó ruido, se asomó por entre los matorrales y vió á los esbirros que se acercaban sin duda con el fin de sorprender á su amante.

Para salvarle le indicó un sendero que conducía al mar, se apoderó de su canana y de su carabina, colocó su sombrero calabrés sobre su hermosa cabeza, y comenzó á disparar contra los gendarmes asomando de cuando en cuando la punta de su sombre-

ro para que la confundiesen con el bandido y dar tiempo á su fuga.

Cuando le vió en salvo arrojó la canana, la escopeta y el sombrero á un barranco profundo, y se dejó prender por los esbirros sin oponer la menor resistencia. Avergonzados ellos de la mala pasada que les habia jugado la montañesa, la condujeron á Luca amarrada de piés y manos, y aunque los jueces la condenaron no pudieron menos de admirar su valor y el sacrificio que habia hecho por su amante.

Hace cinco años que habita en ese calabozo, y alimenta con su sangre y sus lágrimas á ese pequeño bandido que nació aquí cinco meses despues de su cautiverio.

Respeto y compasion me inspiró la infeliz.

### CLXXXIII.

—Ese otro, continuó el carcelero, está ahí por haber cazado en el bosque de monseñor el duque, pero fué para llevar alimento á su esposa que se hallaba estenuada, y aunque el duque le tiene aquí con el objeto de dar ejemplo á los demás, envia recursos á su mujer para que no perezca.

## CLXXXIV.

En cuanto á ese otro que ves ahí, añadió señalándome á un jóven que por su traje parecia un galcote de Liorna, no saldrá tan pronto de su calabozo como los demás. Segun mis noticias, es dos veces criminal, y desde muy temprana edad se hallaba unido por el nada agradable lazo de una cadena á un viejo galeote.

Este tal tenia una hija en Liorna que era lavandera, y que con su cara de cielo podia dar envidia á muchas jóvenes en mejor posicion que la pobre muchacha. La infeliz procuraba á su padre todo cuanto le era dado para aliviar su triste situacion, y como siempre que le veia se encontraban sus miradas con las del jóven consorte del viejo, y como este á su vez secundaba sus filiales deseos, llegaron uno y otro á apasionarse de tal modo, que cuando el anciano murió, temerosa ella de que diesen á su amante un mal compañero, se valió de cuantos medios son imaginables para romper sus cadenas.

Lograron verse libres, pero su libertad duró muy poco: sorprendidos por la justicia, él fué encadenado de nuevo y vigilado con más rigor que nunca y ella sepultada en un convento, del que Dios sabe cuándo saldrá.

## CLXXXV.

Proseguimos nuestra exploración, y al llegar cerca del último calabozo, que era el triste recinto donde Gerónimo se hallaba:

—Aquí, me dijo, hay un preso que no inspira á nadie compasion ni interés. Como una fiera de la montaña mató á un esbirro de la guardia del duque é hirió á dos más. Y sin embargo, nadie lo diría al ver su hermoso rostro, pero en él la bondad no es otra cosa más que la máscara de un corazón de tigre. No le hablemos, ni te acerques jamás á él, usa siempre de grandes precauciones para entrar en su calabozo.

## CLXXXVI.

Al decir esto volvió pies atrás, y yo me alegré, porque, ¿qué hubiera sido de nosotros al reconocerlos? Solo la idea de que se hallaba cerca de mí, debilitó mis fuerzas, mis piernas flaquearon y sentí en mí alma una angustia mortal.

El carcelero volvió á su puesto y su complaciente mujer me indicó todo lo que tenía que hacer: mis faenas se reducían á ayudar á la cocinera, á sacar agua del pozo, á barrer las escaleras y el patio, á dar

de comer á los perros y á las palomas y á distribuir el alimento á los presos.

La buena mujer me encargó á su vez que me guardase de Gerónimo, pintándome con terribles colores su ferocidad, y al mismo tiempo creyendo tranquilizarme, añadió:

—Pero ese mónstruo no nos dará mucho que hacer, los esbirros le han acusado, nadie le ha defendido, y muy en breve dictará el tribunal su sentencia de muerte.

—¡Su sentencia de muerte! exclamé yo sin poder contener la profunda y dolorosa impresion que sus palabras me habian causado. Pero reponiéndome en seguida añadí:

—Sin embargo, me parece demasiado jóven para morir.

—Jóven es, ciertamente, me respondió, pero tambien lo era cuando mató al esbirro, y con sus depravados instintos, si no le cortan el vuelo de raiz, su vida costará muchas vidas.

—Teneis razon, repuse bajando la cabeza para que no descubriese la emocion de mi alma en sus miradas. Pero ¿se sabe de fijo si es inocente ó criminal?

—Hasta la noche no se sabrá de cierto.

Ya comprenderéis, caballero, lo que pasaria por mí, luchando entre el temor y la esperanza; aquel me horrorizaba y esta me sonreia; buscaba medios para librarle de la prision y de la muerte; confiaba en la Providencia.... mi vida era un martirio; pero si le salvaba, ¿qué me importaban mis sufrimientos?

## CLXXXVII.

La voz del piccinino vino á sacarme de mi meditacion para avisarme que ya era hora de dar de comer á los perros y á las palomas y de cambiar el agua de los cántaros de los presos.

—Bien está, le dije; pero la cuerda del pozo es demasiado dura para tus manecitas; tampoco puedes ayudarme en las demás faenas sin fatigarte. Quédate en el vestibulo del claustro, guarda la puerta exterior y avisame cuando se acerquen el carcelero ó su mujer. Verás cómo de este modo te ahorro trabajos superiores á tus débiles fuerzas.

—No tengais cuidado por los amos, dijo el chico, en todo el dia no os llamarán. Además han salido para ir al tribunal, donde se han reunido los jueces con el fin de juzgar á ese terrible montañés que tenemos encerrado en el último calabozo. Como mañana deben llevarlo al interrogatorio, hasta tomar las órdenes no volverán.

## CLXXXVIII.

Despues de separarme del muchacho comencé mi tarca, y como el carcelero me habia contado la historia de los presos, al acercarme á cada uno de ellos

los traté con bondad, para encontrar al menos simpatía en aquellos desgraciados y aliviar sus pesares, porque solo los que sufren saben ser compasivos.

Llegó por fin su turno á Gerónimo, pero á medida que me aproximaba á su encierro sentía que mis piernas flaqueaban; la idea sola de nuestra primera entrevista me causaba una emocion inesplicable; mi corazon y mis sienes latian con violencia; de pronto se turbó mi vista, quise avanzar y no pude, caí desmayada y el cántaro y las llaves que llevaba en las manos produjeron al chocar con las losas un estrépito, que resonando en el fondo de mi alma, me recordó mi situacion y me dió nuevos ánimos.

Los presos creyeron que me habia resbalado y apenas hicieron caso de mi caída. Aprovechando esta circunstancia, volví á tomar otro cántaro nuevo, y comprendiendo que necesitaba preparar á Gerónimo para quitar intensidad á su sorpresa, subí á mi cuarto, tomé la zampoña, y tratando de prevenir á mi infantil camarada, le dije que habiendo terminado mis faenas me iba al patio á tocar algunos aires de la montaña con el fin de distraer mis ocios y de alegrar un poco á los pobres encarcelados.

#### CLXXXVIII.

El muchacho me creyó de buena fé, y volví al patio. Mi plan fué ir poco á poco despertando la idea en la mente de Gerónimo de nuestra proximidad,

para llegar á su alma con la música y despues á sus brazos.

Todo me salió á las mil maravillas: mientras que los demás presos se asomaban á las rejas y me daban gracias por la distraccion que les proporcionaba, él no salia. Cuando ya pudo haber presumido que estaba cerca de él, me detuve no lejos de su calabozo y toqué uno de los aires que solo los dos sabiamos; despues, obedeciendo las instrucciones que me habian dado, levanté la primera reja, avancé hácia el sitio donde estaba indicándole con el dedo que callase, y á través de los hierros de la segunda reja nos estrechamos en nuestros brazos con una efusion que solo puede sentirse, no expresarse.

Pasado el primer momento, cuando vió mis cabellos mutilados, el sombrero calabrés en mi cabeza, el traje con que habia disfrazado mi sexo, pareció asombrarse y retrocedió como receloso de haber caido en una emboscada. Es verdad que su calabozo estaba tan oscuro que no era extraño; pero yo al notar su recelo:

—Cómo! le dije, ¿no reconoces ya á Fior d'Aliza? Soy yo, tu hermana, tu padre, tu tia, todos los seres que te aman, que encarnados en mí vienen á tu sepulcro para arrancarte de las garras de la muerte á costa de su vida, ó al menos para morir contigo si tú mueres.

## CXC.

Mi voz disipó sus dudas y por un momento permanecimos los dos silenciosos, embriagados en un sueño de amor y de felicidad; pero nuestro silencio era más elocuente que lo que debíamos decirnos.

Aun hubiéramos permanecido en el mismo estado si su voz, que conmovió las fibras de mi alma, como si una música celestial viniese á adormecer mis sentidos, no hubiese puesto fin á la emocion de que nos hallábamos poseidos.

—¿Cómo te hallas aquí, alma mia? ¿Qué significa ese vestido de hombre con que te has disfrazado y esa zampoña que he oído la noche anterior desde lo alto de los cielos y que ha penetrado en este momento como un recuerdo, como una consoladora esperanza, por mi claraboya? ¿Qué hace el padre? ¿qué es de la tia? ¿ha muerto el perro? ¿qué motivo te obliga á abandonarles y á tomar ese disfraz para seguirme?

Entónces ya no vacilé en decirle que habia tomado los vestidos y la zampoña de mi padre para librarme de la persecucion y del peligro que amenaza á una jóven cuando se encuentra completamente sola; que habia presentido que la prision era el sitio más oportuno para encontrar á mi hermano prisionero, que habia tocado la zampoña durante el cami-

no con el objeto de hacerle conocer que yo no estaba lejos y que aun existia en el mundo una persona que velaba y que tomaba interés por él, que se juzgaba enteramente abandonado en su oscuro calabozo, en una palabra, le referi toda mi historia para calmar la impaciencia que le dominaba.

## CXCI.

Una expresion de júbilo y de sorpresa iluminó su semblante al escuchar mis palabras, y dos gruesas lágrimas circularon por sus mejillas; pero cuando le indiqué mi idea de ganar cuanto antes la confianza del carcelero, sustraer la gruesa llave de la cárcel, de procurarme una lima para que pudiera romper sus cadenas y recobrar su libertad perdida, de abrirle yo misma las dos puertas del calabozo:

—¡Oh! ¡eso nunca, nunca! exclamó:—no quiero recobrar la libertad á costa de tamaño sacrificio. No, no, yo soy capaz de morir mil veces si se me imputase un falso crimen; pero no puedo consentir que un delito que yo mismo haya cometido, recaiga sobre las personas que más amo en el mundo. ¿No comprendes que si por ese medio me salvase, vosotros espiaríais mi culpa, y esto me costaria la vida?

Yo no pude menos de considerar que llevaba razon, y que en su lugar hubiera yo hecho lo mismo; pero una pobre niña de las montañas, enamorada y

afligida, no piensa más que en el objeto por quien muere de amor; en aquel momento yo no pensaba en el peligro que me amenazaba á mí y á vosotros igualmente; perdonadme si os digo que tan solo el pobre Gerónimo embargaba mi imaginacion.

## CXCI.

Despues de haber hablado tiernamente á través de las rejas del calabozo, dieron las tres, anunciándonos que era ya tiempo de que nos separásemos para evitar que el carcelero nos sorprendiera.

En aquella ocasion, á pesar de nuestro silencio, de nuestra ignorancia, no pudimos menos de confesar que nos amábamos mútuamente y que la muerte del uno causaria la del otro.

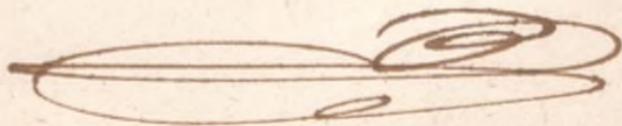
Mis mejillas adquirieron el tinte de la rosa al decirle lo que sentia mi alma, su voz temblaba al confesarme por la primera vez que yo sola habia infundido en su corazon un sentimiento, un ensueño de esperanza, de felicidad, de gloria; que nada habia osado decir á su madre ni á su tio acerca de la ansiedad que sentia para que nos casasen en San Stéphano, porque el silencio, la tristeza, y sobre todo la asiduidad con que yo iba alejándome de él, por espacio de algunos meses, le hicieron dudar en mi resolucion al pedirme como esposa ante Dios. Dijome además que ya no se condolia de la situacion en que se encontraba, puesto que su desgracia me habia impulsado á revelarle el secreto de mi corazon.

Mi corazón palpitaba lleno de emoción, de dicha, atestiguada por las consoladoras lágrimas que se deslizaban de mis mejillas.

## CXCIII.

Cuando resonaron los tres golpes de martillo en el reloj del patio, cerré apresuradamente la reja, cogí la zampoña y fui á sentarme sobre las gradas del claustro y del patio, y para que ninguno de los prisioneros notase la alteración de mi semblante, fingí haberme dormido al pié de un pilar, y entoné algunos aires de mi país con la zampoña, como para pasar el tiempo, que por cierto no eran nada tristes. La felicidad que experimentaba al saber que era dueña de su amor, traspasaba los dolores que traen consigo prisiones, rejas, cadenas, todo, en fin; la zampoña parecía delirar al contacto de mis dedos, y las notas que dejaba escapar parecían gritar de alegría, y yo no podía menos de esclamar para mí: él me oye, y esta especie de delirio es un lenguaje que le revela lo que mis labios no han acabado aun de confesarle.

Los prisioneros se agarraban á las claraboyas y pensaban quizás que yo estaba sumergida en un exceso de locura. Las palomas batían las alas como estasiadas de oírme; se miraban, se alisaban las plumas y parecían decirse. Ved ahí una que está tan enamorada como nosotras.





## CAPITULO VII.

---

### CXCIV.

Y ahora que hablo de palomas, tía, al separarme de Gerónimo me asaltó la idea de servirme de ellas como nuestras mensajeras desde la torre al calabozo y del calabozo á mi habitacion, é hice partícipe á mi primo de lo que pensaba hacer.

—Procúrate, le dije, todas las mañanas un poco de miga de pan y pónlo en el borde del muro donde tú sueles apoyarte algunas veces para contemplar el sol cuando vá ocultándose poco á poco tras los lejanos montes; la más atrevida de las palomas vendrá á picar entre los hierros y despues en tu mano; tú la prodigarás algunas caricias, y ella no tardará en cobrarte la amistad que todas las bestias sienten por naturaleza por el hombre que no le hace daño; la llevarás á tu seno y se dejará hacer todo lo que quieras; yo, por mi parte, voy á coger una y á lle-

varla conmigo á mi cuarto; durante una ó dos horas impediré que alce su vuelo; la pondré maiz azucarado en el borde de mi ventana y la dejaré en seguida que vaya á reunirse con sus compañeras al patio; tú la reconocerás por el hilo azul con que habré ensortijado sus patitas y la escogerás entre todas; al cabo de dos ó tres días verás como va á visitarte y que á cada momento remontará su vuelo desde la claraboya á mi torre, para descender despues de mi torre á tu calabozo.

Cuando el hilo sea blanco, encarnado ó azul, querrá decir: ¡Buena noticia! Si por el contrario es negro, significará: ¡Temblemos y oremos! Tú tambien le pondrás un hilo en la pata para decirme: Pienso en tí, te he comprendido, estoy contento ó desconsolado. Gracias á este mensajero podremos saber á cada instante lo que se produce en nuestros corazones ó en nuestra suerte, sin que la presencia del carcelero puedan impedir nuestras confidencias.

#### CXCV.

Cuando el carcelero vino del tribunal y oyó el sonido de mi zampoña en el patio, se acercó á mí y me dijo:

—Muy bien, hijo mio; satisfecho estoy de ver que mi prision es alegre, y que mis prisioneros gozan de los plácidos momentos que Dios les con-

cede, despues de haberles dado tantos dias de infortunio.

—¡Alegre!... no estará por mucho tiempo, continuó diciendo en voz baja y como hablando consigo mismo.

Una mortal palidez cubrió mi rostro, porque una terrible sospecha cruzó por mi imaginacion. Procuré dominar mi sensacion, y esperé á que el carcelero abandonase la prision con el objeto de interrogar, si posible fuera, á su bondadosa mujer.

La encontré en la cocina, á donde me dirigí á buscar las provisiones necesarias para la cena de los prisioneros.

—Pronto tendrás una persona de menos á quien servir, me dijo con triste acento.

—¡Dios mio! exclamé sobresaltada y en un acceso de desesperacion, ¿será quizás que el asesino ha sido sentenciado...?

—¡A muerte! murmuró en voz baja, haciéndome señas para que callase.

—¡A muerte! repetí, pálida como un cadáver y casi sin fuerzas para sostenerme.

—¡Pobrecillo! me dijo, bien se ven los nobles y generosos sentimientos que atesora tu corazon, porque has palidecido solo á la idea del suplicio de un miserable que, como á mi, no te interesa en nada, y esta es la razon por la cual yo tambien he temblado y he derramado copiosas lágrimas, hace un rato, al oir á un vocal del consejo de guerra que ha concluido su prolongado discurso con esa terrible frase: ¡á muerte!

Pero guárdate de decir en la prision nada de lo que yo acabo de referirte; es necesario que vivan con alguna tranquilidad y que la esperanza no les abandone.

Cuando el señor duque ha firmado la sentencia, cuando ya la esperanza deja de sonreír á los culpables, se les instruye del suplicio que les espera, se les concede cuatro semanas para que puedan prepararse con el confesor á parecer resignados y purificados ante el Trono del Señor, y durante este intervalo se les guarda las consideraciones que merecen los desdichados que van á sufrir una muerte vergonzosa, y no como miserables criminales á quienes se maldice.

¿No es cierto que esta ley es digna de nobles corazones, de verdaderos cristianos, puesto que dá al culpable el tiempo suficiente para el arrepentimiento y para que Dios pueda perdonarles en el Tribunal de la misericordia?

#### CXCVI.

Yo hacia los mayores esfuerzos para contener los latidos de mi corazón, y revolvía en mi mente la idea de salvar á Gerónimo á cualquier precio, aunque su libertad me costara la vida.

Poco á poco fui reponiéndome de la emoción que las palabras de aquella mujer me causaron, y entré en el patio para distribuir la sopa de la tarde de ca-

labozo en calabozo. Cuando llegué al último, en el que una columna impedía que fuese vista desde los demás, llamé en voz baja á Gerónimo y le conté todo lo que habia oido decir á la mujer del carcelero, prometiéndole que buscaria algun medio para que ambos huyéramos lejos de aquellos muros.

—¡Oh! consiento en que los dos huyamos de estos sitios, exclamó dirigiéndome una mirada abrasadora; contigo, todo, pero conseguir mi libertad á trueque de tu cautiverio, nunca lo permitiré, te lo juro.

#### CXCVII.

Yo consideré que, ofreciéndole escaparme con él, haria lo que quisiera en el último momento.

—Ahora, dije, lo esencial es que yo me procure una lima, y haré que me la deje una pobre prisionera que está encerrada con su hijo, en uno de los calabozos contiguos; lo demás corre de mi cuenta.

Ya habia formado yo mi plan, querida tia.

—¡Que Dios y sus ángeles te colmen de bendiciones! murmuró Gerónimo; pero acuérdate siempre de que entre la libertad sin tí y entre la muerte contigo no vacilaré un solo momento.

## CXCVIII.

Me alejé de allí algo más tranquila y dejándole preparado á recibir la fatal sentencia de los labios del presidente del consejo de guerra.

Me dirigí con semblante jovial y con la sonrisa en los labios al cuarto de la prisionera, que á la sazón daba de mamar á su tierna criatura: la halagué, la pedí que me contara sus desgracias, de las que ya sabia una parte, la escuché con suma atencion, le prodigué palabras consoladoras, le infundí esperanza, y al cabo de un rato simpatizamos y nos hicimos muy amigos.

—¿Qué daríais, la pregunté, porque vuestro hijo tuviese dos tazas de leche en vez de una?

—¡Ah! exclamó la pobre madre, daría mi vida, porque la criatura se muere de hambre; ¡pero mi vida vale tan poco!

—¿Y no teneis ningun objeto que vender? Yo lo convertiría en dinero, y de este modo ese hermoso niño no sufriria tanto.

—No, nada tengo, nada me queda, porque no vale nada un zarcillo de laton que mi marido me regaló el dia de nuestra boda y la lima que compré para romper sus cadenas; pero estos dos objetos tan caros para mí, no los querria nadie. ¿Creeis que me darian por ellos algun carlino?

—Oid, buena mujer, yo no puedo ofrecer os mo-

neda alguna, porque soy tan pobre como vos, pero puedo, si me los dais, duplicar la racion de vuestro hijo; y creed que al pedirlos esos objetos lo hago por vuestro bien: si os registrasen y vieses que teniais una lima, no solo os la arrebatarian, sino que aumentarian el tiempo de vuestra condena, porque sospecharian que guardábais esa lima para destruir los hierros que os aprisionan y procurar vuestra evasion.

—¿Será posible? ¡Ah! no daré lugar á semejante sospecha: tomad, tomad la lima y el zarcillo, añadió entregándome estas dos reliquias que podian perjudicarla, por más que fuesen para su alma un consuelo en su triste soledad.

Las lágrimas asomaban á sus ojos, y para disminuir su pena, tomé la lima y le devolví el zarcillo.

—Podeis conservar esta prenda querida, le dije, y apresurándose á recogerla, la besó con efusion y la ocultó en su seno.

#### CIC.

Al dia siguiente muy temprano vinieron una porcion de señores vestidos con largas togas á leer á Gerónimo su sentencia y á decirle que habiéndola ratificado el duque, pusiera su confianza en Dios. Pasadas cuatro semanas y cuatro dias seria fusilado

sobre una plazoleta que habia en medio de la muralla de Luca.

Quando salieron de su calabozo pasaron junto á mí y les vi lamentarse de que siendo Gerónimo tan simpático fuese tan criminal. Todos á una le calificaban como el más precoz de cuantos hipócritas habian visto en su vida.

Siguiéndolos sin que me vieran para escuchar todo lo que decian, comprendí por sus palabras que yo tambien habia sido objeto de las pesquisas de la justicia, que me buscaban todavía para saber por mí los detalles de la muerte del esbirro; y estas noticias me sirvieron para ocultarme más y más á los ojos de los que me perseguian, para redoblar mi valor y procurar que no se malograsen mis designios.

## CC.

Para animar á Gerónimo cuando no podia estar á su lado y besar sus cadenas, cuando con mis palabras no podia infundirle la esperanza de una felicidad que sin explicárnosla la deseábamos, me valia de una de las palomas ó de mi zampona para conversar con él. La paloma amaestrada por mí, volaba desde la ventana de mi cuarto á la claraboya de su calabozo, y él comprendia por las señales convenidas entre los dos los sentimientos que nos animaban, y á su vez me revelaba los suyos, endul-

zando de esta manera las tristes horas que atravesábamos.

También con los sonidos de mi zampoña llevaba la felicidad á su alma; pero entonces no eran solo para él las emociones agradables. Los demás presos se regozijaban oyéndome, me demostraban el cariño que me tenían porque les ofrecia este consuelo, y hasta la esposa del carcelero gozaba escuchando los aires unas veces melancólicos y otras alegres, pero aun en medio de su alegría, tristes para Gerónimo y para mí, los aires que habian arrullado las dulces y tranquilas horas de nuestra venturosa infancia.

Pero cuando estábamos juntos, ¡ah! entonces la prision nos parecia un cielo, desaparecian todos los horrores que nos inspiraba; juntos los dos, sintiendo los latidos de nuestros corazones, reflejándose nuestras miradas las unas en las otras, aspirando mutuamente el aliento que exhalaban nuestros labios, nos figurábamos hallarnos en plena libertad, llevar con nuestros pensamientos todo el mundo y éramos completamente felices.

## CCI.

Hablábamos muy poco, pero lo que nuestras palabras ocultaban lo decian nuestros suspiros; nuestro silencio era más elocuente, más expresivo que todos los lenguajes de la tierra. Eran tan distintas las emociones que experimentábamos despues de haber

vivido algunos meses separados, creyendo que nos odiábamos y buscándonos sin embargo, despues de haber conocido que nuestra inexplicable aversion era el rubor del acendrado afecto que nos profesábamos; despues de habernos cerciorado uno y otro de los sacrificios que éramos capaces de arrostrar por nuestro bien; despues de habernos vuelto á hallar cuando habia torturado nuestra alma la idea de una eterna separacion; ¡qué extraño es que la emocion embargase nuestros sentidos, que nuestros recuerdos y nuestras esperanzas nos acompañasen, que nuestras lágrimas y nuestros ayes se confundiesen, que la vida juntos, aun en medio de una prision, sintiendo él el peso de sus cadenas y angustiada yo por el temor, nos pareiese un paraiso! ¡Ah! la juventud tiene una compañera inseparable que la sostiene en las adversidades, la fé; y nosotros que palpábamos la dicha más grande de la tierra, ¿cómo habíamos de dudar, al menos en los momentos en que estábamos unidos?

En estas entrevistas ni siquiera medíamos el tiempo, no contábamos ni las semanas, ni las horas, pero el tiempo despiadado corria y se acercaba el momento fatal.

## CAPÍTULO VIII.

---

### CCII.

—Y entretanto, pregunté al pobre ciego y á su hermana, ¿qué pensábais vosotros, sin vuestros hijos, en la más triste de las soledades? ¿qué pasaba en vuestro ánimo? ¿qué haciais?

—¡Ah! caballero, me respondió el anciano, en los primeros días contamos nuestras horas por nuestras agonias, nuestra desolacion y nuestras lágrimas. Pensábamos en la terrible muerte que aguardaba á Gerónimo; en nuestra amada Fior d'Aliza, errante por esos caminos de Dios, espuesta á la intemperie, á toda clase de privaciones; pensábamos en sus días y en sus noches, en su abrigo y en su sustento. ¿Cómo podrian librarse, él de la venganza de los esbirros, ella de las persecuciones de los que su belleza fascinaba? Un vivo, un impaciente deseo de saber de su suerte nos aguijoneaba á cada instante; pero

¿quién nos podía decir lo que les pasaba si no íbamos á Luca? Y por otra parte, si bajábamos á la ciudad y preguntábamos por ellos, ¿no podrían comprometerlos nuestras preguntas?

CCIII.

Veíamos obligados á permanecer en nuestra ignorancia si nos arrastrábamos hasta Luca, ó á morir en fuerza de nuestras inquietudes si no bajábamos allí. ¡Ay, señor! no habíamos tenido una hora seguida de sueño desde el día de la desgracia; no teníamos por la noche otro ruido en la cabaña que el reprimido de nuestros sollozos, mal sofocados en nuestras bocas, y de tiempo en tiempo los gritos de dolor involuntario del perrito acostado á los piés de mi cama, cuando su pierna cortada, que no estaba curada aun, le causaba demasiado mal, y el animal imploraba mi mano para moverle sobre la paja.

No comprendo, por más que digan allá arriba en el convento, cuando predicán á los peregrinos sobre las penas del infierno, que estas pueden ser mayores que eran las penas de nuestra alma.

En cuanto al alimento, ni siquiera pensábamos en él, á pesar de que no teníamos para mantener nuestros miserables cuerpos y alimentar al perro Zampoña más que algunas cortezas de pan duro que el padre Hilario nos había dejado en sus alforjas hasta su regreso.

Ahí tenéis cuanto pasaba en el gran castaño, señor; la tristeza y el pesar que impedían sintiésemos la miseria.

## CCIV.

Al sétimo día tuvimos no obstante dos grandes consuelos, pues la Providencia no olvida ni aun á aquellos que parecen abandonados de Dios.

En primer lugar el perro Zampoña se halló enteramente curado de su pierna cortada y principió á ladrar con alegría á nuestro alrededor, saltando sobre sus tres patas delante de la puerta como para decirme: «Amo, salgamos y busquemos á los que faltan en casa: ya puedo servirte y conducirte como antes: deja á mi cuidado elegir las buenas sendas y evitar los malos pasos.» Y se lanzaba por el camino que baja á Luca, como si comprendiese que sus dos amigos estaban allá y luego volvía para lanzarse otra vez.

## CCV.

En segundo lugar, el padre Hilario subió penosamente y casi sin aliento por el sendero que va de la ciudad al convento, y arrojando sus alforjas bien repletas sobre la mesa del cuarto:

—Ahí teneis, nos dijo, la limosna de la semana para el cuerpo: el prior me ha encargado que pida primero para vosotros como los más necesitados: el convento no carece de nada por el momento, gracias á las peregrinaciones de la Virgen de Setiembre que va á llenar los graneros de harina y la bodega de pellejos de vino.

Y ahora, añadió, voy á daros la limosna del alma. Escuchadme bien.

Entonces nos refirió que habia llamado á todas las puertas de Luca para indagar si se habia oido hablar de un homicidio cometido en la montaña en la persona de un brigadier de los esbirros, y si se sabia algo de la suerte que le esperase al jóven montañés: que le habian contestado que seria juzgado en breve por un consejo de guerra, y que entretanto estaba preso en uno de los calabozos de la cárcel bajo la vigilancia del bargello; que el bargello era incorruptible, pero muy humano y no agravaria seguramente hasta el patibulo las penas del pobre criminal. Añadió que aun despues de la sentencia, quedaba todavía el medio de pedir indulto al duque, y que de todos modos el reo tenia aun un plazo de cuatro semanas y cuatro dias entre la sentencia suprema y la ejecucion; por último, que durante esas cuatro semanas y esos cuatro soles de plazo, el sentenciado, libre de todas sus cadenas detrás de la reja, no quedaba incomunicado, sino que podia recibir en su calabozo á sus parientes, á los sacerdotes, á los monges caritativos y á todos los presidentes de las cofradias piadosas de la ciudad

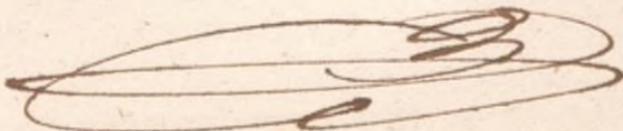
y de la campiña, tales como los hermanos de la Misericordia, los de la Santa Muerte, los penitentes negros y los penitentes blancos, cuyo instituto es socorrer á los presos y santificar sus padecimientos y hasta su suplicio.

A esta palabra caímos mi cuñada y yo de espaldas contra la pared, puestas las manos en los ojos y exclamando: ¡Será posible! ¿Tendrán corazón para ajusticiar á un pobre muchacho inocente, cuyo único crimen ha sido defendernos á nosotros y á su prima?

## CCVI.

—Tranquilizaos un poco, nos dijo el hermano colector, sin que por eso confiéis demasiado en la justicia de los hombres, que no es muchas veces más que injusticia á los ojos de Dios y que solo tiene por luz la apariencia en vez de la verdad.

—¿Y mi hija? ¿qué es de mi hija, de mi Fior d'Aliza? exclamaba mi cuñada: ¿no habeis sabido nada de ella por los caminos ó por las plazas de Luca?



## CCVII.

—Nada, respondió el monje: en vano he preguntado con la conveniente discrecion, en las puertas de los conventos en donde se distribuye gratuitamente alimento á los necesitados, vagabundos, mendigos ú otros, si habian visto acercar su escudilla á un jóven y hermoso pifferaro de las montañas: en vano he preguntado á los mercaderes en sus puertas y á las vendedoras de legumbres en su mercado si habian oido de dia ó de noche la zampoña de un músico ambulante tocando sonatas al pié de las Madonas en sus nichos ó delante del pórtico de las capillas. Todos y todas me aseguraron que despues de la boda de la hija del bargello con un rico aldeano de las cercanías no se habia oido ni una sola nota de zampoña en la ciudad, en atencion á que no era la época en que los músicos de los Abruzzos bajaban despues de la siega á las llanuras.

Estas respuestas uniformes me hicieron pensar en un principio que vuestra hija no se habia atrevido á entrar en Luca y que acaso andaria errante en las aldeas vecinas como una niña que mira las ventanas de las casas con el desco de penetrar en ellas, pero sin osar acercarse á las puertas. Luego, reflexionando mejor cómo la hija del bargello habia podido hallar un pifferaro para entrar en la ciudad en una

estacion en que no hay un solo músico ambulante en la llanura de Luca, me pregunté á mi mismo si aquel músico desconocido que fué tocando para aquella boda hasta el umbral de la cárcel, lo habia hecho por el instinto de acercarse un dia ú otro á la persona que es objeto de su amor, y sin querer interrogar á nadie de la cárcel por temor de dar á conocer á otros lo que queria saber yo mismo, no hice más que saludar á la mujer del bargello á su puerta y seguir adelante; pero luego que llegó la noche me coloqué de intento en mi sitio de la capilla inmediata y me puse á escuchar con todos mis sentidos si se oia en los patios ó en los alrededores de la cárcel alguna nota de zampoña.

Pues bien, no sé si acertaréis á creerlo, pobres gentes, añadió, pero antes que las campanas de Luca tocasen al *Ave Maria*, una nota de zampoña bajó como un concierto de los ángeles de una tronera enrejada de lo alto de la torre del bargello.

Y me creeréis tambien cuando os diga que reconocí, como reconozco ahora vuestras voces, la verdadera voz y el verdadero aire de la zampoña de vuestro hijo y de vuestro marido, que murió de las calenturas al volver de las Marismas; y más aun, añadió, la sonata que he oido tantas veces tocar en la gruta á vuestros dos hijos, mientras que subia ó bajaba por vuestra senda.

Al pronto me pareció un sueño, pero seguí escuchando largo rato despues que las campanas de la ciudad acabaron de tocar al *Ave Maria*, y la misma sonata del instrumento de vuestro hermano continuó

dejándose oír á media voz en la torre, por cima de los techos de la cárcel.

## CCVIII.

—¡Dios mio! exclamó mi cuñada: ¿será que hayan metido en la sentina de una cárcel á la hermosa inocente? ¡Oh! dejadme correr á la ciudad para que me la devuelvan antes de que su alma sea contaminada por el contacto de esos malhechores y esos verdugos.

—Deteneos, mujer, deteneos por algunos días, como me detuve yo mismo despues de haber oido, por miedo de descubrir prematuramente un misterio que entraña tal vez la salvacion de vuestros dos hijos.

## CCIX.

—Si, pensé entre mí, no digamos nada: bástenos sospechar que ella está allí; que su primo no estará lejos probablemente; que el buen Dios, al permitir que se acerquen el uno al otro, lleva quizás algun designio de bondad respecto del pobre preso y de vosotros mismos, y aguardemos á que el misterio se explique antes de mezclar en él nuestra curiosidad

indiscreta y nuestras manos menos hábiles que las del amor inocente.

Porque yo soy viejo, mis buenos amigos: hace mucho tiempo que mi barba ha encanecido: he visto pasar muchas nubes sobre dias hermosos y salir hermosos dias de las nubes, y he aprendido que no hay que apresurarse demasiado, ni aun en los buenos designios, por temor de hacerlos abortar comprimiéndolos para que den su fruto antes de tiempo, porque hay cosas que Dios quiere hacer por sí solo y sin ayuda, y cuando queremos poner en ellas la mano anticipadamente, nos pega en los dedos, como se hace con los niños que echan á perder lo que trabaja su padre. Así, pues, haced como yo: orad y y tened paciencia.

## CCX.

Pero á la vez que mostreis paciencia, añadió el prudente hermano colector, os diré que no he perdido el tiempo ni el trabajo en Luca y en los alrededores durante la semana.

Entregadme esos pedazos de papel, esas intimaciones y esos actos que Nicolás de Calamayo, el Consejo, el abogado y el ugier de Luca os han hecho notificar uno tras otro para desposeeros del prado, de la gruta, de los campos, de las moreras, de la vieja viña y del gran castaño, en nombre de parientes de que no teniais noticias en las aldeas de la lla-

nura del Cerchio. Acaso era una mala idea la que asaltaba mi espíritu, añadió el hermano; pero cuando he sabido la pasión brutal del jefe de los esbirros hacia vuestra hermosa hija, agreste como una cierva de vuestro bosque; cuando he sabido que ese hombre tan rico y poderoso en Luca os había pedido la mano de una hija de la nada, criada en la montaña; cuando me han dicho que la niña había rehusado y á su consecuencia de esa negativa obstinada, por amor vuestro y de su primo, se había presentado el esbirro una y otra vez provisto de documentos dormidos hasta entonces, que adjudicaban trozo por trozo vuestro pequeño patrimonio al jefe de los esbirros, cesionario de vuestros llamados parientes de allá abajo, no he podido menos de sospechar en todo eso manejos hábiles y que tenían todas las trazas de haber sido fraguados por algun perverso hombre de pluma como hay tantos entre esa gente de ropa negra que roen los viejos pergaminos como los ratones de las iglesias roen la cera del altar.

En su consecuencia fui á ver á mi antiguo amigo de Luca, el célebre doctor Bernabo, que aunque retirado de su empleo de abogado del duque, da todavía consultas gratuitas á los pobres de Luca y de las aldeas vecinas. Me conoce hace cuarenta años por haber ido á pedir todas las semanas á su puerta y por haberle debido siempre tantas bondades como botellas de vino de Aleatico daba para el monasterio.

Pedile el favor de que me concediera hablarle en

particular despues que acabase su audiencia, y luego que le dejaron solo en su despacho, le pregunté en voz baja si podia darme informes tan secretos como si fuera en confesion, de cierto escribano ascripto al tribunal de Luca, llamado Nicolás del Calamayo.

—Pues qué, me dijo riendo y mirándome desde la capucha á las sandalias, hermano Hilario, ¿habéis aguardado á vuestros ochenta años para abandonar la piedad y el honor y necesitar acaso en algun mal negocio, de un mal consejo ó de un hábil cómplice?

—¿Por qué me decís eso? le repliqué al doctor Bernabo, que no suele reir con frecuencia.

—Mi buen hermano Hilario, me dijo entonces seriamente, es que nunca se acude á ese tunante de Nicolás del Calamayo sino cuando hay que dar algun mal golpe por las vias judiciales ó alguna mala causa que justificar por malos medios.

—¿Y su amigo el jefe de los esbirros de Luca, continué procurando siempre sondear la conciencia del doctor Bernabo.

—El jefe de los esbirros, me respondió, no es un tunante tan consumado como su amigo Nicolás del Calamayo: el uno es la serpiente y el otro el pájaro que la serpiente fascina y atrac á la boca del vicio.

El jefe de los esbirros no es más que un hombre ligero, disipador y corrompido que nada rehusa á sus pasiones cuando se le ofrecen los medios de satisfacerlas, pero que no haria daño á sangre fria si

no se le presentara ya hecho. Sabeis que ese carácter es el más comun en los hombres ligeros: su conciencia no les pesa más que su cerebro, y lo que les causa placer nunca lo encuentran muy criminal.

Tal es en realidad el jefe de los esbirros: su mayor vicio es tener por amigo á Nicolás del Calamayo.

—Pues bien, señor doctor, dije entónces á Bernabo, voy á esponeros un asunto grave y complicado, en el que el jefe de los esbirros tiene un interés y Nicolás del Calamayo metidos los brazos hasta los codos.

—Ya os escucho, dijo Bernabo.

Entonces le referí la casualidad que hizo que el esbirro, acompañado de su amigo Nicolás del Calamayo, encontrase á la hermosa Fior d'Aliza, la demanda, la negativa, la tenacidad del esbirro, la obstinacion de la jóven, luego el desposeimiento trozo á trozo dirigido por el procurador Nicolás del Calamayo, por medio de escrituras que él mismo presentó á la justicia, escrituras que reivindicaban á favor de parientes, en nombre de parientes antiguos desconocidos cuyos títulos habia comprado el esbirro, todo el pequeño patrimonio de vuestros padres y de vuestros hijos.

Al escucharme el práctico doctor en jurisprudencia, fruncia el entrecejo y se mordía los labios con una sonrisa de incredulidad y de desprecio que revelaba muy bien lo que pasaba en su alma.

—¿Llevais ahí esos documentos? me dijo Bernabo.

—No, le respondí.

—Pues bien, traédmelos la primera vez que bajéis del monasterio á la ciudad: os daré mi opinion luego que los haya examinado, y si los encuentro sospechosos en su texto, como lo son ya á mis ojos en sus circunstancias, fiad en mí para hacer una informacion secreta y gratuita respecto á los supuestos parientes ó causa habientes de vuestro pobre ciego. La mejor caridad que puede hacerse á las buenas gentes es desenmascarar á un tunante como ese Nicolás del Calamayo y arrancar de sus uñas á sus víctimas.

Andad, hermano Hilario, y cuidad únicamente de poner un sello á vuestros labios. ¿Quién sabe si al mismo tiempo que salvemos el patrimonio de esas pobres gentes, no llegaremos á descubrir tambien alguna asechanza fraguada contra la vida del reo, quizás inocente, que va á ser juzgado bajo tan desfavorables apariencias!

### CCXI.

El hermano terminó su narracion sacando los documentos del armario.

—¡Ay! ¿qué nos importan los bienes, la viña, el prado, el castaño, la casa misma? esclamamos nosotros, mi cuñada y yo. ¡Que lo tomen todo, que nos dejen sin nada, con tal de que nos devuelvan á nuestros dos pobres inocentes?

—Resignaos á la voluntad de Dios, cualquiera que sea la suerte de Gerónimo, nos dijo el hermano al marcharse: subo al monasterio para informar al prior de vuestra angustia y del motivo de mis ausencias. Le pediré que me permita permanecer en la ciudad en tanto que mi presencia pueda ser útil al preso para este mundo ó para el otro, y vendré hasta aquí así que tenga alguna noticia buena ó mala que traeros: no dejéis de orar.

—¡Ah! respondimos anegados en lágrimas, si dejásemos de orar habríamos acabado de temblar ó de esperar por la vida de nuestros hijos: habríamos dejado de existir.

## CCXII.

Se alejó y durante la noche siguiente oímos su paso lento y pausado que hacia rodar los guijarros por la senda al bajar del monasterio hácia la ciudad.

Estuvimos doce largos días sin verle volver y sin saber nada de lo que pasaba en la ciudad. ¡Ay! sin duda temia informarnos demasiado pronto de la condena irremediable de Gerónimo, pero cada hora de silencio nos parecía el golpe de la muerte para todos cuatro.

## CCXIII.

—Ahora te toca á tí, dijo el ciego á Fior d'Aliza: cuenta al señor extranjero lo que habia pasado en la cárcel, durante aquella lúgubre agonía de nuestras dos almas en la cabaña.

—Escuchad, pues, repuso sencillamente la bella *sposa* despues de haber retirado el pecho á su hijo que se habia dormido en sus brazos.

Al dia siguiente de la sentencia fatal, vino el verdugo con los hombres negros al calabozo. Traian instrumentos y unas grandes tijeras y carbones encendidos, como si hubiesen querido dar tormento á un San Sebastian; pero no era eso, sino todo lo contrario: el verdugo cortó la anilla de hierro que habia remachado en los primeros dias á la cadena sujeta á la muralla; hizo fundir el plomo que remachaba el clavo de las esposas á las muñecas y los grillos á los piés; dejó al preso libres todos sus miembros; abrió la segunda reja de hierro, que reducía á una mitad su calabozo, y abrió asimismo una puertecilla baja hecha toda de planchas de hierro que daba acceso por un corredor subterráneo, estrecho, bajo y sombrío, á la pequeña capilla de los sentenciados á muerte.

Esa capilla, que no era más ancha que nuestra cabaña, formaba parte de los claustros por el lado del patio, y por el lado opuesto recibia la luz por

una ventana alta, que daba á una huerta y á un pequeño plantío de olivos, en el que las lavanderas de la ciudad ponian á secar la ropa despues de haberla lavado en un canal del Cerchio.

Esa huerta y ese terreno, desiertos durante la noche, estaban limitados por el baluarte de Luca: por bajo de ese baluarte solo habia un paso estrecho, por el que el canal de las lavanderas corria á desaguar en la campiña en el lecho sinuoso del Cerchio.

Todo esto lo habia visto desde lo alto de una escalera de mano limpiando con unos zorros el techo de la capilla y las vidrieras pintadas que guarnecian la ventana. Esas vidrieras representaban el suplicio del Buen Ladron en Jerusalem, pidiendo perdon á Cristo crucificado que le promete el Paraiso. La ventana era tan estrecha que una gruesa barra de hierro soldada de abajo arriba en la piedra detrás de los vidrios, bastaba para impedir que pudiera pasar por allí ni una zorra. Los muros tenian dos brazadas de espesor y estaban construidos de piedra de mármol negro, tan pesadas como nuestras rocas, para que los sentenciados á muerte á quienes se dejaba allí solos con Dios, no pudieran pensar siquiera en evadirse. Un confesionario y un banco de madera, eran los únicos muebles de la capilla. Todas las mañanas al amanecer venia un capuchino á decir la misa á todos los presos, y estos la oian á través de la puerta abierta, cada cual desde su ventana, que se abria bajo el claustro: al menos les consolaba ver y oir que oraban por ellos: yo era quien ayudaba la misa al capuchino, armada de una campanilla de metal

que me habian enseñado á tocar al alzar: yo era quien echaba el vino y el agua de las vinajeras en el cáliz. Luego que habia concluido, se cerraba la puerta de la capilla por fuera con gruesos cerrojos y una cadena; únicamente yo, como llavero, podia entrar en ella algunos momentos antes de la misa para encender las dos velas, echar aceite en la lámpara y poner vino y agua en las vinajeras del anciano sacerdote medio ciego.

#### CCXIV.

¡Oh! fué un bello momento, tia mia, aquel en que desde lo alto de mi cuarto en mi torre oí al bargello conducir él mismo al herrero al calabozo, y en que los golpes del martillo que iban desaherrojando al preso resonaron en el claustro subiendo hasta mi ventana. Prosternéme de rodillas ante la tronera para dar gracias á Dios de lo que era no obstante una señal de muerte, y dije entre mí: ya le han devuelto sus miembros; á ti te corresponde ahora devolverle la libertad y la vida.

#### CCXV.

Luego que volvió todo al silencio ordinario del claustro y se marcharon el bargello con el herrero

y los hombres negros de la justicia, entré en el patio sin ruido con las provisiones y los cántaros de agua de los presos: podeis creer que anduve lista en distribuir á cada uno su racion y abrir y cerrar sus rejas: parecía caminar sobre ascuas, segun mi deseo de llegar al calabozo de vuestro hijo. Permanecia aun en el fondo de él, en pié sobre su paja, por temor de venderse precipitándose demasiado pronto hácia mí; pero así que abrí su reja con mano temblorosa saltó como un carnero desde la sombra, me cogió en sus brazos y me estrechó contra su pecho, en el que me sentia morir y en el que permaneci largo rato, sin que ni él ni yo pudiéramos proferir una palabra. El besaba mis cabellos, yo sus manos, como vos y yo, madre mia, nos abrazábamos cuando despues de una larga ausencia en los bosques acompañando mis cabras, volvía al caer el dia, más tarde de lo que esperábais bajo el castaño.

Luego que nos abrazamos bien y nos bañamos en lágrimas sin poder hablar por tanto como teníamos que decirnos, pasé mi brazo derecho alrededor de su cuello y Gerónimo el suyo alrededor del mio, y principió á decirme:

—¿Qué hacen allá arriba?

—Confio en Dios y en el padre Hilario su amigo, le respondí.

—¿Cuántos tormentos he causado á ti y á ellos, mi pobre Fior d'Aliza! exclamó: ¡ay! ¡y cuántos otros habré de costaros, cuando amanezca el dia en que debamos separarnos para siempre!

—¿Qué estás diciendo? repliqué ocultando mi fren-

te en su chaqueta, de la que pendía aun un resto de su cadena: ¿no soy yo quien te cuesta la prision y la vida? ¿No fué por amor mio por lo que disparaste aquel desgraciado tiro para vengar mi sangre en aquellos bandidos? Pero no, no morirás por mí, continúe, ó moriré contigo. Aunque ni tú ni yo moriremos si quieres escuchar mis consejos.

## CCXVI.

Entónces le enseñé la lima de la *sposa* del galeote oculta entre mi chaqueta y mi camisa, y le indiqué con el dedo la puertecilla baja, todavía cerrada que comunicaba desde el fondo de su calabozo al pasadizo de la capilla.

—Por ahí, le dije con el rostro radiante de confianza (porque el amor de nada duda); por ahí es por donde ellos creen conducirte á la muerte, y por ahí voy yo á conducirte á la vida.

No dije más aquel dia sobre los medios en que pensaba para libertarle, y en vano me instó él para que se lo explicara todo.

—No, no me lo preguntes todavía, porque si lo supieses todo de antemano, tal vez rehusarias tu salvacion de mi mano, ó podrias dejarlo escapar en confesion á los oidos de los sacerdotes que van á venir para consolarte y resignarte poco á poco á tu suplicio. Vale más ponerte la llave en la mano sin saber cómo se forja: á ti solo te toca fiar en mí, y á

mí ser tu padre y tu madre, puesto que soy la única que aquí los reemplaza.

—¡Oh! me dijo estrechando mis manos y levantándolas en las suyas hácia el techo del calabozo, consiento en todo: tú eres mi padre y mi madre bajo la figura de mi hermana, y aun más todavía, porque eres yo también y más que yo, añadió, porque me daría mil veces muerte á mí mismo por ahorrarte una sola gota de tus ojos.

Dijome entonces cosas que nunca me habia dicho y que yo no comprendia más que por el temblor de su voz y por el frio de su mano sobre mi hombro, pero cosas tan dulces de oír, ver y sentir, que no poida contestar á ellas sino poniéndome encarnada y pálida alternativamente y con estremecimientos en la piel y ahogados suspiros que parecian hacerle olvidar completamente su muerte como á mí me hacia aquello olvidar la vida. No se diría sino que acababa de caer una muralla entre él y yo y que nos hablábamos como si nos reconociésemos por la vez primera. ¡Oh! ¡cómo olvidaba la cárcel, el cadalso, el suplicio y todo en el mundo, y cuánto bendecía en mi interior aquella desgracia que le arrancaba esa confesion forzada de su corazon, que jamás habria abierto quizás en la libertad y al sol!

## CCXVII.

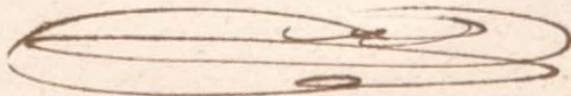
No sé cuánto duraron esas efusiones y esos enmudecimientos entre nosotros; pero nuestros dos corazones quedaron tan ligeros desde que los aliviarnos involuntariamente del secreto de nuestro amor, que habríamos marchado al suplicio, la mano del uno en la del otro, alegremente sin sentir siquiera la tierra bajo nuestros piés.

¡Lo que es el amor, cuando dos seres comprenden que se aman y descubre uno en el corazón del otro el mismo secreto que se ocultaba á sí mismo, de suerte que esos dos secretos no forman más que uno entre los dos!

Parecía él tan embriagado de lo poco que yo le decía en mis frases entrecortadas, con mi frente baja y mi seno agitado bajo mi chaqueta, como lo estaba yo por solo el tímido acento de su voz, por solo el hálito de su respiración sobre mis cabellos.

## CCXVIII.

La hora del mediodía que dió el relój de la torre, nos recordó apenas que el tiempo corria aun para nosotros, porque nos creíamos realmente en el tiempo que no trascurre, en la eternidad.



—¡Adios! le dije retirando mi mano de la suya: escucha lo que hay que hacer, Gerónimo: es preciso que pienses en tu querida alma, como un hombre que va á morir, aunque no morirémos, pues así lo creo firmemente. Entre todos esos monjes, esos penitentes y esos sacerdotes que vendrán todos los dias á exhortarte y prepararte á la muerte por los Sacramentos, dirás que prefieres los hermanos de la orden de los Camáldulas, que te enseñaron la religion en tu infancia y que estarias más resignado y contento si te pudieran conceder como confesor al anciano padre Hilario, del convento de la montaña, á quien estás ya habituado, y que bajará gustoso por algunas semanas á Luca para suavizar tus últimos momentos: el bargello me ha dicho que nada se niega á los reos de muerte de lo que puede abrirles el paraíso al salir de la cárcel: la presencia de ese amigo de la cabaña en tu calabozo y en la ciudad de Luca, donde es conocido y amado ¿quién sabe? tal vez pueda interesar por tí á las buenas gentes, ¿y quién sabe tambien si podrá llegar él mismo hasta el duque y obtener la gracia de tu vida? Cuando venga el bargello á visitarte con los penitentes negros y los hermanos de la Misericordia, manifiéstales tu deseo de tener á tu lado al hermano Hilario, el vicjo colector de los Camáldulas de San Stéphano. El buen Dios hará lo demás: por él sabrémos de nuestros pobres padres: me descubriré á él con entera confianza, pues no me venderá por miedo de quitarte tu último consuelo hasta la hora suprema: enviaremos por él nuestros mensajes á la cabaña; cuidará de que nues-

tros padres no caigan en la desesperacion, y si debemos morir, uno ú otro, ó los dos, los sostendrá en su miseria y en sus lágrimas.

## CCXIX.

Convenido así todo, me retiré del patio y no tardaron en entrar en él las hermandades de la Santa Muerte, introducidas por el bargello. Gerónimo, después de haber escuchado sus exhortaciones al arrepentimiento y sus promesas de oraciones, les respondió con agradecimiento que el único servicio que tenía que pedirles era la visita y los consuelos del hermano Hilario, que se confesaria con él, pero no con otro alguno, y que si querian su salvacion en la otra vida, este era el único medio de hacerle arrepentir de sus culpas y aceptar su suplicio.

Prometiéronle enviar un mensajero al monasterio para pedir al superior que permitiese bajar al anciano camaldulense y le autorizase para vivir en otro convento de la ciudad, y hasta en la cárcel misma, hasta el dia de la ejecucipn del matador de los esbirros.

## CCXX.

Al dia siguiente, antes de salir el sol, llamaron á la puerta de la cárcel. Era el padre Hilario. El bar-

gello le introdujo en el patio y en el calabozo de Gerónimo, y los dejó solos y juntos en la capilla.

Habia tenido yo la precaucion de no dejarme ver por temor de que una exclamacion del buen hermano cuestador revelase involuntariamente mi astucia y mi persona al bargello. Cuando volví á bajar de mi torre al patio para hacer mi servicio, habia tenido ya tiempo Gerónimo de prevenir al monje de mi presencia.

—Lo sabia, le dijo nuestro santo amigo; la zampoña que oí en lo alto de la torre de la cárcel me reveló la presencia de Fior d'Aliza detrás de aquella reja; únicamente ignoraba por qué medio habia podido la pobre inocente introducirse tan cerca de tí: tranquilízate, añadió, no seré más duro que la Providencia y no trataré de separar antes de la muerte á los que ella ha reunido: nada diré al bargello ni á su mujer de vuestro secreto: quizás esté tambien en los designios de la Providencia.

El buen religioso, despues de haber hablado así y orado por un momento con Gerónimo en la capilla, salió, y encontrándome en el claustro me dió á besar su rosario, apretándolo fuertemente contra mis labios como para decirme: ¡Silencio!

Guardéme bien, á causa de los otros presos; de aparentar que conociese al hermano cuestador, y permanecí largo tiempo de rodillas, llorando en silencio contra la muralla, despues que salió aquel del patio. El religioso fué á pedir asilo á un convento de su órden allí inmediato, y prometió á la mujer del bargello venir todas las mañanas á decir la misa y todas las tardes á dar la bendicion al jóven reo.

## CCXXI.

Luego que marchó, entré en el calabozo á pretesto de mi servicio.

Gerónimo me dijo entónces que no habia censurado mi astucia, que no revelaria en su vida; que tenia una débil esperanza de obtener, no su libertad, pero al menos su vida del duque, si este príncipe que á la sazón se hallaba en Viena, en Austria, volvía á Luca antes del dia fijado en la sentencia para la ejecucion, pero que si por desgracia retardaba el duque su vuelta á sus Estados, nadie más que el soberano poseia el derecho de perdonar y no habia otro remedio que aceptar la muerte de Dios como habia aceptado la vida; que en esta terrible eventualidad le confesaria el padre Hilario en el último momento, le daría la comunión y no le abandonaria en el patíbulo mismo hasta entregarlo perdonado, santificado y purificado en manos de Dios.

Gerónimo, al referirme esto sin derramar lágrimas, me dijo que solo una cosa le costaba demasiado para poder resignarse á morir sin desesperacion y sin deseo de venganza contra el jefe de los esbirros, su verdadero asesino, y que esa cosa (aquí titubeó y tuve, por decirlo así, que arrancarle palabra por palabra de los labios) era morir sin que él y yo estuviésemos casados, ó por lo menos, aun cuando solo fuera un dia, desposados en la tierra, puesto

que, según la creencia de nuestra religión y según la palabra de los monjes de la montaña, las almas que hubiesen sido indisolublemente unidas aquí bajo por la bendición de los esponsales ó del matrimonio, se verán para siempre unidas é inseparables en el cielo como en la tierra, en la eternidad como en el tiempo.

Al decir esto ocultaba el rostro entre sus manos, viéndose deslizar entre sus dedos gruesas lágrimas que caían sobre la paja como gotas de lluvia.

No pude contenerme, tía mía, y apliqué mis labios á sus dedos que me ocultaban su rostro para beberlas.

—No sabía eso, primo mío, le dije al fin apartando sus dedos humedecidos del rostro para ver sus ojos: no creía que cuando se ama en este mundo pudiera nunca dejarse de amar en el otro: ¿pues acaso, le dije llorando á mi vez, en tanto que él pasaba su brazo alrededor de mi cintura como para impedir que me arrancasen viva ó muerta de su lado, acaso hay dos almas, una para la tierra y otra para el cielo, una para el tiempo y otra para la eternidad? En cuanto á mí, no siento más que una, y esa ha estado siempre tanto en tu pecho como en el mío: nunca me ha ocurrido la idea de ver, pensar ni aun respirar sin tí, aquí ó allá.

Gerónimo me estrechó más fuertemente contra su pecho.

—Pero una vez que es así y tú lo crees, tú que eres más sabio que yo, lo quiero tanto como tú, continúe, más todavía que tú, porque tal vez tú po-

drias vivir aquí ó en el paraíso sin mí, pero yo no podría ni respirar siquiera en este mundo, ni comprendería el paraíso en el otro si estuviese separada de ti. Así, pues, no vivamos, hermano mío, no muramos sin haber cambiado dos anillos de desposorio ó de matrimonio que nos devolveremos despues de la muerte para reconocernos entre todas esas almas que habitan allá arriba en lo azul por cima de nuestras montañas. ¡Oh! Dios mío! ¡qué sería de nosotros si llegáramos á perdernos en ese infinito en que me buscases eternamente, como dice la historia de Francesca y de su amante!

## CCXXII.

—¿Pero cómo? ¿por qué medio? me dijo él desesperándose y abriendo sus brazos estendidos en cruz hácia atrás como un hombre que cae de espaldas.

Reflexioné un poco y le dije:

—Creo haber encontrado uno.

—¿Cuál? exclamó acercándose á mí como para oír mejor.

—Simplementé la verdad, respondí. Dile al padre Hilario, tu confesor, y que daría su sangre por tu salvacion, lo que acabas de manifestarme; dile que morirás en la impenitencia final y en la desesperacion, si antes de morir no llevas la certeza de morir inseparable de mí despues de esta vida y de vivir

*sposo* y *sposa* en el paraíso, puesto que no hemos podido vivir así en este mundo, y para asegurarte de que el paraíso no será para nosotros dos más que una ausencia y una espera de algunos años, de un mundo al otro, es preciso que hayamos sido esposos aun cuando no fuese más que un día en nuestra desgracia, una sola noche en nuestro calabozo. Júrale por tu salvación eterna que sin esa caridad de su parte será responsable á Dios de la perdición de nuestras dos almas, de la tuya por la venganza que llevarías á la eternidad contra nuestros enemigos los esbirros; de la mia, por la desesperación que me haría maldecir de la Providencia, en la cual no creería despues de tí. El es bueno, es santo, nos quiere y arriesgará hasta su vida misma para salvarnos á ambos de las llamas del infierno. Consentirá por virtud en desposarnos secretamente para el paraíso antes del día de tu suplicio (si ese día fatal debe llegar á lucir) ó en desposarnos para este mundo si logras sustraerte por la fuga á tus verdugos.

Esta idea pareció arrebatarle de antemano á la noche del calabozo y trasportarle radiante de esperanza al cielo: creí ver en su fisonomía trasfigurada uno de esos rostros de ángel de Rafael, del claustro de Pisa, que iluminaron con la luz de su frente la noche de la Anunciación en Belén.

—No me costará trabajo seguir tu idea, me dijo al separarnos, porque no diré más que la verdad al padre Hilario, hablándole como tú acabas de hacerlo. Llega la hora en que viene á hablarme de Dios, despues de la bendición del *Ave María* (las siete de

la tarde): le revelaré nuestro amor y le arrancaré su consentimiento, si Dios le inspira otorgárnoslo. Ten abierta la ventana de tu cuarto y ruega á Dios por nuestra salvacion delante de ella: si no ves llegar nada antes de la noche al borde de la torre, es que no habrá esperanza para nosotros y que no he podido convencerle; pero si logro convencerle ó inclinarle al menos á nuestra union antes de la muerte, soltaré la paloma, la cual irá como la del arca, á llevarte la buena nueva antes de la noche: una paja de mi lecho atada á su pata será la señal por la cual reconocerás que hay una tierra ó un paraiso ante nosotros.

## CCXXIII.

Subí precipitadamente á la torre, antes del momento en que el bargello bajase á abrir la capilla al camaldulense y la reja interior al preso, y rogué con tanto fervor á la Madona y á los santos de rodillas delante de la claraboya, que no senti correr el tiempo, y el sudor de mi frente humedeció la piedra como una gotera antes de que el ruido de las alas de la paloma contra el vidrio me hiciese estremecer y levantar la frente.

¡Qué felicidad! el ave traia en su patita una paja larga reluciente como el oro de una hoja de maiz al sol. Desató la paja, la besé cien veces convulsivamente y la guardé en mi pecho como una reliquia

del amor. Besé igualmente las alas de la paloma, le dí á picar cuanto quisiese en mi mano y en mi boca llena de finos granos, luego me quité del jubon un hilo azul, color del paraiso, formé con él un collar al ave y la dejé volar otra vez hácia la reja del claustro donde la esperaba su amigo el homicida.

## CCXXIV.

Pero luego que este mensaje mudo quedó cambiado entre nosotros, no pude contener la alegría que me rebotaba interiormente: cogí toda gozosa la zampoña colgada á la cabecera de mi cama, y sin tocar nada de seguido le hice despedir en desórden todas las notas sueltas y vivas que respondian como un eco embriagado á la embriaguez desordenada de mi propio júbilo: asemejábase aquello á los himnos brillantes que el órgano de San Stéphano entona á veces en los dias de gran fiesta entre las nubes de incienso, y que son como el *Te-Deum* del amor. Toqué con tal animacion y por tan largo rato, que el bargeño me dijo al dia siguiente:

—Tienes muy poco corazon, Antonio (asíera como me llamaba), cuando tocas sonatas tan alegres á los oidos de esos pobres del patio que lloran sus lágrimas delante de Dios, y sobre todo á los oidos del homicida, que cuenta sus últimas horas sobre la paja de su calabozo.

## CCXXV.

Avergoncéme como si realmente hubiese cometido una inconveniencia voluntariamente, bajé los ojos y callé.

Por el día no veía más que la hora de visitar á Gerónimo para saber de él los resultados de su confianza al padre Hilario. No pude acercarme á su calabozo hasta el anochecer, despues de los oficios de la tarde que el anciano sacerdote vino á recitar en el oratorio de los presos. El bargello y su mujer habian asistido por devocion y por caridad antes de subir á su cuarto, dejándome el cuidado de apagar las velas y de arreglar todo en el claustro antes de irme á acostar. El piccinino dormia ya con un sueño de niño, en la cama que tenia en su nicho al lado de los perros bajo el primer tramo de la escalera.

## CCXXVI.

Esta vez me pareció Gerónimo más loco de alegría mal contenida que lo estaba yo misma: corria y saltaba en el fondo de su calabozo como un cervatillo cuando vé entrar en el establo á la pastora que va á-abrirle la puerta de los campos: quiso

besarme en la frente como los demás días y yo le contuve.

—No, no, dije; cuéntame antes lo que ha pasado entre el padre y tú. Tiempo tendremos para amarnos despues. ¿Qué le dijiste? ¿Qué te respondió?

—Pues bien, dijo Gerónimo; poco me costó traer la conversacion al punto á que me aconsejaste que la llevase, porque él mismo, al verme tan pálido y triste, me pidió que le abriese mi corazon como le habia abierto mi conciencia y le manifestase si me quedaba ante Dios algun deseo de venganza contra los que tanto daño me habian hecho.

Entónces se lo confié todo, con arreglo á lo que tú me encargaste y me mostré incapaz de perdonar jamás en lo íntimo de mi corazon, ni en este mundo ni en el otro, á los que me habian separado de ti y á tí de mí, á menos de tener la seguridad al morir de que nunca serias tú de otro sobre la tierra y de que yo seria eternamente tu esposo en el paraiso.

El buen padre pareció reflexionar largo rato, y en seguida, levantándose para marcharse:

—¿Me prometeis, me dijo, si se os concede esa gracia del matrimonio *in extremis* con la que amais más que al cielo y que os ama más que á su vida; me prometeis abrazar al jefe de los esbirros cordialmente y bendecir á vuestros verdugos, en vez de maldecir en la hora de la muerte á vuestros enemigos?

—¡Oh! ¡Si, padre mio! esclamé; ¡mil veces sí! y lo haré con la mejor voluntad; porque, ¿no deberé mayor felicidad que infortunio á los que me habrán

dato así una eternidad con Fior d'Aliza por algunos miserables años sobre la tierra?

### CCXXVII.

—Pues bien, me dijo entonces, tranquilizad vuestra pobre alma enferma, mi querido hijo: lo que me pedís es muy difícil, imposible quizás de obtener de los hombres; pero Dios es infinitamente más misericordioso que ellos.

Voy primero á consultar al obispo, tan lleno de caridad como de saber, y subiré despues á San Stéphano para obtener de mis superiores las dispensas necesarias: confiaré en seguida á vuestro padre y á la tia de Fior d'Aliza el encargo sagrado que tengo para ellos; y no me será difícil conseguir la autorización para que estos entren conmigo en vuestra cárcel á fin de recibir el último adios del reo, y llevarse á su hija y sobrina, viuda antes de ser esposa, á su morada. Preparaos por la pureza de vuestros pensamientos, por la virtud de vuestro perdon, á la union enteramente santa que deseais como una prenda del cielo, y sobre todo no dejéis sospechar nada al bargello ni á los que os visiten por caridad acerca del misterio que se realizará entre el obispo, vos, vuestra prima, vuestros padres y yo: ¡los hombres de Dios pueden comprender solamente lo que los hombres de la ley no podrian jamás suscribir! Nos perderíais á todos, y á vos, ¡ay! el primero.

A estas palabras me bendijo y yo besé sus sandalias.

## CCXXVIII.

Aquí teneis, palabra por palabra, lo que me dijo el padre Hilario; pero comprendí en su acento y en su semblante que tenia más confianza que duda acerca del éxito de su confidencia al obispo y á sus superiores, y que mi deseo estaba ratificado ya en su pensamiento.

## CCXXIX.

Pasamos así juntos aquella tarde, y todas las siguientes, largos momentos que solo me duraban un minuto, hablando de unas cosas y otras, de lo que harian mi tia y su padre bajo el castaño, de lo que haríamos nosotros mismos, si por fortuna llegaran á tener fin nuestras angustias, ya fuese por gracia del duque, ya por la fuga que meditábamos juntos á algun pais lejano, como Pisa, Las Marismas, Sienna, Radicofoni ó los Apéninos de Toscana. El se entregaba con delirio á la idea de esa fuga lejana en la que yo seria todo un mundo para él y él todo un mundo para mí, en la que ganaríamos nuestra vida, él con sus brazos, yo con la zampoña, y en la que

despues de reunir así algun corto peculio, construiri-  
amos bajo algun otro castaño otra cabaña que vi-  
niesen á habitar con nosotros mi anciana tia y mi  
pobre padre ciego, sin contar el perro, nuestro ami-  
go Zampoña, á quien nos guardábamos bien de olvi-  
dar. Pero, sin embargo, aparentando que tomaba  
parte en aquellos hermosos sueños, para animar á  
Gerónimo á que los forjara, me guardaba bien de  
decir todo mi pensamiento á mi amante, porque sa-  
bia que no podia asegurar su evasion sin entregar-  
me en su lugar, á menos de perder al bargello y á  
su mujer que habian sido tan buenos para mí, y á  
quienes, por ningun concepto, queria sacrificar á  
mi dicha. Los pobres respondian de sus presos, al-  
ma por alma, y lo menos que podia sucederles si me  
escapaba con Gerónimo, era que fuesen despedidos  
sin pan, de un empleo que les procuraba la subsis-  
tencia, ó pasar por cómplices míos y ocupar en el  
calabozo el sitio del matador y de su llavero.

Esto no lo hubiérais querido hacer, señor, ¿no es  
cierto? porque no habria sido justo ni conforme á los  
deberes del agradecimiento. ¡Volver mal por bien!  
¿cómo es posible pensar siquiera en semejante cosa?  
Y luego, debo confesarlo todo, tenia otra razon para  
engañar un poco á Gerónimo acerca de mi fuga con  
él de la ciudad, y es que no podia darle tiempo para  
asegurar su fuga sino alegrando por algunas horas  
á sus enemigos y entregándoles una vida por otra.  
Ahora bien, poco me importaba morir con tal de  
que él viviese para sostener y consolar á mi padre  
y á mi tia.

## CCXXX.

Las horas que pasábamos así dos veces al día en consolarnos y formar sueños entre los dos en nuestro calabozo eran las más deliciosas que había tenido en mi vida.

## CCXXXI.

Pero ¡ay! la sombra del claustro no dejaba por eso de bajar rápidamente sobre el patio, ni de levantarse las estrellas en el rincón del cielo que se divisaba desde el fondo del calabozo: era preciso separarnos, costara lo que costase, por temor de que mi permanencia en el patio pareciese demasiado prolongada al bargello. Su mujer y él estaban muy contentos de mi servicio, y los pobres no cesaban de felicitarse por mi fidelidad, mi asiduidad en el cumplimiento de mi deber y los cuidados que prodigaba á los presos, á los perros y á las palomas. ¡Qué crimen no hubiera sido sumirlos en la ruina y en la cárcel en recompensa de su confianza! No era eso lo que mi tía me había enseñado al recitarme el catecismo.

## CAPITULO IX.

---

### CCXXXII.

Pasada media semana en esta esperanza tan dulce y sin embargo tan inquieta, volvió el padre Hilario de su convento. Refirió á Gerónimo que el obispo y el prior no habian titubeado en otorgarle el consentimiento, la autorizacion, las dispensas eclesiásticas, motivadas en la salvacion del reo arrepentido, á quien nada costarian la resignacion y el perdón si moria con la certeza de volver á hallar en el paraíso de los arrepentidos, la union eterna con la que amaba, union en el tiempo, simbolo de la union en la eternidad bienaventurada.

—Sé, le habia dicho el obispo, que esa piadosa supersticion, es en el pais de Luca una opinion popular que no hay medio de desarraigar entre la gente del campo, pero es la supersticion de la virtud y del amor conyugal, beneficosa para las costum-

bres: no hay mal alguno en condescender con ella por la fidelidad de los esposos, y sobre todo por la salvacion de los reos.

## CCXXXIII.

El superior de San Stéphano habia dicho lo mismo. En cuanto al padre de Gerónimo y á mi tia, ¿cómo habrian vacilado en dar su consentimiento á la union santa de todo lo que amaban sobre la tierra, sobre todo cuando esperaban que esa union fuese tal vez la prenda de la gracia concedida á Gerónimo, y cuando menos de mi regreso á su lado, si la iniquidad de los hombres le retuviera en cautiverio despues de conmutada su pena?

Provisto el padre Hilario de todas estas autorizaciones, habia traído en su compañía á la ciudad al padre ciego con el perro que le guiaba y á mi tia que les precedia algunos pasos para prevenir con la voz los malos pasos de la bajada á su cuñado.

El padre Hilario habia conducido á los dos como mendigos sin asilo que habia encontrado en el camino y obtenido para ellos un rincon oscuro en el pórtico del convento de Luca, que él mismo habitaba. Allí recibían la sopa que se distribuía dos veces al día á los habituados de la comunidad: de sus dos porciones separaban una para el perro de tres patas del ciego, el pobre Zampoña. El animal parecia comprender que habia un misterio en todo aquello, y

acostado á los piés de su amo ó en el delantal de mi tia, los contemplaba con estrañeza y habia cesado de ladrar como tenia de costumbre en nuestra puerta al pasar los peregrinos.

## CCXXXIV.

—Cuidad bien, habia dicho á nuestros padres el religioso, de no revelar al bargello, á su mujer ni á otro alguno nada del secreto que media entre Gerónimo, Fior d'Aliza, vosotros y yo: una sola palabra, un gesto solo, haria que se perdiese, no solo la vida, sino hasta la salvacion misma de vuestro hijo, si es que debe morir.

Mi tia y mi padre lo habian prometido asi, pero prefiero dejar á mi tia que os refiera á su vez lo que se dijeron y pasó despues entre ellos y Gerónimo cuando se volvieron á ver, porque yo no estaba alli el dia en que se reconocieron.

## CCXXXV.

Entonces la tia, en vez de hablar, se echó á llorar amargamente, ocultándose el rostro con el delantal.

—Perdonadme, señor, me dijo al fin; solo de pensar en ello se me llenan de lágrimas los ojos.

## CCXXXVI.

—El pobre muchacho, dijo la anciana, nos estaba esperando: cuando nos vió se echó á los piés de su padre y á los míos como para pedirnos perdón de todas las tribulaciones involuntarias que el ardor por defender á su prima y á nosotros había hecho caer sobre la casa. Su padre estrechaba su cabeza contra sus rodillas trémulas de emoción, y yo lloraba sin poder pronunciar más que su nombre en mis sollozos, teniendo su mano humedecida en la mía.

El perro, que había reconocido á su amigo, sacudía su cadena para lanzarse sobre Gerónimo, ladraba con toda su alegría, y no pudiendo apoyarse, para lamerle, en sus dos patas, daba vueltas alrededor nuestro, lanzándose de nuevo inútilmente, hasta que Gerónimo lo abrazó también á su vez, llorando sobre su pata cortada. En fin, señor, aquello era una desolación, oyéndose más sollozos y ladridos que palabras.

Al fin, el padre Hilario, no pudiendo contener su emoción, nos dijo también llorando:

—Sentaos sobre esa paja y hablad en paz: voy á apartarme por todo el tiempo que querais; antes de la hora en que traen la sopa á los presos y para que podais ver al menos á aquella á quien la prudencia os prohíbe hablar aquí, me pasearé con el llavero bajo el claustro: cada vez que pasemos ella y yo por

delante del calabozo podréis contemplarla, ¡pobre tia! y ella podrá abarcar de una mirada, sin volver demasiado la cabeza, todo cuanto ama en este mundo: no la habéis más que con los ojos y con el ademán desde el fondo del calabozo, que ella no os hablará más que con su silencio: bastante tiempo tendréis de hablarle con la lengua si llego á conseguir devolvérosela por la gracia de Dios, y sobre todo cuidad bien de que el perro no ladre ni se lance hácia ella contra la reja cuando pasemos por delante del calabozo.

## CCXXXVII.

Así se hizo, señor, y nada pudimos decirnos en tanto que no oíamos acercarse bajo el claustro el ruido de las sandalias del monje y de los pasos ligeros de Fior d'Aliza.

Como el claustro era muy largo y el padre Hilario andaba pesadamente á causa de su edad avanzada, Gerónimo, su padre y yo hablábamos en tanto que los dos recorrían la distancia de un extremo al otro del claustro: hasta el perro parecía tomar parte y llorar realmente como yo, cuando miraba á mi hija ó á Gerónimo. Únicamente el padre de este era el que no lloraba, porque sus ojos secos no brotaban ya lágrimas, pero su corazón estaba por lo mismo más anegado en ellas.

## CCXXXVIII.

Lo que nos dijimos los tres en aquellas dos horas que el padre Hilario hizo durar, con gran fatiga suya, el placer y la pena, ¿cómo podría repetíroslo? Un día no bastaría para ello. Juzgad, pues, todo lo que puedan decirse cuatro personas que no forman más que una, y que ven el calabozo bajo sus piés y la muerte sobre su cabeza, por el suplicio próximo de uno solo de ellos, amagando matar á todos de un solo golpe.

Gerónimo nos confesó que su felicidad, si debía vivir y su salvacion eterna si habia de morir, dependian de la negativa ó del consentimiento que le diéramos para consagrar antes de su último día su union con su prima.

Nosotros éramos los que le habíamos infundido la idea de que los esposos en la tierra volvian á encontrarse en el paraiso. ¿Y habríamos de negarle el permiso diciendo que no el ciego y yo?

## CCXXXIX.

La última vez que pasó Fior d'Aliza por delante de la reja no pude contenerme, y dije á media voz de manera que ella sola pudiera oirme:

—¡Fior d'Aliza! ¿qué quieres de nosotros?

—¡Él, ó morir con él!

Esto dijo, y una vez dicho, cuando salimos á la hora que nos habia indicado el padre Hilario, la vimos que se alejaba de él corriendo para subir á su cuarto antes que nosotros dejásemos el calabozo. El bargello y su mujer no estrañaron ver nuestros ojos encarnados: ellos estaban habituados á oír sollozos del corazon como nosotros lo estábamos á oír el susurro del agua en los manantiales.

## CCXL.

—A tí te corresponde ahora hablar, dijo la anciana á Fior d'Aliza: solo tú sabes lo que pensabas mientras que nosotros nos consolábamos hablando así, quizás por la última vez, con nuestro pobre Gerónimo.

—Pues bien, dijo Fior d'Aliza; voy á obedecer, pero esto hace subir el rubor á mis mejillas. ¿Cómo una muchacha tan inocente y sencilla, cual yo era, ha podido tener tanta astucia? ¡Oh! fué el ángel de la familia y del amor, no fui yo; pero, en fin, oid.

## CCXLI.

Ya supondréis que no me acosté, sino que me arrojé vestida en el lecho. Cerré los ojos y recogí todas las fuerzas en mi pensamiento para inventar el medio de salvarnos juntos, ó de hacer que él se salvara en el último momento, engañándole inocentemente á él mismo y muriendo por él yo sola. Y hé aquí lo que me dictó mi ángel al oído como si una voz clara y divina me hubiese hablado; porque, lo repito, no era yo quien discutía conmigo misma: mis labios estaban cerrados y la palabra de arriba me hablaba sin dejarme responder y como si alguno me hubiera ordenado.

Salvarle á él solo dejándote morir ó cautiva en su lugar, no es posible, decía la voz celeste: bien comprendes que jamás consentiría en ello, él que te ama más que á su vida y que ha arriesgado su libertad y su vida solo por una piedra que te arrojaron y que rompió la pata á tu perro. No, no hay que pensar en ello. Entonces, ¿qué hacer? Porque no puedes hacer que se evada sino engañándole á él mismo.

Aquí la voz se interrumpió largo rato como uno que medita y despues continuó:

Sí, una vez que estéis casados, es preciso engañarle á él mismo y hacerle creer que debe marchar el primero, aguardarte despues en el sitio de la cita bajo el arco del puente, al pié de la montaña donde en-

contraste la boda de la hija del bargello, hasta que vayas á reunirse con él por otro camino un poco antes de anochecer, y partais juntos por senderos estraviados á la falda de la montaña para salir de los Estados de Luca y alcanzar antes del día las fronteras de los Estados de Toscana, en las Marismas de Pisa. Entonces quedais en libertad y os ajustaréis los dos con los propietarios de un *podere* para segar, él como segador y tú como liadora de haces, ó bien él como leñador y tú como recogedora de haces de leña en los bosques de la orilla del mar. Para ello, ¿qué tienes que hacer? Desde mañana es preciso acabar de serrar una barra de hierro de la claraboya que hay detrás del altar de la capilla de los presos, de manera que no quede sostenida más que por un hilo y dejar la lima al lado para que con una ó dos limaduras más puedas hacerle caer hácia fuera en el plantío de árboles de la cárcel, y que por el desagüe abierto en aquel al campo, al pié de la claraboya y que atraviesa las fortificaciones de la ciudad, se encuentre Gerónimo fuera de los muros, libre en el campo... ¿Y tú por qué no le has de seguir, me dijo la voz, y por qué prefieres morir en su lugar antes que arriesgar la muerte yendo al suplicio por él?— ¡Ah! me respondió la voz en mi conciencia, es que si yo me salvara detrás de él, el bargello y su mujer, tan buenos y hospitalarios conmigo, quedarían perdidos, y se les acusaría seguramente de haber sido sobornados por nosotros con dinero para engañar á la justicia, y lo menos que podría sucederles sería la deshonra, la cárcel, y quién sabe si la pena per-

pétua por premio de su caridad hácia mí: mal por bien, la ruina y la cárcel por un buen impulso de su corazón. ¡Oh! no; antes morir que salvar mi vida á costa de semejante crimen! ¿Y cómo gozarías tú en paz de la libertad y de tu dicha con Gerónimo, al pensar que otros derramaban tantas lágrimas de dolor eterno como podías tú derramar de felicidad en los brazos de Gerónimo? Y él mismo tan justo y tan bueno, ¿podría vivir de la muerte de otro? No, mil veces no; preferiría morir. No es eso lo que nuestra tía y nuestro padre nos enseñaban por las noches en la cabaña á la claridad del belon en el catecismo. Además, sin necesidad de catecismo, ¿no nos lo dice el corazón, ese catecismo interior?

## CCXLII.

Quedó, pues, decidido que le engañaría para no engañar al bargello y su mujer.

Cuando esté libre, continuó la voz, te vestirás el sayo y la capucha de los penitentes, que él habrá dejado caer de la ventana en la capilla al huir, y volverás á su calabozo antes de amanecer para ocupar su lugar, á fin de que los esbirros te conduzcan al suplicio, creyendo que es él quien vá á ser fusilado para vengar al capitán: marcharás en silencio delante de ellos, seguida de los penitentes negros ó blancos de toda la ciudad que rogarán á Dios por tí; y cuando hayas llegado al lugar del suplicio, mori-

rás pronunciando su nombre, feliz en morir para que él viva.

Hé aquí, señor, exactamente lo que el ángel me dijo, y lo que yo no habria inventado en toda mi vida por mí sola. Yo era demasiado simple y tímida, pero el ángel del amor conyugal inventa otras muchas cosas. ¡Oh! bien lo comprendí despues que fui su mujer.

### CCXLIII.

Despues de este milagro, me dormí como si una mano divina hubiese tocado mi párpado y calmado mi pobre corazon.

Tenia tomada la resolucion de obedecer sin decir nada hasta el momento en que el príncipe á quien se esperaba en Luca hubiese llegado y ratificado ó aplazado la ejecucion. Esta era nuestra última esperanza.

¡Ay! tambien fui engañada: al dia siguiente me dijo el bargello al despertarme y cuando me dirigia á hacer mi servicio al patio, que el príncipe acababa de escribir á su ministro que no se le esperase, porque se habia detenido en Bohemia con motivo de una cacería.

Todo se habia perdido:

## CCXLIV.

Entré en el patio y corrí al calabozo de Gerónimo; ya estaba allí el padre Hilario, el cual había ido á anunciarle que no había esperanza de gracia por la ausencia del príncipe, que quería cazar faisanes en Bohemia, y que para dentro de tres días había sido fijada la ejecución del reo. Recibióle su última confesion y le prometió llevarle el Sacramento del Matrimonio y el de la Eucaristía con el de la Estremación la vispera de su muerte. Luego, volviéndose á mí, que estaba medio muerta:

—Os dejo juntos, me dijo: hijos míos, mañana antes de la noche quedaréis unidos por un día y separados al siguiente por un poco de tiempo.

## CCXLV.

Mucho antes que la luz del día dorase las cimas de las montañas de Luca, peinaba mis largos cabellos y me miraba en el espejo, porque aquel día anhelaba más que nunca hacerme acreedora al amor que inspiraba á mi marido; púseme además una preciosa camisa de mujer bajo mi disfraz, y procuré, en fin, que mi figura estuviese más embellecida á los ojos de mi prometido.

Tres ó cuatro veces seguidas volví á bajar y á subir la escalera de la torre, dirigiéndome hácia la puerta de la calle, deseando escuchar los pasos lentos y graves del padre Hilario y los del jóven monaguillo. Pero esto no tardó en suceder: hice una señal reclamando el silencio, á fin de que el anciano y el niño no despertasen al carcelero; ya sabeis que tenia motivos para infundir confianza en aquellos corazones.

Atravesamos sin ruido el patio de la prision; el sacerdote, el monaguillo y yo penetramos en el oscuro recinto de Gerónimo.

Yo, que iba detrás, incliné la cabeza sobre el pecho.

Gerónimo temblaba como yo y no pronunció una sola palabra.

El padre Hilario abrió la puerta del corredor que comunicaba á la capilla. El niño, que estaba en el secreto, encendió dos luces y comenzó la misa. Yo me hallaba poseida de una emocion inesplicable.

Poco despues, el sacerdote nos indicó que nos acercásemos, y estendiendo sobre nuestras cabezas un velo negro, colocó en nuestras manos un anillo, y nos bendijo casi sin poder ocultar sus lágrimas.

—Amaos en la tierra, hijos míos, murmuró en voz baja, para amaros despues en el cielo. Yo os bendigo.

Gerónimo, de rodillas, oraba con las lágrimas en los ojos. El padre Hilario se apresuró á despojarse de sus hábitos de sacerdote, y me llevó fuera del patio: abrió la puerta de la calle y desapareció.

Subí lentamente á mi habitacion, caí de rodillas al pié de mi cama y elevé mis ojos al cielo, dando gra-

cias á Dios por el supremo bien que acababa de concederme.

### CCXLVI.

Permanecí todo el día en mi torre, pues experimentaba cierto rubor y una inmensa felicidad. El piccino hizo el servicio de los prisioneros, llevando él mismo de comer al asesino, aunque este, según me dijo, no había probado bocado, y estaba mudo como una estatua. Los hermanos penitentes fueron varias veces durante la noche á recitarle en el patio las oraciones de los agonizantes: la última vez abrieron la puerta y le dijeron que la religion se hallaba dispuesta á perdonar á todo el mundo, y que si quería arrepentirse y morir como un buen cristiano, se pudiese al día siguiente el hábito de la cofradía para marchar al suplicio, á donde todos los penitentes le acompañarian rogando á Dios por su alma.

Gerónimo aceptó el hábito y dió gracias á los hermanos de la Santa Muerte. Cuando quedó solo, el sol iba ocultándose tras los lejanos montes, y antes que el carcelero cerrase la puerta del patio me introduje sin ser notada de nadie.

Penetré en el calabozo de Gerónimo, el cual me abrazó por la primera vez sin que yo pudiese resistencia, y la noche de nuestras bodas comenzó con esas palabras que se hallan ocultas en el fondo del corazón, que no se pronuncian más que una vez y

que no obstante quedan impresas para siempre en nuestra memoria.

Noche terrible y deliciosa al mismo tiempo, en la que nuestras lágrimas eran enjugadas por los besos que nos prodigábamos, y nuestros besos interrumpidos por el llanto que derramaban nuestros ojos. ¡Ah! nadie como yo ha experimentado el sentimiento del amor y de la muerte á la vez confundiéndose y mezclándose los dos en uno solo: el sentimiento de la muerte luchaba con el del amor, y este conseguía por último vencer al primero.

#### CCXLVII.

Amaneció: Gerónimo y yo no tardamos en oír las cuatro en el reloj del convento vecino. Gerónimo me dejó bañada en lágrimas sobre la paja que nos servía de lecho, y desviándose como una sombra de mis brazos, se dirigió á la capilla exclamando:

—Adios, ángel mio, ya he vivido lo bastante: soy tu esposo, y rogaré á Dios desde el cielo por tu felicidad. En todo caso nos volverémos á ver bajo el puente del *Cerchio*, añadió en voz baja saltando desde la ventana al jardín.

—Quizás nos encontremos en el cielo, murmuré yo.

## CCXLVIII.

Me apresuré á despojarme de mis vestidos de hombre, y en seguida me puse sobre mi camisa de mujer el hábito de penitente negro, cuyo capuchoncubria completamente mi semblante.

Me dirigí despues á la capilla, me arrodillé ante el altar y comencé á orar con el fervor del que ha pasado la noche sumido en las lágrimas que trae consigo el pecado.

Y sin embargo, yo no pensaba mas que en la deliciosa velada que habia pasado en compañía de Gerónimo, y no en la muerte que arrostraba con gusto por él.

No tardé en oír cerca de mí el ruido que producian la multitud de penitentes negros y blancos y los hermanos de la Santa Muerte que se agolpaban fuera de la reja, murmurando en voz baja las oraciones de los agonizantes.

El carcelero y su mujer estaban entre ellos llorando á lágrima viva, y no estrañaban mi ausencia, considerando que mi juventud y la piedad que me inspiraba el prisionero me impedían presenciar un espectáculo semejante.

Por fin, entraron los esbirros, en tanto que las campanas doblaban de una manera lánguida é imponente. Un frío glacial circulaba por mis venas y salí de la capilla en medio de los sollozos que el piccino

exhalaba y de las lágrimas que el carcelero y su esposa trataban de contener.

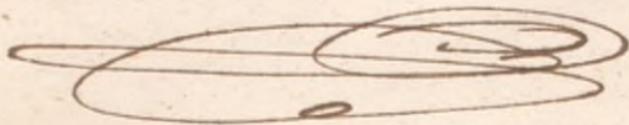
Seguia lentamente nuestro camino, por culpa de mi anciano confesor, que me hacia exhortaciones que no me hallaba en estado de comprender y que se paraba de vez en cuando para mostrarme un Crucifijo que yo besaba fervorosamente.

Yo no veia más que los irritados semblantes de los esbirros y los piadosos y desconsoladores de la muchedumbre que me rodeaba.

Al pasar por la gran plaza, y delante de la fachada del palacio del duque, próximo al lugar destinado á mi muerte, vi una mujer, jóven aun y bella, la cual enjugaba sus ojos humedecidos por el llanto con un pañuelo, y que entró precipitadamente en el interior del palacio para no presenciar el suplicio que iba á sufrir el asesino por quien ella rogaba á Dios.

#### CCXLIX.

Subí con paso lento las gradas del cadalso, y me dejaron sola con el padre Hilario y el verdugo, contra el parapeto del Cerchio, para evitar que las balas que habian de poner término á mis dias, hiriesen algun inocente que se encontrase fuera del muro, al otro lado de la ribera. Una docena de esbirros, á las órdenes de un oficial y armados de sus carabinas, cargaron sus armas en mi presencia, y esperaban la señal conveniente para descargar.



¡Soldados! gritó poco despues el oficial—¡preparen!

En este momento, el verdugo, que estaba detrás de mí, se avalanzó hacia mí con precipitacion, y bajándome con mano firme y violenta el capuchon y el hábito de penitente hasta la cintura, me presentó casi desnuda á los ojos de los soldados y de la multitud.

Yo creí morir de vergüenza al considerar mi posicion; los soldados permanecieron dominados por una estupefaccion indescriptible. La muchedumbre no respiraba. Tal era el asombro y la consternacion de que se hallaban poseidos los ánimos.

Un grito desgarrador vino á resonar detrás de los soldados y un hombre se lanzó sobre ellos, esclamando con pavoroso acento:

—¡Esperad, esperad... yo soy el asesino!

Y esto diciendo, corrió hácia mi y se postró á mis plantas; yo caí entonces desmayada en los brazos de mi esposo.

### CCL.

Cuando volví de mi letargo me encontré en un verdadero paraíso, en medio de una elegantísima habitacion, rodeada de flores, de cuadros y de todas las doncellas de la duquesa, las cuales me prodigaban grandes cuidados.

La misma duquesa de Luca estaba á mi lado, con las lágrimas en los ojos, y contemplándome con ca-

riñosa espression. Ya sabeis que la duquesa era la verdadera soberana, y que su corazon era tan bello como su semblante.

La duquesa, pues, me hizo varias preguntas á las que contesté, y envió inmediatamente una órden para que suspendieran la ejecucion de Gerónimo, secuestrando á este como en un principio en su oscuro calabozo.

### CCLI.

La duquesa me confió al cuidado del ama de gobierno de palacio, y gracias á su proteccion logré entrar en el convento de las Magdalenas de Luca, hasta tanto que mi padre y mi tia viniesen á sacarme de allí.

¡Ah! cuántas bendiciones la prodigamos cuando llegó este ansiado dia, y cuando la mujer del carcelero vino con ellos á buscarme para acompañarnos; El pequeño Zampona, loco de contento, como nosotros, saltaba alegremente al subir la montaña, como si tuviese la esperanza de encontrar en ella al desventurado Gerónimo.

Desgraciadamente no se hallaba Gerónimo á nuestro lado. Tuvo que permanecer en su calabozo seis semanas, porque el gran duque estaba fuera de Luca y hasta su vuelta no podia informarle su primer ministro del estado de la causa, que sea dicho de

paso, inspiraba el más vivo interés á todas las clases de la sociedad.

Durante este tiempo consiguió el padre Hilario probar al doctor Bernabo las maldades que llevó á cabo Calamayo para favorecer el libertinaje del capitán de los esbirros y la falsedad de los documentos que habia inventado para despojarnos de nuestros bienes. En vista de esto se decidió que hasta tener más ámplios pormenores volviesen mi padre y mi tia á disfrutar de la propiedad de la casa, la viña y el castaño, y que la pena de muerte á que habia sido condenado Gerónimo, se conmutase en dos años de galeras; pero como el Estado de Luca no tenia marina, un tratado con la Toscana obligaba á este Estado á recibir los condenados de Luca á bordo de las galeras de Liorna.

El padre Hilario era quien nos informaba de todos estos pormenores; yo no cesaba de elevar los ojos al cielo y dar gracias á Dios, al saber la pena que se le habia impuesto á Gerónimo, y al considerar que la débil criatura que sustentaba en mi seno podria tener ya un padre que la protegiese.

Y así diciendo, enjugó con la punta del delantal las lágrimas que salian de sus ojos.

—¡Ah! ¡sí...! me dijo la tia, ¡la desventurada estaba en cinta!

Todos permanecieron silenciosos durante algun tiempo, y Fior d'Aliza, con el llanto en los ojos, dejó su asiento y se colocó detrás de la puerta para dar de mamar á su hijo.

Mientras tanto, su tia me refirió cómo la Provi-

dencia habia velado por la jóven, pues gracias á las recomendaciones de la duquesa, su sobrina halló un asilo á su honradez y á su miseria en el convento de Liorna, donde entró, siéndole permitido salir durante el dia para ver á su marido, condenado antes á muerte, y á quien el cielo habia dado una prueba de su inagotable generosidad.

Poco despues volvió Fior d'Aliza y continuó el hilo de su narracion en los siguientes términos:



## CAPÍTULO X.

CCLII.

—Partí sola y á pié con este pliego, prometiendo á mi padre y á mi tia volver á Liorna todos los sábados para pasar en su compañía los domingos.

Ya era de noche cuando llegué á la ciudad y entré por la puerta confundida entre las numerosas familias conocidas de los carabineros, y por esta razon me dejaron pasar sin registrarme.

Acto continuo y preguntando á cuantos encontraba, me encaminé al convento. Confiaba en que la superiora escucharía la recomendacion de la duquesa, pero mi posicion y mi aspecto no le parecieron á propósito para habitar entre aquellas santas paredes,, y aunque compadecida de mi suerte, me dió por todo asilo un reducido cobertizo que habia en el patio, en el que por la noche se guarecian los perros.

Dormí muy bien, porque estaba cansada, y al día siguiente corrí al encuentro de Gerónimo. Los centinelas me dejaron atravesar la verja del arsenal y penetrar en el patio interior de los galeotes.

Gerónimo dormía, pero yo que llevaba mi zampoña le desperté con sus sonidos, y apenas los oyó se levantó de un salto y acercándose á la reja:

¿Eres tú Fior d'Aliza? exclamó.

La zampoña se cayó de mis manos y sentí sus labios en mi frente.

Lo que en aquel momento nos dijimos, ni el mismo viento podría repetirlo, porque no le era posible pasar de entre sus labios y los míos.

### CCLIII.

Durante siete meses nuestra felicidad fué inmensa. Por la noche descansaba en mi asilo y el día lo pasaba al lado de Gerónimo, procurando aliviar con mis fuerzas el peso de sus cadenas, con mi cariño los tormentos de su prision. Yo cuidaba de que no faltase nada, lavaba su ropa, la recosía, y todo lo que la caridad me proporcionaba servía para endulzar los padecimientos de mi adorado esposo.

## CCLIV.

El fruto de nuestro amor bullía en mis entrañas; yo le sentía, y al confiarle las dulces emociones que me causaba la esperanza de verlo entre mis brazos, parecía animarse.

Era el complemento de nuestra felicidad, y lo deseábamos con impaciencia.

Una noche, al retirarme al convento, sentí los dolores de parto, y la superiora dispuso que se me diesen cuantos auxilios necesitara. Al amanecer tenía junto á mi seno un hermoso niño que el padre Hilario bautizó, poniéndole el nombre de Beppo, que significa alegría en las lágrimas.

La vista de su hijo devolvió la salud á Gerónimo. Desde entónces todo pareció sonreírnos, y el deseo de vivir y de labrar la dicha de la hermosa criatura que nos había otorgado el cielo dominó los pesares que nos atormentaban.

## CCLV.

Sin embargo, no había llegado todavía el momento de nuestra completa felicidad. Gerónimo y yo tuvimos que separarnos.

La superiora del convento me exigió el sacrificio

de abandonar á Liorna, porque mi presencia escitaba demasiada curiosidad, y como no faltaban á mi esposo más que seis semanas para acabar su condena, me resigné á obedecer á mi protectora para tranquilizar sus temores, y vine al lado de mi padre y mi tia á esperar á Gerónimo.

Hoy justamente cumple el plazo y el corazon me dice que no tardará mucho: quizás en este instante avanza presuroso á nuestro encuentro.

Al decir esto calló para escuchar el sonido lejano de una zampoña, cuya primera vibracion pareció conmovier todas sus fibras.

Cinco minutos despues se levantó de pronto, y cogiendo á su hijo:

—¡El es... él es! gritó con júbilo, y corriendo al encuentro de su esposo la perdimos de vista.

. . . . .

CCLVI.

¡Cuánto hubiera dado por asistir á aquella escena de amor y de felicidad en medio de las soledades del campo! Pero pensé que la ventura como el dolor tienen misterios que nadie debe profanar, y comprendiendo que mi presencia quitaria expansion á los sentimientos de aquellos seres, tan desgraciados antes y tan dichosos entonces, hice una señal á mi perro y nos alejamos para dejarlos en completa libertad.

## CCLVII.

Algun tiempo despues volví á la montaña á visitar á mis buenos amigos.

Fior d'Aliza jugaba con su hijo bajo las ramas del castaño; el anciano y su hermana estaban á su lado cogiendo las castañas que los primeros vientos habian desprendido del árbol, y Gerónimo se ocupaba en remover la tierra para que las raíces, recibiendo el abono, comunicasen la sávia, aumentasen la vida de aquel objeto que tanta veneracion y cariño les inspiraba.

La felicidad sonreia en sus rostros.

Apenas me vieron se animó su fisonomía; Gerónimo me tendió la mano y todos parecieron alegrarse de mi llegada.

¡Qué cuadro de ventura ofrecieron á mis ojos!

¡Que Dios bendiga para siempre el árbol, la cabaña y la familia que tan dulce emocion me han hecho experimentar! dije entre mí al separarme de ellos; ¡que su felicidad se perpetúe de edad en edad y de generacion en generacion!

FIN.



## ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
Capítulo I.....	7
Cap. II.....	69
Cap. III.....	91
Cap. IV.....	123
Cap. V.....	173
Cap. VI.....	227
Cap. VII.....	243
Cap. VIII.....	253
Cap. IX.....	289
Cap. X.....	311

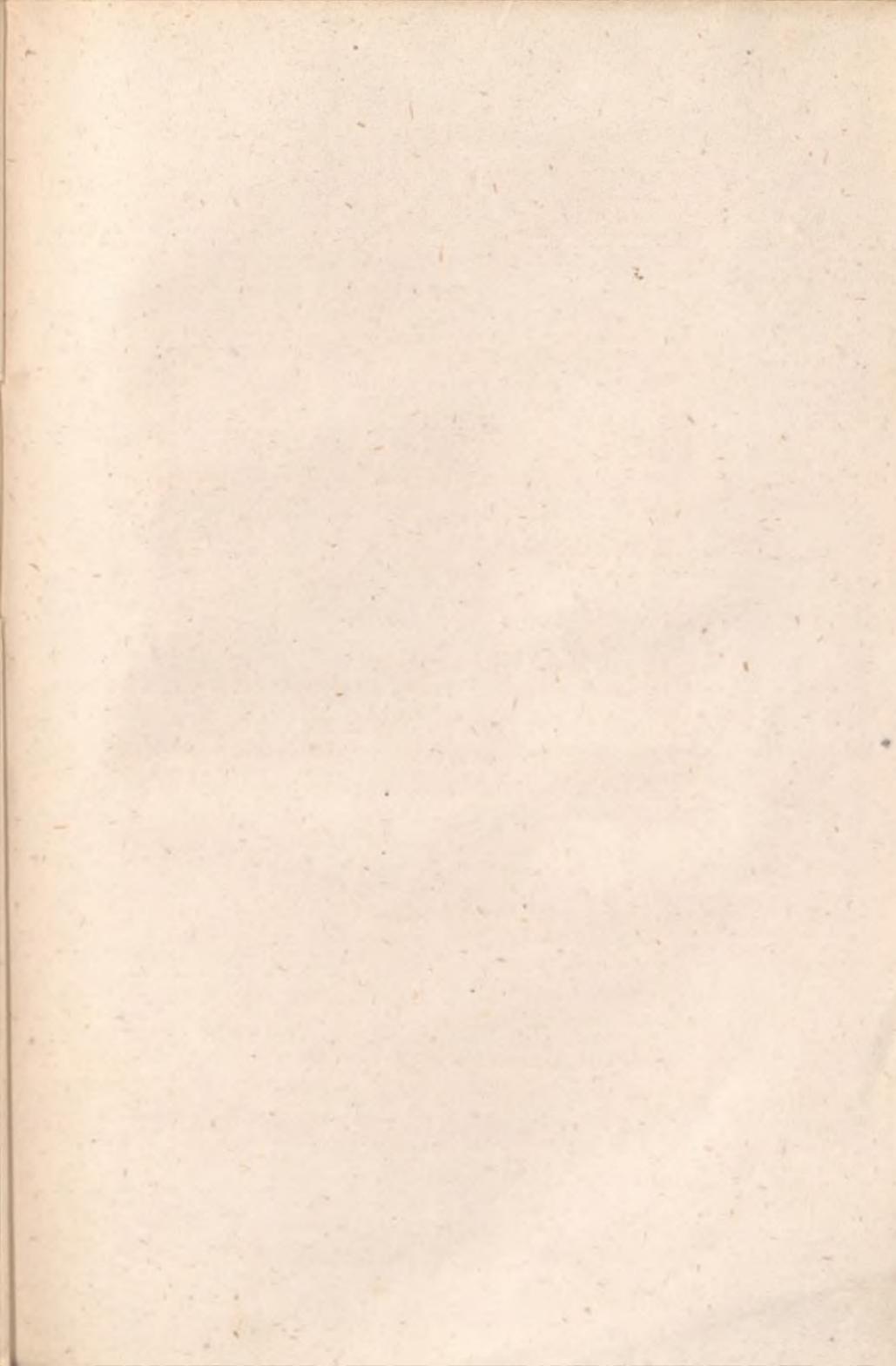
---

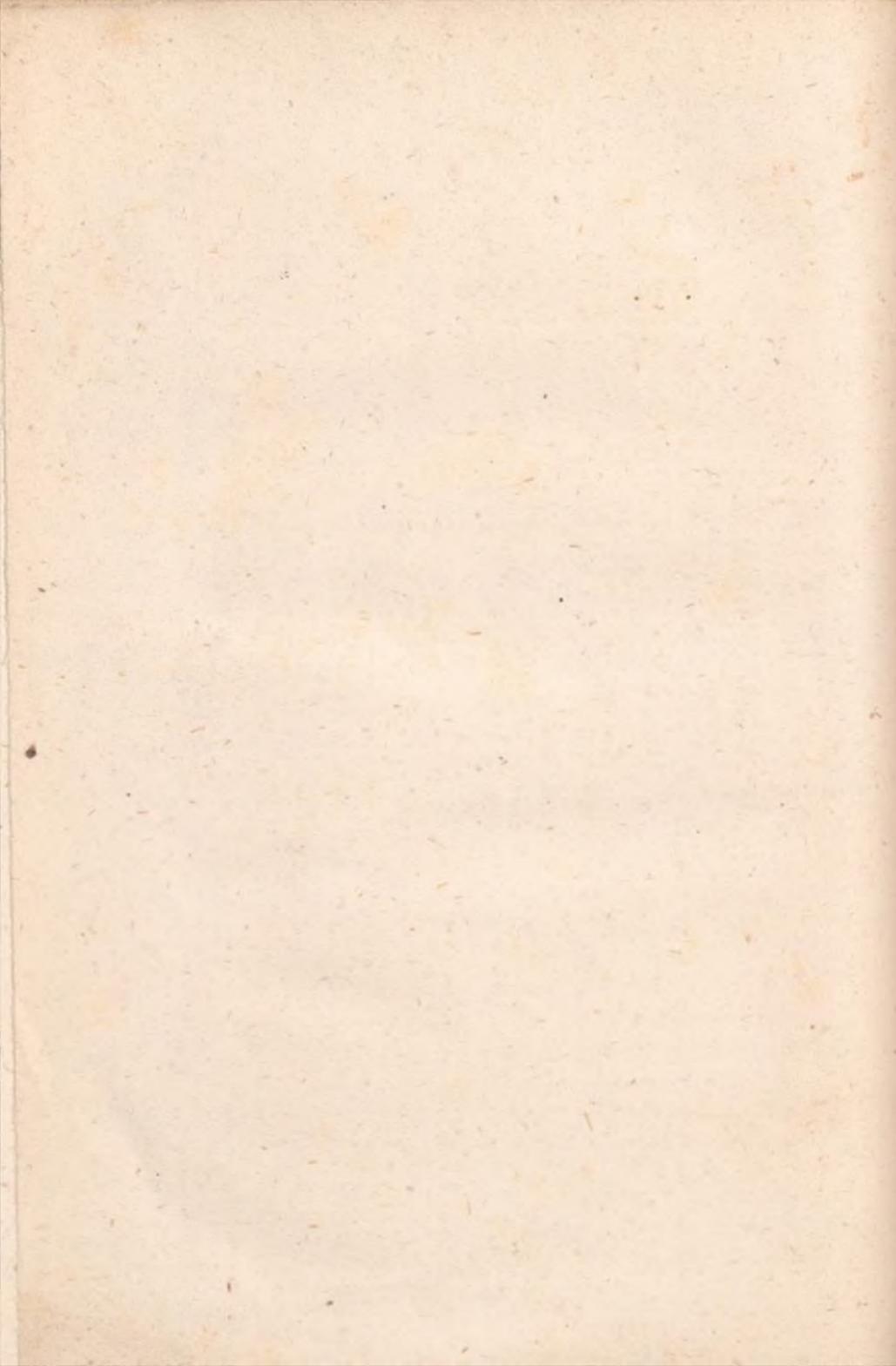
# INDICE

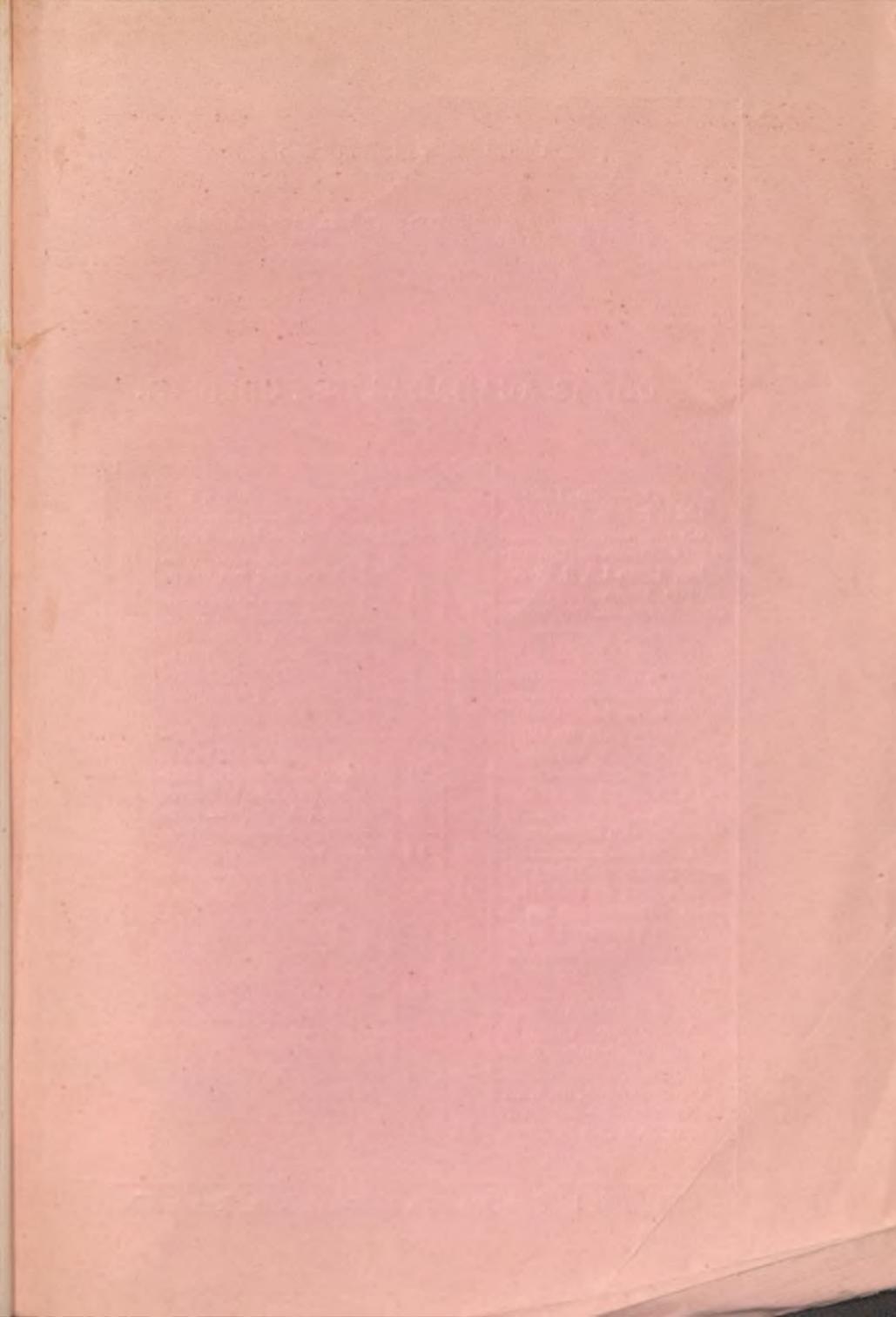
---

<u>Pagine</u>	
7	Capitolo I.....
69	Cap. II.....
91	Cap. III.....
153	Cap. IV.....
173	Cap. V.....
207	Cap. VI.....
212	Cap. VII.....
273	Cap. VIII.....
289	Cap. IX.....
311	Cap. X.....

---







## OBRAS EN PRENSA.

Castelar.—La Fórmula del Progreso, un tomo 8.º mayor. —Sus obras escogidas. Fernandez y Gonzalez.—La Llave de plata, un tomo.	Ponson du Terrail.—Los Calaveras, dos tomos. Ruiz Aguilera.—Mesa revuelta, un tomo. Album de Momo.—Un tomo.
---	---

## OBRAS ACABADAS DE PUBLICAR.

	Mad.	Pro.		Mad.	Pro.
Argüelles. — De 1820 á 1824, reseña histórica, un tomo.....	14	16	Karr — Las mujeres, 1.ª y 2.ª parte.....	10	12
Bravo Murillo.—Opúsculos, tomo 1.º, 2.º y 3.º, cada tomo.....	20	24	Lamartine.—Las confidencias.....	10	12
Campoamor.—Polémicas con la democracia.....	12	14	—Las nuevas confidencias.....	10	12
—Doloras escogidas.....	6	8	Neda.—Auroras.....	12	14
—Colen, poema.....	6	7	Olózaga —Estudios sobre elocuencia, política, jurisprudencia, historia y moral; un tomo 8.º mayor.....	14	16
—Lo absoluto.....	6	8	Pacheco.—Literatura, historia y política, 2 tomos.....	28	52
Catalina.—La mujer, apuntes para un libro, 5.ª edición, corregida y aumentada.....	20	24	Pedrosa.—Cuentos íntimos, un tomo 8.º mayor.....	14	16
—La Verdad del Progreso.....	24	28	Palacio (M. del).—Boce reales de prosa y algunos versos gratis.....	12	14
Castelar.—La Hermana de la Caridad.....	12	14	Pereda.—Escenas montaÑesas; un tomo 8.º mayor.....	14	16
—Discursos políticos y literarios; un tomo 8.º.....	14	16	Paul de Kock.—El prado de Amapolas, dos tomos.....	20	24
—La Civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo.....	64	80	—Las mujeres, el vino y el juego.....	14	16
Costanzo.—Música celestial.....	14	16	—La senda de los Ciruelos.....	14	16
Fernandez de los Rios.—Tesoro de Cuentos, edición de lujo con láminas.....	14	16	Sanchez.—Los santos padres.....	14	16
O todo ó nada, un t.....					
Hartzenbusch.—Tardes de la Granja con láminas.....	45	48			